

Boletín Oficial del Obispado de Santander

AÑO CXXXVI

NUM. 5

septiembre - octubre 2012

IGLESIA EN SANTANDER

OBISPO

Decretos

Decreto de convocatoria de elecciones del nuevo Consejo Pastoral Diocesano 2

Decreto de constitución del Consejo Pastoral Diocesano (2012-2017) 3

Decreto de erección de la parroquia de los Santos mártires Emeterio y Celedonio de Unquera 5

Decreto de cambio de límites de la parroquia de Ntra. Sra de los Ángeles de Prío-Molleda 6

Cartas del Obispo

Clausura de la conmemoración jubilar lebaniegaUn nuevo curso pastoral 2012-2013. *Año de la fe y asamblea diocesana de laicos* 7

El servicio de la caridad en la vida consagrada (San Vicente de Paúl) 9

Visita pastoral al Arciprestazgo de Ntra. Sra. de la Asunción 14

El año de la fe, tiempo de gracia 15

	Crisis de fe y reacción	
	La fe, encuentro personal con Cristo y conversión	
	El Domund en el año de la fe. <i>Misioneros de la fe</i>	15
	El Concilio Vaticano II, gran fuerza para la renovación de la Iglesia	16
	El Catecismo de la Iglesia Católica, instrumento al servicio de la catequesis	17
Homilías	Apertura del curso en el Seminario	19
	Eucaristía de apertura del Año de la Fe	21
	Ordenación sacerdotal de D. José Miguel Agudo Mancheño y D. Javier Moreno Calderón	25
SERVICIOS DIOCESANOS		
CANCELLERÍA	Calendario de Jornadas y Colectas en España año 2013	29
	Nombramientos	31
	Vida diocesana	
	Clausura de la Conmemoración Jubilar Lebaniega. Homilía	34
	X Jornadas Diocesanas de Formación Pastoral	39
	Jornadas de Formación de Animadores Bíblicos	40
	Encuentro de profesores de Religión	41

	Inauguración del Curso en el Seminario e Instituto Teológico Monte Corbán	42
	Apertura del Año de la Fe En la Paz del Señor	48 49
IGLESIA EN ESPAÑA		
CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA	Nota final de la CCXXV reunión de la Comisión Permanente	50
	Ante la crisis, solidaridad.	54
IGLESIA UNIVERSAL BENEDICTO XVI	Homilía en la santa Misa para la apertura del Año de la Fe	63
	Homilía en la santa Misa para la apertura del Sínodo de los Obispos y proclamación como doctores de la iglesia de san Juan de Ávila y de santa Hildegarda de Bingen	67
	Homilía en la santa Misa para la clausura del Sínodo de los Obispos	71
SINODO DE LOS OBISPOS	Mensaje al Pueblo de Dios de la XII Asamblea general ordinaria del Sínodo de los Obispos	74
	Mensaje final del Sínodo para la Nueva Evangelización	89
SECRETARIA DE ESTADO	Carta al Obispo de Santander	105

Iglesia en Santander

OBISPO

DECRETOS

DECRETO DE CONVOCATORIA DE ELECCIONES DEL NUEVO CONSEJO PASTORAL

VICENTE JIMÉNEZ ZAMORA por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica Obispo de Santander.

Considerando oportuno erigir un nuevo Consejo Pastoral a tenor del canon 513 del Código de Derecho Canónico, una vez finalizado el período del Consejo Pastoral anterior;

Por las presentes convocamos elecciones para la designación de nuevos Consejeros, que seguirán los procedimientos indicados en los Estatutos aprobados el veintinueve de junio de dos mil diez.

Oportunamente el Canciller Secretario General proporcionará el proceso de elecciones y demás requisitos para poder ejercer el derecho al voto.

Santander a diez de junio de dos mil doce.

+ Vicente Jiménez Zamora

Obispo de Santander

Por mandato de S.E. Rvdma.

Isidro Pérez López

Canciller Secretario General

**DECRETO DE CONSTITUCIÓN
DEL
CONSEJO PASTORAL DIOCESANO
(2012-2017)**

VICENTE JIMÉNEZ ZAMORA por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica Obispo de Santander.

Llevadas a cabo las elecciones para el Consejo Pastoral Diocesano convocadas mediante Decreto del 10 de junio de 2012, y nombrados a su vez, en uso de las facultades que me concede el c. 513 del Código de Derecho Canónico, los miembros de libre designación que, junto con los miembros natos, conformarán el Consejo Pastoral Diocesano, éste queda constituido del siguiente modo:

MIEMBROS NATOS

Rvdo. P. Manuel Herrero Fernández, OSA, *Vicario General*

Rvdo. D. José Oláiz Hoyuela, *Vicario Episcopal para Asuntos Económicos y Administrativos*

Rvdo. D. José Olano Ortiz, *Vicario Episcopal de la Vicaria de San Pedro*

Rvdo. D. Antonio Gutiérrez Herrera, *Vicario Episcopal de la Vicaria de San Pablo*

Rvdo. D. Sergio Llata Peña, *Vicario Episcopal de la Vicaria de San Andrés*

Rvdo. D. Pedro María Salvador Pértica, *Vicario Episcopal de la Vicaria de Santiago*

Rvdo. D. José Ignacio Jáuregui Carro, *Secretario del Consejo Presbiteral*

Don José Felipe Santamaría García, *Delegado de Apostolado Seglar*

Rvdo. P. Miguel Ángel García Luis SDB, *Delegado para la Vida Consagrada*

Hna. María Concepción Castro Barbero, *Presidenta de la CONFER*

MIEMBROS ELEGIDOS

Arciprestes

Rvdo. D. Domingo Landeras Landeras, *Arciprestes de la Vicaria de San Pedro*

Rvdo. D. Juan Carlos Rodríguez del Pozo, *Arciprestes de la Vicaria de San Pablo*

Rvdo. D. Prudencio Cabrero Gómez, *Arciprestes de la Vicaria de San Andrés*

Rvdo. D. José Rolando Cabeza Fuentes, *Arciprestes de la Vicaria de Santiago*

Institutos Religiosos, Seculares y Sociedades de Vida Apostólica

Hna. Maria Victoria Venero Gómez, *Esclava del Sdo. Corazón de Jesús, Institutos Religiosos*

Hna. Julia Esther Ciordia Segura, *Compañía de María, Institutos Religiosos*

Doña Maria Rosa Blanco Castañeda, *Cruzada Evangélica, Institutos Seculares*

Sor Carmen Pérez González, *Hija de la Caridad, Sociedades de Vida Apostólica*

Seminaristas del Seminario Mayor

Don José María González de las Herranes Weh, *Seminaristas*

Laicos/as de las parroquias por Arciprestazgos

Don José Román Serrano Martínez, *Laicos/as del Arciprestazgo Santos Mártires*

Don Jesús San Miguel Jimeno, *Laicos/as del Arciprestazgo San José*

Doña Carolina Diego Sañudo, *Laicos/as del Arciprestazgo Ntra. Sra. del Carmen*

Doña Guadalupe Cervera Verde, *Laicos/as del Arciprestazgo Virgen del Mar*

Doña Silvia Alonso Cortavitate, *Laicos/as del Arciprestazgo de Santa Juliana*

Don José Antonio Ortega Arana, *Laicos/as del Arciprestazgo de la Virgen Grande*

Doña Gloria Martín Díaz, *Laicos/as del Arciprestazgo de San Vicente Mártir*

Doña Maria del Campo Gómez Terán, *Laicos/as del Arciprestazgo de Ntra.Sra. de Montesclaros*

Doña Milagros Vega Solarana, *Laicos/as del Arciprestazgo de Ntra. Sra. del Soto*

Doña Cinta Barquín Fernández, *Laicos/as del Arciprestazgo de Ntra. Sra. de Valvanuz*

Doña M^a Pilar García Muela, *Laicos/as del Arciprestazgo de Santa María*

Doña Isabel Artieta Marañón, *Laicos/as del Arciprestazgo de Ntra. Sra. de la Asunción*

Doña Susana Matas Arce, *Laicos/as del Arciprestazgo de la Bien Aparecida*

Doña Josefa Cabarga Fernández, *Laicos/as del Arciprestazgo de Ntra. Sra. de Miera*

Doña Ana Isabel Sotres Sánchez, *Laicos/as del Arciprestazgo de la Santa Cruz*

Don Miguel Ángel Macho López, *Laicos/as del Arciprestazgo de Virgen de la Barquera*

Don Luis Ángel Murga Gutiérrez, *Diácono Permanente, Delegación de Catequesis*

Don Josué Fonseca Montes, *Delegación de Enseñanza*

Don Miguel Rodríguez Fernández, *Delegación de Pastoral Juvenil, Pastoral Vocacional y Pastoral Universitaria*

Don Jesús Carazo Calderón, *Delegación de Familia y Vida*

Doña María Felicitas Gento Cagigas, *Delegación de Liturgia y Espiritualidad*

Don Juan Luis Alonso Peñil, *Delegación de Pastoral Caritativa y Social*

Don Alfredo Alonso García, *Delegación de Apostolado Seglar*

Doña Carmen González Gómez, *Acción Católica*

MIEMBROS DESIGNADOS

Don José Luis Arango Riestra, *Director de Cáritas Diocesana*

Don Gervasio Portilla García, *Diácono Permanente, Director de Popular TV Cantabria*

Santander a veintitrés de octubre de dos mil doce

+ Vicente Jiménez Zamora

Obispo de Santander

Por mandato de S.E. Rvdma.

Isidro Pérez López

Canciller Secretario General

DECRETO DE ERECCIÓN DE LA PARROQUIA DE LOS SANTOS MÁRTIRES EMETERIO Y CELEDONIO DE UNQUERA

VICENTE JIMÉNEZ ZAMORA por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica Obispo de Santander.

Considerando la conveniencia de que la población de Unquera, dado el crecimiento del pueblo, cuente con una parroquia propia, y visto y examinado el expediente de erección correspondiente, oído el Consejo Presbiteral, de conformidad con el canon 515 § 2, que dice que “corresponde exclusivamente al Obispo Diocesano erigir, suprimir o cambiar las parroquias, pero no las erija, suprima o cambie notablemente sin haber oído al consejo presbiteral”, por las presentes,

DECRETAMOS LA ERECCIÓN CANÓNICA DE LA PARROQUIA DE UNQUERA cuyos titulares serán los Santos Mártires Emeterio y Celedonio.

Los límites de esta parroquia serán los siguientes:

Al NORTE: Río Deva y Ría de Tina Mayor hasta su desembocadura en el mar.

Al ESTE: Término de las Parroquias de Pesués y Pechón.

Al SUR: Términos de los pueblos de Prío y Molleda.

Al OESTE: Río Deva y Ría de Tina Mayor.

Santander, 23 de octubre de 2012
+ Vicente Jiménez Zamora
Obispo de Santander

Por mandato de S.E. Rvdma.
Isidro Pérez López
Canciller Secretario General

DECRETO DE CAMBIO DE LÍMITES DE LA PARROQUIA DE NTRA. SRA DE LOS ÁNGELES DE PRÍO-MOLLEDA

VICENTE JIMÉNEZ ZAMORA por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica Obispo de Santander.

Considerando que con la erección de la Parroquia de los Santos Martires Emeterio y Celedonio de Unquera se hace necesario la modificación de los límites de la parroquia de Ntra. Sra. de los Ángeles de Prío-Molleda, oído el Consejo Presbiteral, de conformidad con el canon 515 § 2,

DECRETAMOS la modificación de los límites parroquiales de la Parroquia de Ntra. Sra. de los Ángeles de Prío-Molleda en la parte Norte de su territorio, abarcando solamente los términos de los pueblos de Prío y Molleda. Los demás límites quedan establecidos como estaban anteriormente.

Santander, 23 de octubre de 2012
+ Vicente Jiménez Zamora
Obispo de Santander
Por mandato de S.E. Rvdma.
Isidro Pérez López
Canciller Secretario General

CARTAS PASTORALES

CLAUSURA DE LA CONMEMORACIÓN JUBILAR LEBANIEGA 8 de septiembre de 2012

Con actitud de acción de gracias a Dios, fuente de todo bien, nos disponemos a *clausurar* solemnemente la *Conmemoración Jubilar Lebaniega*, el 14 de septiembre de 2012, en la fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz.

Con gozo y esperanza celebrábamos la *apertura*, el domingo 15 de abril de este año, en una solemne Eucaristía presidida por el Obispo de la Diócesis y concelebrada por los Obispos de la Provincia Eclesiástica. En ella participaron el Consejo Episcopal de Gobierno, la Comunidad de PP. Franciscanos con el P. Provincial al frente, el Arcipreste y los sacerdotes del Arciprestazgo, la Cofradía de la Santísima Cruz, Autoridades Regionales y Locales y pueblo fiel.

Ha sido un tiempo particular de gracia para nuestra Diócesis de Santander, con motivo del Vº centenario de la concesión de la Bula del Papa Julio II, el 23 de septiembre de 1512, que autorizaba la celebración del Jubileo de “Santo Toribio de Liébana”, que viene haciéndose “desde tiempo inmemorial”

Durante este Año Jubilar, el Monasterio de Santo Toribio de Liébana custodiado fielmente por los PP. Franciscanos, que han llevado el peso gozoso de la conmemoración junto con la Comisión presidida por el Sr. Vicario General, ha sido centro espiritual de peregrinaciones locales, nacionales e internacionales, para ganar la Indulgencia Plenaria, concedida por la Penitenciaría Apostólica de la Santa Sede.

Niños, jóvenes, adultos, sacerdotes, consagrados y fieles laicos; Parroquias, Unidades Pastorales, Arciprestazgos, Vicarías Territoriales, hemos peregrinado hasta Santo Toribio de Liébana, hemos venerado con devoción el *Lignum Crucis*, insigne reliquia, el trozo mayor del madero de la Cruz de Cristo, traída desde Jerusalén, en el siglo V, por Santo Torio, Obispo de Astorga. Hemos celebrado el sacramento de la Penitencia participado en la Misa del Peregrino y rezado por el Santo Padre el Papa Benedicto XVI, en señal de comunión con toda la Iglesia.

La *Conmemoración Jubilar Lebaniega* ha sido un tiempo de renovación de nuestra Diócesis de Santander y, en consecuencia, de nuestra sociedad cántabra. Un movimiento espiritual, religioso, social y cultural. Ha sido, sin duda, una preparación para la celebración del *Año de la fe*, convocado por el

Papa Benedicto XVI. Ha sido, sobre todo, un encuentro personal y comunitario con Cristo, a través del *Lignum Crucis*. “*La Cruz, signo de amor*”: este era el lema del Año Jubilar, anunciado en un hermoso cartel. Por la Cruz de Cristo hemos sido salvados y redimidos.

Pongamos los frutos de esta *Conmemoración Jubilar Lebaniega* en las manos de nuestra Patrona la Virgen Bien Aparecida y sigamos implorando la intercesión de nuestros santos patronos mártires San Emeterio y San Celedonio.

UN NUEVO CURSO PASTORAL 2012-2013

Año de la fe y Asamblea Diocesana de Laicos 16 de septiembre de 2012

Con la gracia de Dios, que inspira, sostiene y acompaña nuestras acciones, nos disponemos a comenzar un nuevo curso pastoral 2012-2013. Nuestra Programación Pastoral Diocesana de este curso va a estar marcada por dos grandes acontecimientos eclesiales: *El Año de la fe* y la *Asamblea Diocesana de Laicos*.

1. *Año de la fe*. Con la Carta Apostólica *Porta fidei*, el Santo Padre Benedicto XVI ha proclamado un *Año de la fe*, que comenzará el 11 de octubre de 2012 y concluirá el 24 de noviembre de 2013, solemnidad de Jesucristo Rey del Universo.

El comienzo del *Año de la fe* coincide con el recuerdo agradecido de dos grandes acontecimientos, que han marcado el rostro de la Iglesia de nuestros días: los cincuenta años de la apertura del *Concilio Vaticano II*, y los veinte años de la promulgación del *Catecismo de la Iglesia Católica*.

Con este motivo he publicado una carta pastoral titulada *El Año de la fe y la renovación de nuestra Iglesia Diocesana*, que iré comentando en sucesivas cartas semanales.

La conmemoración del Concilio Vaticano “puede ser una ocasión propicia para comprender que los textos dejados en herencia por los Padres conciliares, según palabras del Beato Juan Pablo II, “no pierden su valor ni su esplendor. Es necesario leerlos de manera apropiada y que sean conocidos y asimilados como textos cualificados y normativos del Magisterio, dentro de la tradición de la Iglesia” (Benedicto XVI, Carta Apostólica *Porta fidei* 5).

El Catecismo de la Iglesia Católica ilustra a todos los fieles la fuerza y la belleza de la fe, y es un auténtico fruto del Concilio Vaticano II. Ofrece al pueblo de Dios un compendio de toda la doctrina católica y un texto de referencia segura para los catecismos locales.

2. *La Asamblea Diocesana de Laicos*. Es el otro acontecimiento importante de nuestra Iglesia particular de Santander. Como he escrito en la presentación de esta Asamblea, la finalidad es hacer una amplia reflexión sobre la identidad, vocación y misión de los laicos en nuestra Iglesia Diocesana de Santander, de tal forma que al profundizar sobre el tipo de laico que necesita nuestra Diócesis, respondamos al momento actual de nuestra Iglesia y para la sociedad en que vivimos.

Nuestra Asamblea, en clave de nueva evangelización, pretende intensificar la reflexión sobre la fe para ayudar principalmente a todos los creyentes laicos a que su adhesión a Cristo sea más consciente y vigorosa, sobre todo, en un momento de profundo cambio como el que estamos viviendo.

Pongamos los trabajos y los frutos de nuestra Programación Pastoral Diocesana 2012-2013 bajo la protección de nuestra Madre la Virgen Bien Aparecida, Estrella de Nueva Evangelización, y supliquemos la intercesión de nuestros patronos San Emeterio y San Celedonio, mártires de la fe en Cristo.

EL SERVICIO DE LA CARIDAD EN LA VIDA CONSAGRADA (San Vicente de Paúl)

27 de septiembre de 2012

Queridos oyentes de Radio María, especialmente miembros de Vida Consagrada:

Hoy, 27 de septiembre, celebramos la fiesta de San Vicente de Paúl. Nació en Aquitania (Francia) en el año 1581. Cursados los estudios eclesiásticos correspondientes, fue ordenado sacerdote y ejerció de párroco en París. Fundó la Congregación de la Misión (PP. Paúles), destinada a la formación del clero y al servicio de los pobres, y también con la ayuda de Santa Luisa de Marillac, la Compañía de las Hijas de la Caridad. Murió en París en el año 1660.

El santo de la caridad social

El Papa Benedicto XVI, en su primera encíclica *Deus caritas est*, en la conclusión cita expresamente, entre otros santos, a San Vicente de Paúl y a Santa Luisa de Marillac como “modelos insignes de caridad social para todos los hombres de buena voluntad”. “Los santos son -continúa el Papa- los verdaderos portadores de luz en la historia, porque son hombres de fe, esperanza y amor”.

El tema de la caridad es central y centrador en la vida y obras de San Vicente de Paúl, que quiso “implicar a sacerdotes, laicos y mujeres, responsabilizándolos de un servicio completo de evangelio testimoniado a los

sin voz y de pan material a los que carecían de él". Su magisterio está resumido en estos dos lemas: "No me basta amar a Dios, si no amo a mi prójimo. Los pobres son mi peso y mi dolor".

San Vicente de Paúl, profundamente conmovido por la pobreza y el sufrimiento que vivía la sociedad de París en el siglo XVII, comenzó con gran amor, de una manera sencilla, la ayuda a los necesitados y así comenzó el carisma de las Hijas de Caridad.

Las Hijas de la Caridad se sienten llamadas a servir a Cristo en los pobres. Jesucristo es la fuente de donde brota su amor; el fuego que estimula su acción y les apremia hacia los más pobres; la fuerza que dinamiza sus proyectos; el tesoro que da sentido a su vida. Realizan su carisma en sencillez, pobreza y mansedumbre y en vida comunitaria.

El Santo de la formación del clero

Por otra parte, San Vicente de Paúl fue un precursor de la teología del ministerio pastoral de los sacerdotes. El decía que "la Iglesia estaba arruinándose en muchos lugares a causa de la mala vida de los sacerdotes". Por eso, movido por el Espíritu Santo, fundó la Congregación de la Misión, para promover una verdadera reforma de costumbres, con una orientación evangelizadora y con la formación del clero a través de nuevas iniciativas.

En este día pedimos al Señor por la Compañía de las Hijas de la Caridad y por la Congregación de la Misión, pero también por toda la Vida Consagrada, para que gastemos nuestra vida en la evangelización de los pobres, como hizo el Hijo de Dios, que fue enviado para evangelizar a los pobres.

Con mi afecto y bendición,

+ Vicente Jiménez, Obispo de Santander y Presidente de la CEVC

EL AÑO DE LA FE, TIEMPO DE GRACIA

5 de octubre de 2012

"La puerta de la fe" (cfr. *He 14, 27*), que introduce en la vida de comunión con Dios y permite la entrada en su Iglesia, está siempre abierta para nosotros"

Con estas palabras iniciales de la Carta Apostólica *Porta fidei*, del 11 de octubre de 2011, el Santo Padre el Papa Benedicto XVI convocaba el *Año de la fe*. Comenzará el 11 de octubre de 2012, fecha del 50º aniversario de la apertura del Concilio Vaticano II, y terminará el 24 de noviembre de 2013, solemnidad de Nuestro Señor Jesucristo, Rey del Universo.

En nuestra Diócesis de Santander celebraremos la apertura del *Año de la fe* con una Eucaristía en la S. I. Catedral, en la fiesta de la Virgen del Pilar, el 12 de octubre, a las 5 de la tarde, a la que todos estamos invitados.

Con la promulgación de dicho *Año de la fe*, el Papa Benedicto XVI, Sucesor de Pedro, propone a toda la Iglesia lo más importante del programa de su pontificado: “La exigencia de redescubrir el camino de la fe para iluminar de manera cada vez más clara la alegría y el entusiasmo renovado del encuentro con Cristo”. (*Porta fidei*, n. 2). El *Año de la fe* se propone una renovada conversión al Señor Jesús y al redescubrimiento de la fe, de modo que todos los miembros de la Iglesia sean para el mundo actual testigos gozosos y convincentes del Señor Resucitado, capaces de señalar la *puerta de la fe* a tantos que están en búsqueda de la verdad.

Todos somos conscientes de los problemas y desafíos que debe afrontar hoy la fe y sentimos más que nunca la actualidad de la pregunta de Jesús: “Cuando venga el Hijo del hombre, ¿encontrará esta fe en la tierra? (*Lc 18, 8*). Por ello, si la fe no se renueva y fortalece, convirtiéndose en una convicción profunda y una fuerza real gracias al encuentro personal con Jesucristo, todas las demás reformas y cambio de estructuras serán ineficaces.

El *Año de la fe* coincide con el recuerdo agradecido de dos grandes acontecimientos, que han marcado el rostro de la Iglesia de nuestros días: los cincuenta años de la apertura del *Concilio Vaticano II* y los veinte años de la promulgación del *Catecismo de la Iglesia Católica*. Por eso, descubrir la naturaleza de la fe como experiencia viva del encuentro con Cristo; presentar la gran fuerza renovadora del Concilio Vaticano II; y proponer el Catecismo de la Iglesia Católica al servicio de la catequesis, son los tres apartados,, que quiero que sirvan como horizonte de fondo para la realización de nuestra Programación Pastoral Diocesana 2012-2013. Espero y deseo que este *Año de la fe* renueve en profundidad nuestra Iglesia Diocesana de Santander. Así lo pido con fuerza al Señor, por intercesión de la Virgen María, peregrina de la fe y estrella de la nueva evangelización.

CRISIS DE FE Y REACCIÓN

13 de octubre de 2012

Con la convocatoria del *Año de la fe*, el Papa Benedicto XVI está llamando a toda la Iglesia a un tiempo para renovar y fortalecer la fe en Jesucristo, el Hijo de Dios. En los ambientes de vieja cristiandad, la fe no puede darse por supuesta. “Sucede hoy con frecuencia que los cristianos se preocupan mucho por las consecuencias sociales, culturales y prácticas de su compromiso, al mismo tiempo que siguen considerando la fe como un presupuesto obvio de

la vida común. De hecho, este presupuesto no sólo no aparece como tal, sino que incluso con frecuencia es negado. Mientras que en el pasado era posible reconocer un tejido cultural unitario, ampliamente aceptado en su referencia al contenido de la fe y a los valores inspirados por ella, hoy no parece que sea así en vastos sectores de la sociedad, a causa de una profunda crisis de fe que afecta a muchas personas". (*Porta fidei*, n. 2).

Todo lo cual se une para llevar a muchos de nuestros cristianos a vivir *una apostasía silenciosa* (*Ecclesia in Europa*, n. 9), hasta el punto de vivir *como si Cristo no existiera* (*Ecclesia in Europa*, n. 47).

Ante esta situación, brevemente apuntada, es necesario que los creyentes activemos nuestra experiencia de fe; una fe que no sólo sea capaz de sostener nuestra vida de cristianos, sino que pueda ser propuesta a los que buscan sentido y compañía en su vida. "Por eso, también hoy es necesario un compromiso eclesial más convencido en favor de una nueva evangelización para redescubrir la alegría de creer y volver a encontrar el entusiasmo de comunicar la fe [...]. Como afirma San Agustín, los creyentes "se fortalecen creyendo" [...]. Así, la fe sólo crece y se fortalece creyendo; no hay otra posibilidad para poseer la certeza sobre la propia vida que abandonarse, en un *in crescendo* continuo, en las manos de un amor que se experimenta siempre como más grande porque tiene su origen en Dios" (*Porta fidei*, n. 7).

Es necesario, pues, reaccionar ante esta situación de crisis y debilidad de nuestra fe como nos urge el Papa desde el comienzo de su pontificado: "La Iglesia en su conjunto, así como sus Pastores, han de ponerse en camino como Cristo para rescatar a los hombres del desierto y conducirlos al lugar de la vida, hacia la amistad con el Hijo

de Dios, hacia Aquel que nos da la vida, y la vida en plenitud". La Iglesia siente que es su deber lograr imaginar nuevos instrumentos y nuevas palabras para hacer audibles también en nuestros desiertos la palabra de la fe, que nos ha regenerado para la vida verdadera en Dios.

Esperamos que con el *Año de la fe* y a partir de la celebración del Sínodo de los Obispos sobre *La nueva evangelización para la transmisión de la fe cristiana*, crezcan en la Iglesia el coraje y las energías en favor de la nueva evangelización, que lleve a redescubrir la alegría de creer, y ayude a encontrar nuevamente entusiasmo en la comunicación de la fe.

LA FE, ENCUENTRO PERSONAL CON CRISTO Y CONVERSIÓN

15 de octubre de 2012

La fe cristiana no es sólo una doctrina, una sabiduría, un conjunto de normas morales, una tradición, una costumbre social. La fe cristiana es un encuentro vivo, personal y real con Jesucristo. La finalidad de toda evangelización es la realización de ese encuentro, al mismo tiempo personal y comunitario. Como ha afirmado el Papa Benedicto XVI. “No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva” (*Deus caritas est*, n. 1).

El encuentro personal con Jesús, gracias a su Espíritu, es el gran don de Padre a los hombres. Es un encuentro, al cual nos prepara la acción de su gracia en nosotros. Es un encuentro, en el cual nos sentimos atraídos, y que mientras nos atrae nos transfigura, introduciéndonos en dimensiones nuevas de nuestra identidad, haciéndonos partícipes de la vida divina (cfr. *2 Pe* 1, 4). Es un encuentro, que no deja nada como era antes, sino que asume la forma de *metanoia*, es decir, de conversión, como Jesús mismo pide con fuerza, al comienzo de su predicación: “Se ha cumplido el tiempo y está cerca el Reino de Dios. Convertíos y creed en el Evangelio” (*Mc* 1, 15).

La fe como encuentro con la persona de Cristo tiene la forma de la relación con Él, de la memoria de Él, en particular en la Eucaristía y en la Palabra de Dios, y crea en nosotros la mentalidad de Cristo, en la gracia del Espíritu; una mentalidad que nos hace reconocernos como hermanos, congregados por el Espíritu en su Iglesia, para ser luego testigos y anunciadores del Evangelio. Es un encuentro que nos hace capaces de hacer cosas nuevas y de dar testimonio, gracias a las obras de conversión anunciadas por los profetas (cfr. *Jr* 3, 66 ss; *Ez* 36, 24-36), de la transformación de nuestra vida.

La fe no es una ideología. Es aceptar personalmente a Cristo. Es necesario creer con el corazón. “Con el corazón se cree para alcanzar la justicia, y con los labios se profesa para alcanzar la salvación” (*Rom* 10, 10). “El corazón indica que el primer acto con el que se llega a la fe es don de Dios y acción de la gracia, que actúa y transforma a la persona hasta en lo más íntimo” (*Porta fidei*, n. 10).

La fe, además de ser una adhesión personal al Señor, es un acto *comunitario*. Todo “creo” debe también significar “creemos”. “Creo”: Es la fe de la Iglesia profesada personalmente por cada creyente, principalmente en el bautismo. “Creemos”: Es la fe de la Iglesia confesada por los Obispos reunidos

en Concilio o, más generalmente, por la asamblea litúrgica de los creyentes. “Creo” es también la Iglesia, nuestra Madre, que responde a Dios por su fe y que nos enseña a decir. “creo”, “creemos” (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 167).

VISITA PASTORAL AL ARCIPRESTAZGO DE NTRA. SRA. DE LA ASUNCIÓN

Tiempo de gracia y momento de renovación cristiana

28 de septiembre de 2012

Queridos hermanos en Cristo:

Con esta carta os saludo cordialmente como Obispo y Pastor a todos vosotros, sacerdotes, miembros de vida consagrada, fieles laicos, y os anuncio con gozo mi próxima Visita Pastoral al Arciprestazgo de Ntra. Sra. de la Asunción, que realizaré en el tiempo de otoño, desde el domingo 30 de septiembre al domingo 18 de noviembre de 2012.

Voy a visitaros en el nombre del Señor y como Sucesor de los Apóstoles, para conocer de cerca los pueblos y las gentes, que vivís en esa querida zona de nuestra Diócesis, en la hermosa costa del Mar Cantábrico.

El Obispo, cuando cumple con su deber de visitar las parroquias o comunidades locales, no debe ser considerado como quien realiza una mera función administrativa y burocrática, sino que debe ser claramente reconocido por los fieles como maestro de la fe, sacerdote de los sagrados misterios y pastor de su grey.

La Visita Pastoral al arciprestazgo de Ntra. Sra. de la Asunción es el momento en el que el Obispo ejerce más cerca de su pueblo su ministerio episcopal de enseñar, santificar y regir, en contacto estrecho con las alegrías y las expectativas, con las angustias y las preocupaciones de la gente, con la posibilidad de exhortar a todos a la esperanza. En esta ocasión, tiene sobre todo un contacto más cercano con los pobres, los ancianos y los enfermos. Realizada así, la Visita Pastoral muestra lo que es, un signo de la presencia de Cristo, “Supremo Pastor” (1 Pedro 5, 4), que visita a su pueblo con la paz.

Pido a Dios que bendiga esta Visita Pastoral y los encuentros que vamos a celebrar juntos, para crecer en la fe, vivir la caridad y dar razón de la esperanza a todo el que nos la pida (cfr. 1 Pedro 3, 15).

Pongamos la Visita Pastoral bajo la protección de la Virgen María, tan querida y venerada en múltiples advocaciones en nuestro Arciprestazgo, para

que vivamos estos días como un tiempo de gracia y momento de renovación cristiana personal y comunitaria.

Me despido de todos hasta pronto.

Con mi afecto de siempre y bendición.

+ Vicente Jiménez Zamora

EL DOMUND EN EL AÑO DE LA FE

Misioneros de la fe

18 de octubre de 2012

Celebramos el próximo domingo, 21 de octubre, el DOMUND. Es la Jornada Mundial de las Misiones. Los objetivos del DOMUND son permanentes y claros: promover en nuestra Diócesis y en nuestras comunidades cristianas una honda animación misionera, para que todos los fieles asumamos el don y la tarea de la misión *ad gentes*; incrementar la cooperación económica para atender a las necesidades materiales y espirituales de los misioneros que trabajan en territorios de misión; lograr que esta Jornada se celebre en el marco del “octubre misionero”, con la oración, el sacrificio, la limosna y el fomento de las vocaciones misioneras; promover en las comunidades cristianas el ejercicio de la caridad como el alma de toda la actividad misionera.

El lema de este año es: *Misioneros de la fe*, en consonancia con el *Año de la fe*. Un lema que tiene sabor evangélico y sugiere el trabajo evangelizador de nuestros misioneros.

El Papa Benedicto XVI, en su Mensaje para el DOMUND, centra bien el marco de la Jornada Misionera. “La celebración de la Jornada Mundial de las Misiones de este año adquiere un significado especial. La celebración del 50 aniversario del comienzo del Concilio Vaticano II, la apertura del Año de la Fe y el Sínodo de los Obispos sobre la Nueva Evangelización contribuyen a reafirmar la voluntad de la Iglesia de comprometerse con más valor y celo en la misión *ad gentes*, para que el Evangelio llegue hasta los confines de la tierra”.

La misión *ad gentes* debe ser el horizonte constante y el modelo de referencia de toda la acción pastoral en la Diócesis. Todos, obispo, sacerdotes, miembros de vida consagrada y fieles laicos, debemos sentirnos interpelados fuertemente por el mandato misionero del Señor: “*Id, pues, y haced discípulos a todos los pueblos*” (Mt 28, 19).

Como Iglesia particular de Santander, que peregrina en Cantabria y en el Valle de Mena, debemos sentir con renovado vigor el mandato misionero de Jesús. “Evangelizar constituye la dicha y vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda” (Pablo VI, *Evangelii Nuntiandi* 14). Anunciar el Evangelio es el primer servicio que los cristianos podemos hacer a todos los hombres, por estar llamados a comunicar a todos el amor de Dios, que se ha manifestado plena y definitivamente en su Hijo Jesucristo.

En esta Jornada oramos por todos los misioneros del mundo, pero de un modo especial, recordamos con agradecimiento especial a los de nuestra Diócesis de Santander. Queremos que no lesa falte nuestra cercanía, oración y solidaridad.

Aprovecho también la ocasión para agradecer sinceramente la labor del Sr. Delegado Diocesano de Misiones y de todo el Equipo que trabaja en la Delegación.

EL CONCILIO VATICANO II, GRAN FUERZA PARA LA RENOVACIÓN DE LA IGLESIA 26 de octubre de 2012

Se cumplen ahora los cincuenta años de la apertura del Concilio Vaticano II. El Papa Benedicto XVI, en su carta apostólica *Porta fidei*, escribía: “He pensado que iniciar el *Año de la fe*, coincidiendo con el cincuentenario de la apertura del Concilio Vaticano II, puede ser una ocasión propicia para comprender que los textos dejados en herencia por los Padres conciliares, según las palabras del Beato Juan Pablo II, “no pierden su valor ni su esplendor. Es necesario leerlos de manera apropiada y que sean conocidos y asimilados como textos cualificados y normativos del Magisterio, dentro de la Tradición de la Iglesia [...]. Siento más que nunca el deber de indicar el Concilio como la gran gracia de que la Iglesia se ha beneficiado en el siglo XX. Con el Concilio se nos ha ofrecido una brújula segura para orientarnos en el camino del siglo que comienza”.

Nuestra tarea actual ante el Concilio Vaticano II consiste en pasar de la nostalgia del pasado a la lectura y aplicación con esperanza de los documentos conciliares, que siguen estando vivos.

Nuestra misión es hacer una correcta interpretación del Concilio dentro de la llamada “hermenéutica de la reforma”, según señaló el Papa Benedicto XVI en el Discurso a la Curia Romana, el 22 de diciembre de 2005. El Papa denunciaba la situación conflictiva en el interior de la Iglesia posconciliar y decía: “Nadie puede negar que, en vastas partes de la Iglesia, la recepción del

Concilio se ha realizado de un modo más bien difícil [...]. Todo depende de la recta interpretación del Concilio, como diríamos hoy, de su correcta hermenéutica, de la correcta clase de lectura y aplicación". Y hacía la distinción entre "hermenéutica de discontinuidad y de la ruptura" y "hermenéutica de la reforma, que es renovación "en continuidad con el único sujeto-Iglesia que el Señor nos ha dado; sujeto que crece en el tiempo y se desarrolla sin dejar de ser él mismo, el único pueblo de Dios en camino".

Cada ministro del Evangelio debe dar gracias al Espíritu Santo por el don del Concilio y sentirse constantemente su deudor. Para que esta deuda se pague son necesarios todavía muchos años y muchas generaciones.

Nuestra labor en este *Año de la fe* es leer en profundidad todos los documentos conciliares, interpretarlos según la mente del Magisterio auténtico de la Iglesia y aplicarlos con la hermenéutica que señala el Papa. Estemos atentos a lo que el Espíritu dice a las iglesias (cfr. *Ap* 3, 6)

EL CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, INTRUMENTO AL SERVICIO DE LA CATEQUESIS

28 de octubre de 2012

Se celebran ahora los veinte años de la publicación del *Catecismo de la Iglesia Católica*, promulgado por el Papa Juan Pablo II, con la intención de ilustrar a todos los fieles la fuerza y belleza de la fe. Este documento, auténtico fruto del Concilio Vaticano II, fue querido por el Sínodo Extraordinario de los Obispos del año 1985 como instrumento al servicio de la catequesis, realizándose mediante la colaboración de todo el episcopado de la Iglesia Católica.

Una fe "profesada, celebrada, vivida y rezada". Fiel al Señor, desde los comienzos de la historia, la Iglesia ha asumido la verdad de los evangelios, reunida en la síntesis y en la norma de la fe, que el *Símbolo*, norma que ha sido traducida en orientaciones de vida, vivida en una relación filial con Dios. Todo esto lo ha recordado el Papa Benedicto en al carta apostólica *Porta fidei*, cuando al citar la Constitución Apostólica *Fidei Depositum*, con la que fue promulgado el *Catecismo de la Iglesia Católica*, afirma que para poder ser transmitida la fe debe ser "profesada, celebrada, vivida y rezada" (*Porta fidei*, n. 9).

"El *Año de la fe* deberá expresar un compromiso unánime para redescubrir y estudiar los contenidos fundamentales de la fe, sintetizados sistemática y orgánicamente en el *Catecismo de la Iglesia Católica*. En efecto, en él se pone de manifiesto la riqueza de la enseñanza que la Iglesia ha recibido, custodiado

y ofrecido en sus dos mil años de historia. Desde la Sagrada Escritura a los Padres de la Iglesia, de los Maestros de la Teología a los Santos de todos los siglos, el Catecismo ofrece una memoria permanente de los diferentes modos en que la Iglesia ha meditado sobre la fe y ha progresado en la doctrina, para dar certeza a los creyentes en su vida de fe" (*Porta fidei*, n. 11).

"Así, pues, el *Catecismo de la Iglesia Católica* podrá ser en este Año un verdadero instrumento de apoyo a la fe, especialmente para quienes se preocupen por la formación de los cristianos, tan importante en nuestro contexto cultural [...]. En efecto, la fe está sometida más que en el pasado a una serie de interrogantes que provienen de un cambio de mentalidad que, sobre todo hoy, reduce el ámbito de las certezas racionales al de los logros científicos y tecnológicos. Pero la Iglesia nunca ha tenido miedo de mostrar cómo entre la fe y la verdadera ciencia no puede haber conflicto alguno, porque ambas, aunque por caminos distintos, tienden a la verdad" (*Porta fidei*, n. 12).

HOMILÍAS

APERTURA DEL CURSO EN EL SEMINARIO

Seminario de Monte Corbán,

10 de octubre de 2012

Misa votiva del Espíritu Santo

Un año más la Providencia de Dios nos permite *inaugurar un nuevo curso académico* en nuestro Seminario e Instituto Teológico de Monte Corbán.

Saludo al Sr. Rector y Superiores; al Sr. Vicario General y Vicarios Episcopales; sacerdotes; Claustro de Profesores y personal de servicio; miembros de vida consagrada; saludo con cariño a nuestros seminaristas del Seminario Mayor y Menor y a sus familias; y un saludo agradecido a los Medios de Comunicación Social (Popular TV).

Todos los aquí presentes esta tarde compartís el interés por el Seminario y ofrecéis vuestro amor, cercanía y colaboración en la pastoral de las vocaciones.

Al comienzo de esta Eucaristía votiva del Espíritu Santo brota de nuestro ánimo la invocación confiada para pedir su abundante efusión de luz y fuerza. En la oración colecta de esta Santa Misa hemos pedido al Padre para que envíe el Espíritu Santo, el Paráclito, el Abogado y Defensor, a fin de que ilumine nuestras mentes, encienda nuestros corazones y nos guíe al conocimiento pleno de la verdad.

Pedimos la luz y la fuerza del Espíritu para el Sr. Rector y Formadores, que han recibido el encargo de la Iglesia de forjar el corazón sacerdotal de nuestros seminaristas. Pedimos que venga el Espíritu sobre nuestros Profesores, llamados a transmitir la doctrina de Cristo, en comunión con la Iglesia, depositaria e intérprete de la Revelación. Pedimos que venga el Espíritu Santo sobre nuestros seminaristas, llamados por el Señor a entregarle la vida en el sacerdocio ministerial y que son el futuro y la esperanza de nuestra Diócesis. Lo que sea el Seminario, será la Diócesis.

San Juan de Ávila, sacerdote y doctor para la nueva evangelización

Inauguramos este curso académico, en el horizonte del *Año de la fe* y a los pocos días de la declaración por el Papa Benedicto XVI de San Juan de Ávila, Patrono del clero secular español, como *Doctor de la Iglesia Universal*. Yo he participado en ese solemne Acto en Roma junto con 62 obispos de la CEE. Los obispos españoles, con tal motivo hemos escrito una breve Instrucción titulada: *San Juan de Ávila, un Doctor para la nueva evangelización*.

San Juan de Ávila fue un gran santo del siglo XVI, nuestro siglo de oro español. “Profundo conocedor de las Sagradas Escrituras, estaba dotado de un ardiente espíritu misionero. Supo penetrar con singular profundidad en los misterios de la redención obrada por Cristo para la humanidad. Hombre de Dios, unía oración constante con la acción apostólica. Se dedicó a la predicación y al incremento de la práctica de los sacramentos, concentrando sus esfuerzos en mejorar la formación de los candidatos al sacerdocio, de los religiosos y los laicos, con vistas a una fecunda reforma de la Iglesia” (*Homilía de Benedicto XVI, Plaza de San Pedro, 7 de octubre de 2012*).

El ejemplo de su vida, su santidad, es la mejor lección que sigue impartiendo a los sacerdotes de hoy, llamados también a dar nuevo vigor a la evangelización. Ante los retos de la nueva evangelización, su figura es aliento y luz también para los sacerdotes y seminaristas de hoy. Volvamos todos la mirada y el corazón a esta gran figura de San Juan de Ávila, que es “Evangelio vivo”, “inflamado por el amor de Cristo”. Por eso he querido colocar la imagen del Santo Patrón del clero secular español en el salón principal de actos de nuestro Seminario, para que nos recuerde siempre su “pasión por Cristo” y nos siga predicando este sermón: “*Sean todos que nuestro Dios es amor*”.

En un tiempo como el nuestro caracterizado por la increencia, la *apostasía silenciosa*, hasta el punto de vivir *como si Cristo no existiera*, la Iglesia necesita la presencia alegre, vigorosa y firme de sacerdotes y pastores enamorados de Jesucristo, como San Juan de Ávila.

Queridos hermanos sacerdotes, queridos formadores y profesores, queridos seminaristas: No es tiempo de medias tintas ni de componendas. En absoluto merece la pena una vida sacerdotal lánguida y secularizada. El mundo de hoy necesita más que nunca la presencia, la palabra, el perdón y el consuelo de Dios, que les llega por medio de sus sacerdotes, cuando estos viven sintonizando con el corazón de Cristo. Este debe ser nuestro estilo sacerdotal y este debe ser el norte y el ideario de la formación de nuestro Seminario de Monte Corbán.

En la víspera de la inauguración del *Año de la fe*, en Roma, mañana, por el Santo Padre el Papa Benedicto XVI, y en nuestra Diócesis, pasado mañana, fiesta de la Virgen del Pilar, a las 5 de la tarde en nuestra S. I. Catedral, con una Eucaristía presidida por mí, formadores y profesores vais a renovar la profesión de fe recitando el Credo y el juramento de fidelidad ante el Obispo, Sucesor de los Apóstoles. Se pide de nosotros una comunión profunda en la fe, en la disciplina y en la doctrina que enseñamos en nombre de la Iglesia y que un día estos seminaristas, ya sacerdotes, habrán de proponer con fidelidad a los fieles con la autoridad de Cristo.

No debo terminar sin dar la más cordial bienvenida y felicitación al nuevo Director Espiritual de nuestro Seminario, D. Pedro Sandi, que ha acogido con gran sentido eclesial y sacerdotal esta tarea, que yo le confío. Asimismo quiero agradecer al anterior Director Espiritual, D. José Francisco Palma, sus años de servicio generoso en esta importante tarea.

Mientras invocamos en esta Santa Misa al Espíritu Santo, para que nos asista en este nuevo curso, os pido a todos que amemos mucho al Seminario. Es el termómetro de la vitalidad espiritual de nuestra Diócesis. Si los sacerdotes, religiosos y familias nos hacemos corresponsables del Seminario como algo nuestro y que nos pertenece, habremos caído en la cuenta de lo que nos estamos jugando en el futuro de nuestra Diócesis.

En esta Eucaristía, Cristo nos entrega su Cuerpo y su Sangre, comida y bebida para el camino.

Os reitero a todos mi reconocimiento agradecido. Ahora en la Eucaristía, que alimenta la vida de los sacerdotes y de todos los cristianos, brindemos por un curso académico 2012-2013 fecundo. Miremos hacia delante y pongámonos en camino. A la Virgen, Trono de la Sabiduría, a San Juan de Ávila, Patrón del clero secular español y a Santa Catalina de Alejandría, Patrona de nuestro Seminario de Monte Corbán, les encomendamos este curso y el cuidado de nuestros seminaristas. Amén.

EUCARISTÍA DE APERTURA DEL AÑO DE LA FE

Catedral de Santander

12 de octubre de 2012

“La puerta de la fe” (cfr. He 14, 27), que introduce en la vida de comunión con Dios y permite la entrada en su Iglesia, está siempre abierta para nosotros”. Con estas palabras de la carta apostólica *Porta fidei*, el Santo Padre el Papa Benedicto XVI convocaba el *Año de la fe*, que inauguró oficialmente ayer en Roma y que clausurará (D.m.), el 24 de noviembre, solemnidad de Jesucristo Rey del Universo.

Hoy, nosotros, Pueblo de Dios que peregrina en Cantabria y el valle de Mena, en comunión con el Sucesor de Pedro y con toda la Iglesia, abrimos con gran alegría el Año de la fe, aquí en nuestra S. I. Catedral, con esta Eucaristía, signo de unidad y vínculo de caridad, fuente y cumbre de toda la vida cristiana. Queremos caminar *cum Petro et sub Petro*.

Inauguramos en nuestra Diócesis el Año de la fe, en la festividad de la Virgen del Pilar. El Pilar evoca los primeros pasos de la evangelización de España. Según una venerada tradición, la Santísima Virgen María se manifestó

en Zaragoza sobre una columna o pilar, signo visible de su presencia, y dio fuerzas al Apóstol Santiago y a sus discípulos en los comienzos de su predicación apostólica en Hispania. Esta rica herencia de fe mariana ha de convertirse no en un mero recuerdo de un pasado glorioso, sino en un impulso para la *nueva evangelización*, hoy. Así lo hemos pedido en la oración colecta, para que Dios nos conceda por intercesión de la Virgen del Pilar, “fortaleza en al fe, seguridad en la esperanza y constancia en el amor”.

Año de la fe y Asamblea Diocesana de Laicos

El Año de la fe “es una invitación a una auténtica y renovada conversión al Señor, único Salvador del mundo” (*Porta fidei*, 6). Coincide con el 50^a aniversario de la apertura del Concilio Vaticano II y con el 20^o aniversario de la publicación del Catecismo de la Iglesia Católica.

Con la convocatoria del Año de la fe, el Papa está llamando a toda la Iglesia a un tiempo para renovar y fortalecer la fe en Jesucristo, el Hijo de Dios. En los ambientes de vieja cristiandad, también en nuestra tierra de Cantabria, la fe no puede darse por supuesta. “Sucede hoy con frecuencia - dice el Papa - que los cristianos se preocupan mucho por las consecuencias sociales, culturales y prácticas de su compromiso, al mismo tiempo que siguen considerando la fe como un presupuesto obvio de la vida común. De hecho este presupuesto no sólo no aparece como tal, sino que incluso con frecuencia es negado” (*Porta fidei*, 2). Constatamos con preocupación que quienes regularmente acuden a nuestras iglesias son cada vez más mayores y su número disminuye continuamente, y que va creciendo el “alejamiento de la fe y prácticas religiosas”, “la indiferencia ante los valores religiosos y morales”, como aparece en los resultados de la encuesta realizada para preparar nuestra Asamblea Diocesana de Laicos, que nos disponemos a celebrar.

¿Qué hacer ante esta situación? Es necesario hoy “un compromiso eclesial más convencido a favor de una nueva evangelización para redescubrir la alegría de creer y volver a encontrar el entusiasmo de comunicar la fe [...] Como afirma San Agustín, los creyentes “se fortalecen creyendo” [...] Así la fe sólo crece y se fortalece creyendo; no hay otra posibilidad para poseer al certeza sobre la propia vida que abandonarse, en un *in crescendo* continuo, en las manos de un amor que se experimenta siempre como más grande, porque tiene su origen en Dios” (*Porta fidei*, 7).

Esperamos que con el Año de la fe y a partir del Sínodo de los Obispos, que acaba de empezar en Roma, sobre *La nueva evangelización para la transmisión de la fe cristiana*, crezcan en la Iglesia el coraje y las energías en favor de la nueva evangelización, que lleve a redescubrir la alegría de creer, y ayude a encontrar nuevamente entusiasmo en la comunicación de la fe.

La fe cristiana no es sólo una doctrina, un conjunto de normas morales, una tradición, una costumbre social. Es un encuentro vivo, personal y real con Jesucristo. Transmitir la fe significa crear en cada lugar y en cada tiempo las condiciones favorables para que se realice este encuentro entre los hombres y Cristo. La finalidad de toda evangelización es la realización de este encuentro, que es al mismo tiempo personal y comunitario, privado y público. Como ha afirmado el Papa Benedicto XVI: “No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por un encuentro con un acontecimiento, con una Persona (Jesucristo), que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva” (*Deus caritas est*, 1).

El Año de la fe coincide, como sabemos, con la celebración de nuestra *Asamblea Diocesana de Laicos*. No nos distrae de la finalidad fundamental del Año de la fe, al contrario encaja perfectamente, porque la Asamblea Diocesana de Laicos está concebida en clave de renovación, a la luz del Concilio Vaticano II y de la nueva evangelización. Si la celebramos bien, será un tiempo de gracia para superar el desafío de la indiferencia religiosa y el cansancio de muchos de nuestros cristianos. Nuestra Asamblea pretende intensificar la reflexión sobre la fe para ayudar principalmente a todos los creyentes laicos a que su adhesión a Cristo sea más consciente y vigorosa, sobre todo en un momento de profundo cambio como el que estamos viviendo. El lema de la Asamblea Diocesana de Laicos: *Cristianos arraigados en al sociedad* apunta a lograr entre todos un laicado adulto y comprometido, a conseguir unas personas cristianas maduras en la fe, insertas activamente en la Iglesia y comprometidas en la transformación evangélica de nuestra sociedad cántabra, como un árbol con profundas raíces, según muestra el cartel anunciador.

Desde aquí hago un llamamiento a la participación de todos los diocesanos en los grupos de reflexión y oración en las parroquias y comunidades, según las orientaciones de la Comisión encargada, a cuyos miembros les agradezco de corazón su esfuerzo generoso y su entusiasmo.

Finalmente, “el Año de la fe será también una buena oportunidad para intensificar el testimonio de la caridad” (*Porta fidei*, 14). La fe se manifiesta en la caridad; ahora bien, la caridad sin fe será filantropía. Fe y caridad en el cristiano se reclaman mutuamente, de modo que la una sostiene a la otra. Hay que destacar entre nosotros el valor testimonial de muchos

cristianos, voluntarios de Cáritas y en las parroquias y casas religiosas, que dedican su tiempo y su vida con amor a quienes están solos, marginados, pasan hambre o carecen de lo necesario para vivir con dignidad, porque precisamente en esas personas se refleja el rostro de Cristo (cfr. Mt 25, 40).

Gracias a la fe podemos descubrir en cuantos nos piden amor el rostro del Señor Resucitado. La caridad es el lenguaje de la nueva evangelización; más que con palabras se expresa en las obras de fraternidad, de cercanía y de ayuda a las personas en sus necesidades materiales y espirituales.

Conclusión: a la Virgen del Pilar le confiamos el *Año de la fe*. La Virgen María brille siempre como estrella en el camino de la nueva evangelización.

ORDENACIÓN SACERDOTAL

D. JOSÉ MIGUEL AGUDO MANCHEÑO,
D. JAVIER MORENO CALDERÓN

S. I. Catedral, 28 de octubre de 2012
(Domingo XXX del Tiempo Ordinario, Ciclo B)

Todo sumo sacerdote, escogido entre los hombres, está puesto para representar a los hombres en el culto a Dios; para ofrecer dones y sacrificios por los pecados” (Hb 5, 1).

Saludo con particular afecto al Sr. Deán-Presidente y Cabildo de la S. I. Catedral; al Sr. Vicario General y Vicarios Episcopales; al Sr. Rector y Formadores del Seminario Diocesano de Monte Corbán, que tanto habéis contribuido a la formación de estos candidatos al sacerdocio; al Claustro de Profesores; a los sacerdotes concelebrantes; a los diáconos; a los seminaristas y personal del Seminario; a los miembros de vida consagrada y fieles laicos y amigos venidos de distintos lugares de nuestra Diócesis, especialmente de las parroquias de origen y de aquellas en las que los candidatos han ejercido la etapa pastoral. También saludo a los Colegios donde han estudiado los nuevos presbíteros.

Os saludo con cariño de padre, hermano y amigo, queridos José Miguel y Javier, que hoy vais a recibir el sagrado orden del presbiterado. Saludo con gratitud a vuestros padres y familias, que os ofrecen a Cristo y a la Iglesia. Os felicito de corazón, queridas familias.

Saludo a los MCS y a los que siguen esta celebración a través de Popular TV en Cantabria.

Nuestra Diócesis de Santander, que peregrina en Cantabria y el Valle de Mena, está hoy de fiesta grande. Nuestros hermanos Javier y José Miguel, hasta ahora diáconos, se convierten en representación sacramental de Cristo Cabeza y Pastor. ¡Alégrate, Iglesia Diocesana de Santander, porque hoy dos de tus hijos son ordenados sacerdotes para siempre!

Acción de gracias por el don de la vocación sacerdotal

“Nadie puede arrogarse este honor: Dios es quien llama, como en el caso de Aarón” (Hb 5, 4), hemos escuchado en la carta a los Hebreos. Como en otro tiempo Pedro, Andrés, Santiago o Juan oyeron la llamada del Señor, también vosotros, un día fuisteis llamados; su voz resonó en vuestros corazones y habéis respondido generosamente durante vuestros años de formación en el Seminario.

La oración constante “al Dueño de la mies para que envíe obreros a su mies” (Mt 9, 37), acompañada del testimonio alegre de la vida de los sacerdotes, será signo de una diligente preocupación por el futuro de las vocaciones en nuestra Iglesia Diocesana. El termómetro de la vitalidad cristiana de nuestras comunidades se mide por el florecimiento de las vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada. La Diócesis será lo que sea el Seminario.

El sacerdote y Jesucristo

Por el sacramento del Orden hoy vais a ser configurados con Cristo, Sumo y Eterno Sacerdote, según la carta a los Hebreos. La ordenación sacerdotal os convierte en verdaderos sacerdotes del Nuevo Testamento, para anunciar el Evangelio, apacentar al pueblo de Dios y celebrar el culto divino, especialmente en el sacrificio de la Eucaristía.

Cuando os entregue a cada uno la patena y el cáliz, escucharéis estas palabras misteriosas: “Recibe la ofrenda del pueblo santo para presentarla a Dios. Considera lo que realizas e imita lo que conmemoras, y conforma tu vida con el misterio de la cruz del Señor”.

Nada de cuanto constituye el sacerdocio procede de nuestra capacidad personal. Así nos lo recordó el Señor: “Sin mí no podéis hacer nada” (Jn 15, 5). Apoyados en Cristo podréis decir como San Pablo: “Todo lo puedo en Aquel que me conforta” (Fil 4, 13). Apoyaos en el Señor, que es vuestro Pastor y nada os faltará (cfr. Ps 22).

Esta íntima unión con Cristo tiene que ser alimentada y regada en la oración, como encuentro personal, sosegado y sin prisas, con el Señor: Cuidad la celebración fiel de la Santa Misa diaria y la Liturgia de las Horas, según la mente de la Iglesia.

El sacerdote, la Iglesia y el Presbiterio

No emprendéis vuestra tarea en solitario, sino que entráis a formar parte de un presbiterio diocesano, presidido por el Obispo, y en una Iglesia particular, la nuestra de Santander, en la que vais a trabajar como en la viña escogida del Señor.

Hacéis vuestra entrega a Dios y Él os la acepta consagrándoos por manos del Obispo. No os entregáis a mi persona, que es frágil, pecadora y limitada como la vuestra, sino a lo que mi ministerio representa como sucesor de los Apóstoles.

Esto requiere un clima de comunión, que se entreteje en la mesa de la Eucaristía. Sois ordenados en el *Año de la fe*, convocado por el Papa Benedicto XVI, y en el domingo en que se clausura en Roma el Sínodo de los Obispos sobre la *Nueva Evangelización para la transmisión de la fe cristiana*. El sacerdote es hombre de fe y ministro de la Nueva Evangelización.

Misión pastoral

Como sacerdotes de Jesucristo tenéis que configuraos con Jesucristo, que es el Buen Pastor, entregando su vida por las ovejas.

Como el ciego Bartimeo del Evangelio de hoy, una vez curados e iluminados por Jesús, debéis seguir al Señor por el camino con decisión libre. La figura de este ciego es modelo del verdadero discípulo, que confiesa abiertamente su fe en Cristo; la traduce en oración perseverante y confiada; se libera de los obstáculos que le impiden el encuentro personal con Jesús.

Hoy, por desgracia, hay bastantes cristianos que tienen una fe vergonzante más que confesante. Tienen miedo de dar la cara por Jesús y tienen un espíritu cobarde. En nuestra situación actual en España, donde está emergiendo un laicismo beligerante y un fuerte secularismo, los cristianos no podemos encogernos de miedo, sino que tenemos que defender con palabras y con el testimonio, de una manera pacífica, pero valiente, la fe en Cristo, aunque nos quieran hacer callar como al ciego Bartimeo.

.- Os embarcáis en una vida radicalmente nueva:

Acompañad y educad en la fe a los fieles que la Iglesia os confíe; abrid sus corazones a la gracia de Dios; acompañad sus soledades en los pueblos pequeños; curad sus heridas como buenos samaritanos con el aceite del consuelo y el vino de la esperanza; sed para todas las personas una imagen de Cristo el Buen Pastor, que las conocéis por su nombre, que las respetáis en su circunstancia, y que no cesáis de abrir para ellas los caminos del encuentro con Cristo.

En la escuela de María

Vivid vuestro sacerdocio 'en la escuela de María', 'mujer eucarística'. La Virgen vivió su 'fe eucarística', antes incluso de que la Eucaristía fuera instituida, por el hecho mismo de 'haber ofrecido su seno virginal para la encarnación del Verbo de Dios'.

Queridos José Miguel y Javier: recibid nuestra enhorabuena sincera por el regalo del sacerdocio, que Dios os hace. Enhorabuena y felicitación que hago también al Seminario, al Rector, Formadores, Profesores y Personas de servicio.

Queridos padres y familias de Javier y José Miguel: dad gracias a Dios por el don de vuestros hijos hechos hoy sacerdotes de Jesucristo.

Que la Eucaristía, sacrificio de Cristo, comunión en el cuerpo y en la sangre de Cristo, presencia verdadera, real y sustancial, en la que hoy concelebráis por primera vez, sea el centro de vuestro sacerdocio, y fuente y cumbre de nuestra vida cristiana. **Amén.**

SERVICIOS PASTORALES

CANCILLERÍA

CALENDARIO DE JORNADAS Y COLECTAS EN ESPAÑA AÑO 2013

1 de enero (Solemnidad de Santa María Madre de Dios) **Jornada por la Paz** (mundial y pontificia): Celebración de la Liturgia del día, alusión en la monición de entrada y en la homilía, intención en la oración universal.

6 de enero (Solemnidad de la Epifanía del Señor) **Colecta del catequista nativo** (pontificia: OMP) y **Colecta del IEME** (de la CEE, optativa): Celebración de la Liturgia del día, monición justificativa de la colecta y colecta.

20 de enero (segundo domingo del Tiempo Ordinario) **Jornada Mundial de las Migraciones** (pontificia): Celebración de la Liturgia del día (por mandato o con permiso del Ordinario del lugar puede usarse el formulario <Por los Emigrantes y Exiliados>, cf. OGMR, 374), alusión en la monición de entrada y en la homilía, intención en la oración universal.

18-25 de enero **Octavario de Oración por la Unidad de los Cristianos** (mundial y pontificia): El domingo que cae dentro del Octavario se puede celebrar la Misa con el formulario <Por la unidad de los cristianos> con las lecturas del domingo.

27 de enero (cuarto domingo de enero) **Jornada y colecta de la Infancia Misionera** (mundial y pontificia: OMP): Celebración de la Liturgia del día, alusión en la monición de entrada y en la homilía, intención en la oración universal y colecta.

2 de febrero (Fiesta de la Presentación del Señor) **Jornada de la Vida Consagrada** (mundial y pontificia): Celebración de la Liturgia del día, alusión en la monición de entrada y en la homilía, intención en la oración universal.

11 de febrero (Memoria de Nuestra Señora de Lourdes) **Jornada Mundial del Enfermo** (pontificia y dependiente de la CEE, obligatoria): Celebración de la Liturgia del día (aunque por utilidad pastoral, a juicio del rector de la iglesia o del sacerdote celebrante, se puede usar el formulario <Por los Enfermos>, cf. OGMR 376), alusión en la monición de entrada y en la homilía, intención en la oración universal.

10 de febrero (segundo domingo de febrero) **Colecta de la Campaña contra el Hambre en el Mundo** (dependiente de la CEE, obligatoria): Celebración de la Liturgia del día, monición justificativa de la colecta y colecta.

3 de marzo (primer domingo de marzo) **Día y colecta de Hispanoamérica** (dependiente de la CEE, optativa): Celebración de la Liturgia del día, alusión en la monición de entrada y en la homilía, intención en la oración universal, colecta.

17/19 de marzo (Solemnidad de San José o domingo más próximo) **Día y colecta del Seminario**: Celebración de la Liturgia del día, alusión en la monición de entrada y en la homilía, intención en la oración universal, colecta.

29 de marzo (Viernes Santo) **Colecta por los Santos Lugares** (pontificia): Celebración de la Liturgia del día, monición justificativa de la colecta y colecta.

8 de abril (Solemnidad de la Anunciación del Señor, este año trasladada) **Jornada Pro-Vida** (dependiente de la CEE): Celebración de la Liturgia del día, alusión en la monición de entrada y en la homilía, intención en la oración universal.

21 de abril (Domingo IV de Pascua) Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones (pontificia): Celebración de la Liturgia del día, alusión en la monición de entrada y en la homilía, intención en la oración universal.

28 de abril (último domingo de abril) **Jornada y colecta de Vocaciones Nativas** (pontificia: OMP): Celebración de la Liturgia del día, alusión en la monición de entrada y en la homilía, intención en la oración universal, colecta.

12 de mayo (Solemnidad de la Ascensión del Señor) **Jornada Mundial y colecta de las comunicaciones sociales** (pontificia): Celebración de la Liturgia del día, alusión en la monición de entrada y en la homilía, intención en la oración universal, colecta.

19 de mayo (Solemnidad de Pentecostés) **Día de la Acción Católica y del Apostolado Seglar** (dependiente de la CEE, optativa): Celebración de la Liturgia del día, alusión en la monición de entrada y en la homilía, intención en la oración universal.

26 de mayo (Solemnidad de la Santísima Trinidad) **Día pro Orantibus** (dependiente de la CEE, obligatoria): Celebración de la Liturgia del día, alusión en la monición de entrada y en la homilía, intención en la oración universal.

2 de junio (Solemnidad del Santísimo Cuerpo y Sangre de Cristo) **Día y colecta de la Caridad** (dependiente de la CEE, obligatoria): Celebración de la Liturgia del día, alusión en la monición de entrada y en la homilía, intención en la oración universal, colecta.

29 de junio (Solemnidad de San Pedro y San Pablo) **Colecta del Óbolo de San Pedro** (pontificia): Celebración de la Liturgia del día, monición justificativa de la colecta y colecta.

7 de julio (Primer domingo de julio) **Jornada de Responsabilidad del tráfico** (dependiente de la CEE, optativa): Celebración de la Liturgia del día, alusión en la monición de entrada y en la homilía, intención en la oración universal.

20 de octubre (Penúltimo domingo de octubre) **Jornada Mundial y Colecta por la Evangelización de los pueblos** (pontificia: OMP): Celebración de la Liturgia del día (puede usarse el formulario <Por la Evangelización de los pueblos>, cf. OGMR, 374), alusión en la monición de entrada y en la homilía, intención en la oración universal, colecta.

17 de noviembre (Domingo anterior a la Solemnidad de Jesucristo Rey del Universo) **Día y colecta de la Iglesia diocesana** (dependiente de la CEE, optativa): Celebración de la Liturgia del día, alusión en la monición de entrada y en la homilía, intención en la oración universal, colecta.

29 de diciembre (Domingo dentro de la Octava de Navidad-Fiesta de la Sagrada Familia) **Jornada por la Familia y la Vida** (pontificia y dependiente de la CEE): Celebración de la Liturgia del día, alusión en la monición de entrada y en la homilía, intención en la oración universal.

NOMBRAMIENTOS

CESES

25 de septiembre de 2012

Rvdo. D. Alberto Pico Bollada como párroco de la parroquia de Nuestra Señora del Carmen del Barrio Pesquero

Rvdo. P. Jesús Arce López SDB como párroco de la parroquia de Nuestra Señora del Carmen en Nueva Montaña

Rvdo. Julián Torre Marroquín como titular del Obispado en la Guardería Infantil Marques de Valterra y del Colegio Miguel Bravo-A.A. La Salle

1 de octubre de 2012

Rvdo. D. José Luis Salám Lozano como párroco de la Parroquia de San Miguel de Camargo

Rvdo. P. José Rueda Jiménez OSST como párroco de las parroquias de Udalla, Marrón, Hoz de Marrón y San Bartolomé de los Montes.

11 de octubre de 2012

Rvdo. P. Fernando Laiglesia Higuera S.J. como miembro del Consejo Presbiteral por el cauce de Vida Consagrada.

16 de octubre de 2012

Rvdo. P. Higinio Fernández Fernández CMF como párroco in solidum de San Vicente de la Barquera, Abanillas y Portillo, Gandarilla, Luey, Muñorrodero, Pesués y Pechón, Prellezo, Serdio y Estrada

29 de octubre de 2012

Rvdo. D. Miguel Ángel González Barragán, como administrador parroquial de La Busta y Caranceja.

Rvdo. D. Gabriel Antonio Mier González, como párroco de Mazcuerras y Cos.

NOMBRAMIENTOS

25 de septiembre de 2012

Rvdo. D. Ignacio Ramón Ortega Ferrández como párroco de la parroquia de Nuestra Señora del Carmen del Barrio Pesquero

Rvdo. P. Alfonso Valcárcel de la Vega SDB como párroco de la parroquia de Nuestra Señora del Carmen en Nueva Montaña

Rvdo. D. Ignacio Ramón Ortega Ferrández como titular del Obispado en la Guardería Infantil Marques de Valterra y del Colegio Miguel Bravo-A.A. La Salle

1 de octubre de 2012

Rvdo. D. Roberto Santiago Negrete Ares como párroco de la Parroquia de San Miguel de Camargo

Rvdo. P. Alfonso Rementería Elorriaga OSST como párroco de las parroquias de Udalla, Marrón, Hoz de Marrón y San Bartolomé de los Montes.

Rvdo. P. José Rueda Jiménez OSST como capellán del Hospital Comarcal de Laredo.

M.I. Sr. D. José Vicente Pérez Ortiz como consiliario de la Hermandad de Ntra. Sra. del Rocío

11 de octubre de 2012

Rvdo. P. Matías Aurelio Güemes Peña S.J. como miembro del Consejo Presbiteral por el cauce de Vida Consagrada.

16 de octubre de 2012

Rvdo. P. Ignacio Iriarte Monte CMF como párroco in solidum de San Vicente de la Barquera, Abanillas y Portillo, Gandarilla, Luey, Muñorrodero, Pesués y Pechón, Prellezo, Serdio y Estrada

Doña Teresa Suárez Suarez como ministro Extraordinario de la Eucaristía en la Parroquia de San Martín-Peñacastillo

Doña María del Carmen Gérez Pérez como ministro Extraordinario de la Eucaristía en la Parroquia de San Martín-Peñacastillo

19 de octubre de 2012

Rvdo. D. Pedro Miguel Sisniega Pérez, como Consiliario de la Real Hermandad y Cofradía de Nazarenos de Ntra. Sra. de la Esperanza y San Juan Apóstol.

23 de octubre de 2012

Rvdo. D. Antonio Gutiérrez Gutiérrez, como miembro nato del Consejo Presbiteral.

Rvdo. D. Juan Abad Zubelzu, como miembro del Consejo Presbiteral por el cauce de edad.

Rvdo. D. Vicente Ruiz de Velasco y Punín, como párroco de Unquera.

29 de octubre de 2012

Rvdo. D. Miguel Ángel González Barragán, como párroco de Mazcuerras y Cos, continuando como párroco de Virgen de la Peña, Herrera de Ibio e Ibio

Rvdo. D. Juan Antonio Iglesias Oliva, como párroco de La Busta.

Rvdo. D. José Enrique Álvarez Varona, como párroco de Caranceja.

VIDA DIOCESANA

CLAUSURA CONMEMORACIÓN JUBILAR LEBANIEGA

El nuncio apostólico de Su Santidad en España, Mons. Renzo Fratini, clausuró el viernes 14 de septiembre de 2012, en el monasterio cántabro de Santo Toribio de Liébana, la Conmemoración Jubilar que ha servido para celebrar, desde el mes de abril, los 500 años de la concesión de la Bula del Papa Julio II que posibilitó la celebración de Años Jubilares en este templo que alberga la reliquia del Lignum Crucis.

En la Eucaristía estuvieron presentes el obispo de Santander, Mons. Vicente Jiménez Zamora, el Arzobispo de Valencia, el cántabro Mons. Carlos Osoro, así como Mons. José Vilaplana, que fue obispo de Santander hasta 2006 y es el actual prelado de Huelva. Además, acudieron los obispos de tres de las cuatro diócesis que forman la Provincia Eclesiástica de Oviedo, a la que pertenece la de Santander, como fue el caso de Mons. Camilo Lorenzo (Astorga) y de Mons. Julián López (León).

A la misa solemne de cierre, que se inició a las 12 de la mañana, acudieron los vicarios episcopales de la Diócesis de Santander encabezados por el Vicario General, padre Manuel Herrero, los cuales estuvieron acompañados por numerosos sacerdotes del clero diocesano, entre los que figuraron los que atienden pastoralmente a la comarca de Liébana.

Igualmente, asistieron el presidente del Gobierno de Cantabria, Ignacio Diego, al que acompañó el consejero de Educación, Cultura y Deporte, Miguel Ángel Serna.

Presentamos a continuación la Homilia del Sr. Nuncio en esta celebración

HOMILIA DEL S.E.R. EL SR. NUNCIO APOSTOLICO CLAUSURA DEL 500 ANIVERSARIO DE LA CONCESIÓN DEL JUBILEO LEBANIEGO DE LA SANTA CRUZ

14 de septiembre de 2012

Liébana (Santander)

Excelencia Reverendísima

Mons. Vicente Jiménez Zamora,

Excelentísimos y Reverendísimos

Señores Obispos,

Rvdo. P. Guardián y Comunidad franciscana,

Sacerdotes Concelebrantes,

Excelentísimas Autoridades,

Hermanas y Hermanos en Cristo:

Al cumplirse los quinientos años de las Letras Apostólicas por las que el Papa, en virtud de su jurisdicción universal y directa sobre toda la Iglesia, otorgó **la celebración jubilar lebaniega**, me uno a vuestra acción de gracias al Señor y a vuestro gozo, acogiendo la invitación del Sr. Obispo. Muchas gracias Mons. Vicente Jiménez, por esta manifestación de la comunión de la querida Diócesis de Santander con Santo el Padre Benedicto XVI, a quien tengo el honor de representar en España.

La celebración que ahora clausuramos es una oportunidad **para renovar la fe** y la vida cristiana acogiendo la voz del Señor. La voz que el Señor nos dirige, si cabe decirse así, no puede ser más elocuente que cuando se dirige a nosotros en **el silencio de la Cruz**. La Cruz, **es signo del amor infinito de Dios a cada uno de nosotros**, y a la humanidad entera. *“Tanto amó Dios al mundo que le entregó su Hijo Unigénito, para que todo el que cree en él no perezca, sino que tenga vida eterna”* acabamos de escuchar en el evangelio.

Hoy la liturgia nos invita a **contemplar amorosamente al crucificado** con una mirada que cura, que sana nuestro corazón y lo consuela. Mirar a la Cruz es corresponder al crucificado. S. León Magno, Papa, que, como sabéis, distinguió con su amistad a Santo Toribio, Obispo de Astorga, decía: *“El verdadero adorador de la pasión del Señor tiene que contemplar de tal manera, con mirada del corazón, a Jesús crucificado, que reconozca en El su propia carne. Toda la tierra ha de estremecerse ante el suplicio del Redentor.. A ninguno de los pecadores se les niega su parte en la cruz, ni existe nadie a quien no auxilie la oración de Cristo.”* (SAN LEON MAGNO, *Sermón 15 de la pasión*, 3: PL 54, 366).

La cruz marca la vida de Jesús desde niño. Siendo un tierno tierno infante, con solo cuarenta días, los brazos de María, obedeciendo al doble instinto de Madre y de Virgen, apretaron contra su pecho el fruto de sus entrañas a la vez que se abrían en heroica ofrenda y aceptación, mirando al Eterno Padre, mientras oía a Simeón que le decía: *“tu Hijo está puesto como signo de contradicción... y a ti misma, una espada de dolor, te traspasará el alma para que queden al descubierto los pensamientos de muchos corazones”* (Lc. 2, 34-35).

Sí, la Cruz, como vemos en el Evangelio, es **aceptada con amor** por el Señor y propuesta a los discípulos suyos como **una marca ineludible en su seguimiento**. ¿Cómo no recordar sus palabras? *“He venido a prender fuego a la tierra, ¡y cómo deseo que esté ardiendo!. He venido a recibir un bautismo ; y qué angustia siento hasta que se cumpla!”* (Lc 12,49). Este deseo ardiente del Señor **por llegar a su Hora, a la Cruz**, no es más que el deseo de dar su Espíritu Santo derramado *“sobre toda carne”* (Jn 17,2). Jesús crucificado tiene *“sed”* (Cf. Jn 19,28) de dar su salvación a los hombres, a los que ama por amor al Padre. Tiene sed de glorificar al Padre: *“Padre, glorifica a tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique”* (Jn 17,1).

Sí, hermanos, **Jesús llevó siempre en su corazón la cruz y la amó como misterioso designio del Padre**. Se trata, por parte de Cristo, de una **opción enteramente libre**. En palabras del Papa S. León Magno, Cristo *“no dejó de hacer nada ni sufrir nada que fuera útil para nuestra salvación... para que no le falte a nadie ni la realidad de la naturaleza humana ni la plenitud de la naturaleza divina”* (San León Magno, O.C.). En la actitud de vida del Verbo encarnado ante la cruz, vemos resaltar en nuestra contemplación tres aspectos que os invito a considerar:

1º en la cruz vemos la prueba y manifestación del amor misericordioso de Dios;

2º la cruz es el signo que preside el itinerario de los seguidores de Cristo;

3º la Cruz es medio que nos hace crecer en la caridad.

Cada uno de estos tres aspectos, despiertan profundamente en el alma la gratitud, la petición de perdón de nuestros pecados y el ofrecimiento a Jesús de nuestra propia vida.

1.- La Cruz. Prueba y manifestación del amor misericordioso de Dios.

La cruz de Cristo es la respuesta de Dios al misterio de la iniquidad, al misterio del pecado. La Cruz en sí, es el signo de la misericordia divina, el triunfo del amor de Dios. Mirando a Jesús crucificado, nos sentimos amados por Dios. Como enseña el Beato Juan Pablo II en su Carta Encíclica *Dives in Misericordia* *“Hacer presente al Padre en cuanto amor y misericordia es, en la conciencia de Cristo mismo, la prueba fundamental de su misión de Mesías* (n. 3). Una misión de gracia y salvación que transforma realmente nuestro corazón haciéndolo capaz de participar de su amorosa entrega hasta el don de uno mismo desde el perdón recibido en el bautismo y recuperado en el sacramento de la penitencia o confesión.

Jesús, con el libre ofrecimiento de su vida al Padre sobre el ara de la Cruz, misericordiosamente nos redimió. De esta manera se esclarece en adelante el sufrimiento físico, moral, y espiritual. *La enfermedad, así como las plagas del hambre, la guerra, la injusticia, la soledad, la falta de sentido de la vida, la fragilidad de la existencia humana, el doloroso conocimiento del pecado, la aparente ausencia de Dios... todas estas cosas se convierten para el creyente en Cristo en experiencias purificadoras a las que se les puede llamar noche de la fe.*

Desde el Gólgota la cruz nos sitúa en la dinámica de aceptar en nuestro corazón la misericordia de Dios. Esta misericordia se rechaza automáticamente, dejando al hombre en la obscuridad, allí donde se considera – como señalaba Juan Pablo II- que *“el hombre sin Dios y sin Cristo [es] el centro absoluto de la realidad, haciéndolo ocupar así falsamente el lugar de Dios y olvidando que no es el hombre el que hace a Dios, sino que es Dios quien hace al hombre”*. Por este camino del olvido de Dios, se llega al abandono del hombre, porque sin Dios no conocemos la grandeza de la misericordia. La misericordia es un amor efectivo que va más allá de lo justo. Esa es la respuesta de Dios al misterio de la iniquidad, al misterio del pecado, causa de todo mal. Por eso sólo la Misericordia divina puede poner un límite al mal; sólo el amor todopoderoso de Dios puede aniquilar todo pecado, que es ofensa a Dios, y derrotar también la prepotencia de los malvados y el poder destructor del egoísmo y del odio. Solo su amor nos puede fortalecer para hacer de cada prueba cotidiana, un acto de amor, una ocasión para la propia entrega, arrebatados del amor de Cristo crucificado *“que nos apremia”* (2Cor 5,14).

2.- La cruz compañera indisoluble del seguimiento de Cristo.

Hermanos: dentro de nuestro corazón, en lo más recóndito de nuestras conciencias, cada día resuenan las exigentes palabras del Maestro: *“Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, cargue con su cruz y se venga conmigo”* (Mt. 16,24). El seguidor de Cristo, descubre en la cruz del Señor una **participación en Cristo** y en la gloria que le sigue. Nuestra propia limitación ante la cruz pone de relieve nuestra propia pobreza, así como la fuerza del propio “ego”, aún sin madurar a la luz de Dios, incapaz de amar con olvido de sí y de entregarse realmente.

No olvidemos que en el camino de la santidad, esto es, en el camino hacia la unión con el Señor, **el misterio de la cruz se halla siempre presente**. Con palabras muy sencillas S. Juan Crisóstomo recoge esta común experiencia: *“Dios Padre, amador de los hombres, mezcla trabajos y dulzuras, estilo que El sigue con todos sus santos. Ni los peligros ni los consuelos nos los da*

continuos, sino que de unos y otros va El entretejiendo la vida de los justos" (Hom. Sobre S. Mateo, 8).

La aceptación de una enfermedad, la separación de los seres queridos, un revés económico imprevisto, el agobio del trabajo o del paro, la convivencia a veces dificultosa a causa de los diferentes caracteres, una tentación insidiosa que nos presenta la posibilidad de apartarnos de los preceptos de la ley divina, el temperamento con sus limitaciones etc. **La vida nos presenta con frecuencia dificultades que nos afligen.** En todas ellas, nuestra elección por el Señor debe quedar firme en la **confianza en su providencia** y en la seguridad de que El, a través de toda circunstancia, a través de dolores del cuerpo y las desolaciones del alma, va disponiendo nuestro corazón, por medio de un **despojo necesario**, para acogerle a El como única riqueza, **dejándonos invadir por la fuerza de la Cruz de Cristo.**

Esa perseverancia en el bien a pesar de las dificultades de la cruz, engendra en nosotros las virtudes propiamente cristianas: la humildad, la paciencia, la mansedumbre, la dulzura, la comprensión, la amabilidad, el dominio propio... cosas que, el Apóstol de las gentes, atribuye a la acción del Espíritu santo en el alma (Gál 5,22; Col 3,12; Ef 4,2) afirmando: *"Los que son de Cristo, crucificaron la carne con las pasiones y las concupiscencias"* (Gál 5,4). Por eso verdaderamente puede decirse que la cruz es escuela de todas las virtudes.

3.- La cruz medio que nos lleva a la plenitud de la caridad.

Iluminada por el Evangelio, la ascesis y vida espiritual cristiana, **considera a la Cruz como expresión máxima de la caridad**, y por tanto la sitúa como en el centro de la experiencia cristiana. En la convicción de nuestra fe la cruz, por el crucificado que ha vencido en ella a la muerte con su resurrección, se nos da una vida nueva, la vida de la gracia que, en unión con Cristo, **nos convierte en cooperadores de su obra redentora.** Sin la cruz, la acción apostólica, en la que está embarcada toda la Iglesia, todos los bautizados, sería débil, intrascendente, espiritualmente inexistente, muerta. El último Concilio enseña: *"Así como Cristo realizó la obra de la redención en la pobreza y en la persecución, así también la Iglesia está llamada a recorrer el mismo camino para comunicar a los hombres los frutos de la salvación"* (LG 8; Cf. 7,11,34,39).

Esta espiritualidad de la Cruz, pues, **ha de ser vivida por todo cristiano** compartiendo la caridad del Verbo encarnado *"que nos amó y se entregó por nosotros a Dios en obediencia y sacrificio de agradable olor"* (Ef 5, 2). Cristo en la cruz asumió las consecuencias de nuestros pecados. Aceptar las limitaciones, dolores y sufrimientos de la vida, a nosotros que verdaderamente los merecemos, nos conduce a **participar de la cruz de Cristo redentor.** El creyente sabe bien que **la cruz representa al sufrimiento que purifica y conduce al cielo.**

Todo hombre que padece en su cuerpo o en su espíritu está asimilándose a Cristo. No puede existir un consuelo mayor que tener a Cristo tan cerca. Por eso Pablo veía en **la cruz el motor de su propia fuerza**: *“cuando soy débil entonces soy fuerte”* (2Cor 12, 10) pues Cristo amado está conmigo.

Aceptar el amor de Cristo en nuestra vida nos invita a corresponderle siendo sensibles para con los enfermos, los pobres, los que pasan a diario alguna necesidad. Por todo ello **la espiritualidad de la cruz nos urge a la caridad**. Mirando a la Cruz nos sentimos amados por Dios y nos damos cuenta de la importancia, así como de la felicidad, que se encuentra en amar al prójimo. *“Bienaventurados los misericordiosos porque alcanzarán misericordia”* (Mt. 5,7).

La Iglesia contemplando a Cristo crucificado, que da todo por amor, defenderá siempre la dignidad humana en los emigrantes, los marginados por la droga, los presos, los enfermos y en general en todos aquellos que viven sin esperanza olvidados por la sociedad. A todos extiende la Santa Cruz su ayuda.

Que esta conmemoración lebaniega, que queda clausurada en este día, deje, en cada uno de los sacerdotes y fieles de esta querida Diócesis, **el deseo de abrir siempre su corazón al amor de Cristo** que, desde su cruz, nos asegura su presencia en los momentos de gozo y de sufrimiento en nuestras vidas.

El Beato Juan Pablo II decía: *“en la cruz se encuentran **la miseria** del hombre y **la misericordia** de Dios. Adorar esta misericordia ilimitada es para el hombre el único modo de abrirse al misterio que la cruz revela”* (Juan Pablo II, Bratislava, 14 de septiembre de 2003). Contemplando pues este profundo abismo de misericordia, digamos hoy hermanos desde lo profundo de nuestro corazón:

*“Extiende por el mundo
tu Reino de caridad
¡Oh Cruz fecunda fuente de vida y de perdón!”. Amén.*

X JORNADAS DE FORMACIÓN PASTORAL

Las Jornadas Diocesanas de Formación Pastoral han cumplido su primera década de organización con un récord de inscritos, al llegar la cifra de participantes a las 225 personas.

Fundamentalmente laicos, pero también agentes de pastoral, catequistas, profesoras de religión, sacerdotes, religiosos y seglares con inquietud por estar formados sobre su fe, son los asistentes a esta convocatoria que se inició el 17 de septiembre de 2012, en el seminario de Corbán, y que concluyó el jueves 20 de septiembre.

Las X Jornadas de Formación de Pastoral este año se han convocado bajo el epígrafe, "Ser Creyentes para ser Testigos", lema que se enmarca en la inminente convocatoria del "Año de la Fe" que el Papa Benedicto XVI inaugurará el próximo 11 de octubre con carácter universal. Su cometido es también el de celebrar los 50 años del Concilio Vaticano II (1962-65).

Con el programa de actividades, las Jornadas de formación trataron de propiciar entre los participantes la "reflexión sobre su fe, fortalecer el compromiso como creyentes y compartir con otros sus experiencias y vivencias".

La estructura de las Jornadas contempló tres acciones para llevar a cabo sus objetivos. La primera consistió en el desarrollo de una ponencia diaria a cargo de un especialista con el fin de que los participantes mejoren su formación pastoral y a la vez se potencie la reflexión. Estas ponencias fueron presentadas por Doña Ninfa Watt, filóloga y periodista, bajo el título "Análisis de la realidad de nuestro tiempo a la luz de la fe", y por D. Luis Javier Argüello, Vicario General de la Diócesis de Valladolid, con el título "Cómo ser testigo hoy desde una dimensión personal y comunitaria a la luz de la doctrina social de la Iglesia".

Los talleres prácticos es otra de las actividades del programa. Tratan de ser seminarios "activos y dinámicos" con una "oferta amplia" para que cada participante pueda elegir "los que se adaptan mejor a sus intereses".

Para esta edición, se programaron 10 talleres que giraron en torno a tres áreas como son, Comunidad Cristiana; Crecimiento y Desarrollo Personal, Sociedad y, por último, Educación.

Las Jornadas Diocesanas de Formación de Pastoral también incluyeron momentos de oración "para ofrecer un espacio de plegaria en que compartamos nuestra fe", así como la celebración de la Eucaristía, que cerró al programa de este año.

Además, como gesto solidario, los participantes pudieron tomar un "Café solidario" de modo que los donativos que sirvieron para apoyar un proyecto solidario de la Diócesis

JORNADA DE ANIMADORES BIBLICOS

Un año más, en septiembre pasado, se celebraron en el Seminario de Corbán, las jornadas formativas para los animadores de los grupos de la Lectura Creyente de la Palabra de Dios. En sus dos modalidades de fin de semana y durante la semana -del 22 al 26-. Era el decimo séptimo año que se

convocaba a este fin, con una total fidelidad de asistencia como es habitual, en torno a los doscientos participantes.

El tema que se trató es la continuidad, dentro del ciclo de los tres años en el que nos encontramos. En este ciclo vamos desarrollando un periplo continuado por lo que supone la “actuación salvadora de Dios en la historia”, lo que nos lleva a descubrir, de forma orante y creyente, la raíz bíblica de nuestra fe, de nuestro credo.

Así, en el primer año se miró al Antiguo Testamento descubriendo al Dios creador, liberador... En el segundo año, ya en el Nuevo Testamento, nos deteníamos en la figura de Jesucristo, plenitud de la salvación. Y este año, concluirá el recorrido fijándonos en la acción del Espíritu Santo y la Iglesia.

Como años anteriores, el desarrollo de estas jornadas fueron convocadas y preparadas tanto por el Servicio Bíblico Diocesano como por la Casa de la Biblia, encargada ésta de elaborar el material y dinámicas del encuentro.

Expresamos el deseo de que los encuentros de los diversos grupos sea un instrumento más que haga fructífero el año de la fe.

ENCUENTRO DE PROFESORES DE RELIGIÓN

El obispo de Santander, Mons. Vicente Jiménez, presidió el viernes 28 de septiembre de 2012 el tradicional encuentro académico con los profesores que imparten la asignatura de religión y moral católica en los centros de enseñanza públicos y concertados de Cantabria y valle de Mena. El acto, que se convoca al inicio de cada curso escolar, tuvo lugar en el Seminario Diocesano de Monte Corbán.

En Cantabria, existen 150 profesores que se encargan de este cometido en la enseñanza pública. De ellos, 101, se hallan en Primaria y los 49 restantes en Secundaria. A esta cifra habría que sumar los numerosos docentes más que imparten la asignatura en los centros privados concertados.

Las últimas estadísticas de la enseñanza de Religión católica en Cantabria, muestran que los padres siguen solicitando para sus hijos la formación de esta asignatura. En concreto, en un 74 por ciento de los casos, las familias demandaron la clase de religión y moral católica para sus hijos. Además en la región, el porcentaje de petición de la asignatura, está 5 puntos por encima de la media nacional, según las estadísticas elaboradas por la Conferencia Episcopal Española.

El Delegado Diocesano de Enseñanza, Juan Antonio Pérez Simón, fue el encargado de la organización de este acto académico anual que pretende ser un encuentro entre el obispo, la comunidad de profesores y el equipo que forma la citada Delegación Diocesana de Enseñanza.

El acto de mañana se inició con un saludo de Mons. Jiménez a los numerosos profesores que todos los años acuden a este tradicional encuentro, y después el delegado de Enseñanza leyó la memoria-balance del pasado curso 2011. Con posterioridad, el obispo de Santander intervino con una disertación académica titulada, “El Año de la Fe proclamado por Benedicto XVI”.

Concluida la intervención, Juan Antonio Pérez Simón informó a los profesores sobre las reuniones, cursos y actividades previstas para los próximos meses y organizadas por el equipo de la Delegación Diocesana de Enseñanza. El programa académico concluyó con la celebración de una Eucaristía oficiada por el obispo.

APERTURA OFICIAL DEL CURSO EN EL SEMINARIO DE MONTE CORBAN

El día 10 de octubre de 2012 se realizó la inauguración del curso académico en el Seminario de Monte Corbán. Como todos los años se inicio con la Misa del Espíritu Santo, en la que los profesores del Seminario realizaron su profesión de Fe. A continuación se realizó el acto académico en el que se leyó la Memoria Académica del curso anterior. Posteriormente el profesor Lic. D. Alvaro Asensio Sagastizabal pronunció la lección inaugural con el título: “La Iglesia como Esposa, un acercamiento teológico desde la mujer en el Antiguo Testamento”.

Presentamos a continuación la Memoria Académica

MEMORIA ACADEMICA CURSO 2011/2012 INAUGURACIÓN DE CURSO

Procedemos a la lectura de la Memoria Académica correspondiente al curso 2011/2012:

Concluida la participación de los seminaristas en la Semana Diocesana de Formación Pastoral y de Lectura Creyente de la Palabra de Dios, el lunes, día 3 de octubre se iniciaron las clases y el 10 de ese mismo mes, se procedió a la apertura oficial del curso 2011-2012 en el Seminario Diocesano de Monte Corbán en Santander. Al acto inaugural asistieron: D. Vicente Jiménez Zamora, Obispo de la Diócesis y Presidente del Instituto Teológico; D. Juan José Valero Álvarez, Rector del seminario y Director del Instituto; formadores, profesores, alumnos, sacerdotes y fieles. Los actos comenzaron con la celebración de la santa Misa del Espíritu Santo presidida por el Sr Obispo y concelebrada por gran número de presbíteros. En el desarrollo de la misma y, como viene siendo costumbre, los profesores del Instituto Teológico hicieron el juramento por el

que se comprometen a enseñar e impartir los contenidos académicos en fidelidad a la fe y a la Iglesia. Tras la Eucaristía, abrió el acto académico el secretario del Instituto, Ldo. D. Antonio Fernández Ruiz, procediendo a la lectura de la Memoria Académica del curso 2010- 2011. A continuación, Dña. Lourdes González Aristigueta, licenciada en Teología Espiritual y Filología Clásica, pronunció la lección inaugural con el título “*Experiencia de Dios y crecimiento personal*”.

Tras dicha intervención, D. Vicente Jiménez Zamora agradeció la presencia de los asistentes y declaró inaugurado el curso académico 2011-2012. Se concluyó el acto con el himno “*Gaudeamus igitur*” dirigido por el Dplo D. Lorenzo Lisaso Castanedo. Finalizado, los asistentes fueron invitados a confraternizar compartiendo un sencillo ágape.

CLAUSTRO DE PROFESORES

El claustro estuvo constituido por veintiún profesores. Durante el curso se han celebrado cuatro claustros ordinarios: los días 16 de septiembre y 18 de Noviembre de 2011, y el 10 de febrero y 27 de junio de 2012. En dichos claustros, entre otras cuestiones relativas a la programación del curso y evaluación del alumnado, se ha ido haciendo referencia a los pasos seguidos en aras a la renovación de la afiliación en cuanto Instituto Teológico dependiente de la Universidad Pontificia de Salamanca.

En el primero de los claustros, con fecha de 16 de Septiembre, tuvo lugar la presentación y acogida del nuevo profesor de la asignatura de Derecho canónico, que recae en la persona del Dr D. Sebastián Tarcziu Andro. Asimismo, en el último claustro de 27 de Junio, se propone a nuestro obispo D. Vicente, en su calidad de presidente del Instituto Teológico, que proceda al nombramiento, entre cuatro candidatos, de un nuevo Jefe de estudios. Conocido el parecer del profesorado, D. Vicente nombra a D. Óscar Lavín Aja para dicho cometido.

PROFESORADO

Profesores y asignaturas del curso 2011/2012:

- Dr. D. Juan José Caldevilla Portilla: Lengua hebrea, Corpus joánico y Cartas Católicas.

- Ldo. D. Eduardo Guardiola Alfageme: Teología Fundamental, Antropología filosófica y Antropología Teológica II .

Ldo. D. Juan Cuevas Gutiérrez: Catequética fundamental y Sacramento del matrimonio

- Ldo. D. Luis Carlos Fernández Ruiz: Escatología.

- Ldo. D. Manuel Herrero Fernández OSA: Teología Pastoral Especial.

- D. Juan Jaúregui Castelo: Música.

Ldo. D. Francisco Pellón Bilbao: Inglés.

Ldo. D. Óscar Lavín Aja: Historia de la Filosofía Moderna y Contemporánea.

- Ldo. D. Ángel López Bolado: Historia de la Iglesia Contemporánea.

- Dr. D. Esteban Peña Eguren: Metafísica y Ética Filosófica.

- Dr. D. Isidro Pérez López: Sacramentos del Bautismo y Confirmación, Eucaristía, Penitencia y Unción de Enfermos, y director de la Síntesis Teológica.

- Ldo. D. Juan José Valero Álvarez: Pentateuco y Libros Históricos; Sacramento del Orden y Ministerios.

- Ldo. Francisco Antonio Blanco Ramos: Doctrina Social de la Iglesia.

- Dr. D. Pedro Cayón Cagigas: Moral de la Persona y Moral Social.

- D. Juan Abad Zubelzu: Teología Espiritual.

- Dr. D. Sebastián Tarciziu Andro: Derecho Canónico Especial.

- Ldo. D. Juan Antonio Iglesias Oliva, impartió las asignaturas de Griego Bíblico y latín eclesiástico.

Los Profesores del Instituto han participado, a lo largo del año, en distintos encuentros y actividades intelectuales:

Ldo. D. Eduardo Guardiola Alfageme:

“La ecología: Un reto ético, teológico y social” Universidad de Burgos; 9 al 13 de Julio. En dicho encuentro, presentó y moderó el coloquio posterior sobre la película *El jardinero fiel* del director Fernando Meirelles.

Ldo D. Juan José Valero Álvarez:

“La enseñanza de la filosofía dentro de la formación teológica” XXVI Conversaciones de Salamanca; Facultad de Teología; 7 y 8 de Junio.

“Curso de pensamiento cristiano a las puertas del año de la fe. Renovación y acompañamiento de los laicos en la vida pública” Universidad Católica de Valencia. Celebrado en nuestro Seminario de Monte Corbán, del 6 al 10 de Agosto.

Dr. D. Esteban Peña Eguren:

“La filosofía medieval: Exposición de las grandes síntesis medievales. Entre lo razonable y lo creíble”. en el Curso *la filosofía Medieval* de la Real Sociedad Menéndez Pelayo –UIMP. 3-8 de Octubre de 2011

Y autor de la Ponencia: *“La filosofía de Guillermo de Ockham como reflejo de la crisis del s.XIV: La vía media de Ockham en su Breviloquium”* dentro del curso arriba citado.

Ldo. D. Jesús Bilbao Azpeitia O.F.M.

“Crisis del hombre. Crisis de Dios” en escuela de Teología Karl Rahner-Hans Urs Von Balthasar dirigidos por D. Olegario González de Cardedal. UIMP, 30 de Julio – 3 de Agosto

Ldo. D. Óscar Lavín Aja

“Curso Norte-Sur” organizado por el Movimiento Cultural Cristiano en San Félix de Puerto Ordaz, diócesis de Ciudad–Guayana (Venezuela), 6 -12 de Agosto.

Ldo. Juan Cuevas Gutiérrez

Jornadas Internacionales sobre colaboración y petición a la Iglesia del sacramento del matrimonio, en Julio de este año

D. Juan Jáuregui Castelo:

Publicación de los siguientes libros: *“Domingos de Adviento y Navidad; Cuaresma, Semana Santa y Pascua. Ciclo B’”*. *“Los Domingos de Adviento y Navidad”*. Ciclo C. Editorial CCS. (Central Catequética Salesiana)

Publicación del libro: *“Caminando a la luz del Evangelio de la mano de Lucas”* Ediciones QVE

Equipo Formativo del Seminario.

XXXI Encuentro de Rectores y Formadores de Seminarios Menores sobre *“Aspectos jurídico-legales que inciden en la tarea educativo-pastoral del Seminario Menor”* Conferencia Episcopal de Seminarios y Universidades, Madrid, 20 al 22 de Enero de 2012.

XLI Encuentro de Rectores y Formadores de Seminarios Mayores sobre *“San Juan de Ávila, formador de formadores: Maestro de santos”* Conferencia Episcopal de Seminarios y Universidades, Madrid, 4 al 6 de Septiembre de 2012

AGRADECIMIENTOS

El claustro y el alumnado reconocen la labor generosa y entregada de los profesores de Derecho canónico D. Jesús Manuel del Val Ballesteros y D. Pablo González Cámara (ambos de la Archidiócesis de Burgos) que, durante más de una década, impartieron dicha asignatura en nuestro Seminario-Instituto.

Dicho agradecimiento se extiende también a D. Isidro Pérez López quien ha ejercido como jefe de estudios del centro durante los últimos 8 años (2004-2012)

Y desde el propio Seminario, se quiere agradecer la actividad desarrollada por D. José Francisco Palma Hernández como Director espiritual en estos últimos cinco años (2007-2012)

ALUMNOS

La actividad académica se desarrolla con total normalidad, según el calendario previsto.

Cursaron estudios 7 alumnos: Tres en Sexto, tres en Quinto, y uno en Segundo.

Los alumnos de Sexto Curso, Javier Moreno Calderón y Adrián Sainz Itúrbide, se presentaron, con fecha de 21 de Junio, al título de Bachiller en Teología (licenciatura en Estudios Eclesiásticos) obteniendo ambos la calificación final de NOTABLE.

Los alumnos participaron durante el curso en los siguientes seminarios:

Seminario de Gestión y administración parroquial, impartido por el profesor Dr. D. Isidro Pérez López.

Seminario sobre *Dirección espiritual*, impartido por la profesora licenciada Dña. Lourdes González Aristigueta.

Seminario sobre el *diálogo entre fe y razón, fe y ciencia*, impartido por el profesor Ldo. D. Óscar Lavín Aja.

Han asistido a cursos y conferencias, tales como:

“Jornadas de protección y atención a los menores” Pastoral Penitenciaria de la Conferencia Episcopal Española.

III Encuentro Internacional de Nueva Evangelización: *“Id y proclamad”*, en Zaragoza de 19 al 22 de Julio.

REUNIÓN DE LA JUNTA DE GOBIERNO DEL INSTITUTO TEOLÓGICO

Con fecha de 17 de Febrero de 2012, se convocó la Junta de Gobierno, presidida por D. Vicente Jiménez Zamora, cuyo orden del día quedó centrado en tres aspectos: La situación académica del centro, asuntos relativos a la biblioteca y la petición de la renovación de la afiliación a la Facultad de Teología de la Universidad Pontificia de Salamanca.

RENOVACIÓN DE LA AFILIACIÓN

Tras el proceso de adaptación de los estudios teológicos de nuestro Seminario -Instituto al plan Bolonia, se procedió a solicitar a la Santa Sede la renovación de la afiliación a la Facultad de Teología de la Universidad Pontificia de Salamanca. A tal efecto, se personaron en nuestro Seminario-Instituto, a fecha de 20 de Abril, D. José María de Miguel González y D. Francisco García Martínez, miembros del comité de evaluación de Institutos afiliados a la Universidad Pontificia de Salamanca. Y tras el preceptivo examen de programaciones, materias de asignaturas, aulas y biblioteca, se vino a incoar el proceso jurídico-administrativo de solicitud de dicha afiliación. En fecha de 23 de Julio de 2012, la Santa Sede, a través de la Congregación para la Educación Católica (de Seminarios e Institutos de Estudio) aprueba y concede dicha afiliación que se extiende a lo largo de un quinquenio.

CELEBRACIONES Y ACONTECIMIENTOS ESPECIALES

Fiesta de Santa Catalina

Una vez más se celebró la fiesta de Santa Catalina de Alejandría, patrona del Seminario. A este acto asistieron sacerdotes de la Diócesis y amigos del Seminario. Y a las doce del mediodía, se celebró la Santa Misa, presidida por el Señor Obispo D. Vicente Jiménez Zamora.

BIBLIOTECA

Este año, la Biblioteca sigue incrementándose tanto por la adquisición de nuevos libros, como por los ejemplares donados por diversos sacerdotes y otros particulares. Se continúa con la ingente labor de selección, catalogación, ordenación e informatización de los libros, tanto de los títulos existentes como de los recibidos. A fecha de hoy, ya constan catalogados digitalmente 55.000 volúmenes.

APERTURA AÑO DE LA FE

El día 12 de octubre se realizó la apertura del Año de la Fe con una Eucaristía en la Catedral de Santander. En esta Misa el obispo de Santander, Mons. Vicente Jiménez pidió a sus diocesanos a “que se sumen al acontecimiento” del Año de la Fe que el Papa Benedicto XVI inauguró en Roma, con carácter universal, el jueves 11 de octubre.

El Año de la Fe, exhorta a los fieles a emprender “con entusiasmo” una nueva evangelización en sus entornos. Además este acontecimiento se ha convocado para conmemorar los 50 años del Concilio Vaticano II (1962-65) y los 20 de la promulgación del nuevo Catecismo de la Iglesia Católica, cuyo texto fue “uno de los frutos del Concilio”.

Con motivo de estas conmemoraciones de la Iglesia, el obispo de Santander presentó recientemente una amplia Carta pastoral titulada, “El Año de la Fe y la renovación de nuestra Iglesia Diocesana”.

Durante este próximo año, en la Diócesis de Santander se continuará, igualmente, con la evangelización ordinaria que se viene realizando en las parroquias, catequesis, mediante la celebración de los sacramentos o por “el testimonio de la caridad”; pero, todo ello, “con un talante de nueva evangelización”, precisó Mons. Jiménez.

Hasta el 14 de noviembre de 2013, jornada en la que concluye esta convocatoria universal, los fieles de las cuatro Vicarías territoriales en que se divide la Diócesis, peregrinarán a la catedral para expresar su comunión con el obispo y con la Iglesia universal.

Además, a lo largo de este tiempo, y con el fin de resaltar los cincuenta años del Concilio Vaticano II, se realizarán actividades destinadas a la formación permanente de los sacerdotes, pero también ideadas para los laicos. Entre estas acciones figuran conferencias sobre la actualidad del Vaticano II, así como intervenciones de expertos para explicar y profundizar en la relación que existe entre fe, cultura y ciencia.

Uno de los actos más inmediatos se celebró el 29 de octubre en el seminario de Corbán, mediante una jornada que se inició a las 10,30 horas, y que sirvió para reflexionar aspectos del Catecismo de la Iglesia Católica que durante este año cumple los 20 de su promulgación.

Igualmente, entre las acciones pastorales, figurará la potenciación del sacramento de la Penitencia “para pedir la misericordia de Dios por nuestra falta de fe o de empeño en vivir esta misma fe con coherencia”.

EN LA PAZ DEL SEÑOR

Rvdo. D. Abel Hernández Ruiz. Nació el 5 de noviembre de 1933 en Puente Arce. Ordenado presbítero el 22 de marzo de 1958

Las actividades pastorales realizadas han sido: Coadjutor de Santoña (1958). Ecónomo de Barcena Mayor y Correpoco (1959). Sirviente de Los Tojos y Colsa (1959). Ecónomo de Reocín y Mercadal (1970). Ecónomo de Bárcena Mayor, Correpoco, Los Tojos y Colsa, continuando con Reocín y Mercadas (1983). Párroco de Barcenaciones y Golbardo (1996), continuando con Reocín y Mercadal. Jubilado 2012.

Falleció en Sierrallana (Torrelavega) el 7 de septiembre de 2012. Enterrado en el cementerio de Mercadal-Sierra Elsa

Rvdo. D. José Ceballos Quintanal. Nació el 6 de agosto de 1918 en Las Presillas. Ordenado presbítero el 17 de junio de 1945

Las actividades pastorales realizadas han sido: Ecónomo de Miera y Mirones (1945). Ecónomo de Sarón y Obregón (1952). Sirviente de Sobarzo (1958). Miembro del Consejo Presbiteral (1969). Ecónomo de Sobarzo, continuando con Sarón y Obregón (1980). Miembro del Consejo Presbiteral (1982). Arcipreste de Piélagos y Muslera (1992). Miembro de Consejo Presbiteral (1994). Párroco de San Román y Santocilde, continuando con Sarón y Obregón (1995). Jubilado (1997)

Falleció el 19 de septiembre de 2012 en Vargas. Enterrado en el cementerio de Santa María de Cayón.

Rvdo. D. Julián Torre Marroquín. Nació el 5 de noviembre de 1939 en Guriezo. Ordenado presbítero el 7 de abril de 1963.

Las actividades pastorales realizadas han sido: Ecónomo de Helgueras y San Pedro de las Baheras (1963). Ecónomo de Cartes y Santiago de Cartes (1966). Encargado de Cohicillos, El Yermo y Riocorvo (1970). Miembro del Equipo parroquial de Ntra. Sra. del Carmen, Poblado Pesquero-Santander (1978).

Falleció el 19 de septiembre de 2012 en Santander (Hospital Valdecilla). Enterrado en cementerio de Guriezo.

Iglesia en España

CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

NOTA FINAL DE LA CCXXV REUNIÓN

DE LA COMISIÓN PERMANENTE DE LA CEE

La Comisión Permanente de la Conferencia Episcopal Española (CEE) ha celebrado su CCXXV reunión durante los días 2 y 3 de octubre, en Madrid.

Ante la crisis, solidaridad

Los obispos han aprobado una *Declaración* sobre la actual situación social y económica, que afecta a tantas personas y familias. Con este texto, titulado *Ante la crisis, solidaridad* los obispos quieren expresar, una vez más, el sentir de la Iglesia en España ante la grave situación que atravesamos, y prestar su voz a la exhortación y la clarificación. Ya lo han venido haciendo, con particular intensidad desde 2008, con gestos de estímulo a la caridad, como los donativos extraordinarios a Cáritas, y con documentos como por ejemplo la *Declaración ante la crisis moral y económica* (Asamblea Plenaria, noviembre 2009), que apuntaba a las causas y a las víctimas de la crisis, y animaba a ir hasta el fondo de sus raíces espirituales y morales, exhortando al mismo tiempo a la solidaridad de todos y al compromiso de la Iglesia. En el vigente Plan Pastoral de la CEE, aprobado este mismo año, también se hace una llamada expresa a “continuar la reflexión y a agradecer y estimular la caridad efectiva, la que pasa de las palabras a los hechos”.

Ahora, en la *Declaración Ante la crisis, solidaridad* los obispos se refieren a la coyuntura actual: “tememos que la crisis o, al menos sus efectos no hayan tocado fondo todavía”; reconocen el gran esfuerzo que muchas personas están haciendo en medio de las dificultades; y piden a las autoridades que velen “por que los costes de la crisis no recaigan sobre los más débiles”. “Tampoco se oculta a nadie –señalan– que la tensión social crece y que determinadas propuestas políticas han venido a añadir elementos de preocupación en momentos ya de por sí difíciles. Ante esta situación, creemos que es nuestro deber dirigir en especial a los católicos, pero también a todos los que deseen escucharnos, unas palabras que quieren aportar luz y aliento en el esfuerzo que resulta hoy especialmente necesario para la consecución del bien común”. Y lo hacen dirigiéndose a todos ellos con una triple invitación: a la fe, a la caridad y a la esperanza.

“Ante todo, invitamos a la fe”, subrayan los obispos, porque “cuando se cierra el horizonte de la fe, al verdadero conocimiento y amor de Dios, el corazón del hombre se empequeñece (...) No será posible salir bien y duraderamente de la crisis sin hombres rectos, si no nos convertimos de corazón a Dios”.

“Invitamos también a la caridad” –prosiguen en el texto-, porque, citando la carta encíclica de Benedicto XVI *Porta Fidei*, “la fe sin la caridad no da fruto y la caridad sin la fe sería un sentimiento constantemente a merced de la duda”. Los obispos señalan que la caridad se expresa de muchos modos respecto del prójimo, porque abarca todas las dimensiones de la vida: la personal, la familiar, la social y la política, y ponen el acento en que uno de los aspectos más dolorosos y preocupantes de la actual situación es la forma en la que los jóvenes están sufriendo de un modo muy intenso los efectos de la crisis y se están viendo afectados por la falta de trabajo en porcentajes difíciles de soportar.

Al referirse a la caridad que afecta directamente a las relaciones políticas, inciden en que “el malestar social y político debería ser para todos un reclamo a la búsqueda sincera del bien común y al trabajo por construirlo entre todos. Este malestar no debería ser alimentado como excusa para la promoción de ningún interés político o económico particular, a costa del interés general, tratando de aprovechar en beneficio propio el descontento o el sufrimiento de muchos”. Se recuerda una de las formas de “caridad social para el fortalecimiento de la moral de la vida pública” a las que se hacía referencia en la Instrucción Pastoral *Orientaciones morales ante la situación actual de España*, aprobada por la Asamblea Plenaria en noviembre de 2006. “Reconociendo, en principio, la legitimidad de las posturas nacionalistas verdaderamente cuidadosas del bien común, se hacía allí una llamada a la responsabilidad respecto del bien común de toda España que hoy es necesario recordar. Ninguno de los pueblos o regiones que forman parte del Estado español podría entenderse, tal y como es hoy, si no hubiera formado parte de la larga historia de unidad cultural y política de esa antigua nación que es España. Propuestas políticas encaminadas a la desintegración unilateral de esta unidad nos causan una gran inquietud. Por el contrario, exhortamos encarecidamente al diálogo entre todos los interlocutores políticos y sociales. Se debe preservar el bien de la unidad, al mismo tiempo que el de la rica diversidad de los pueblos de España”.

A la Declaración sobre la crisis, los obispos adjuntan, como anexo, los puntos del 70 al 76, ambos inclusive, de la mencionada Instrucción Pastoral, donde las exigencias morales que, a ese respecto, en la delicada situación de crisis que hoy nos afecta a todos, se presentan con particular urgencia.

Los obispos concluyen invitando a la esperanza: “la crisis puede ser también una ocasión para la tarea apasionante de mejorar nuestras costumbres y de ir adoptando un estilo de vida más responsable del bien de la familia, de los vecinos y de la comunidad política. La virtud teologal de la esperanza alimenta las esperanzas humanas de mejorar, de no ceder al desaliento”. “La comunidad quiere y debe ser un signo de esperanza” y los obispos, en concreto, terminan la Declaración haciendo una llamada a todos a dar “en nuestra vida signos de esperanza para los demás, por pequeños que sean” y pidiendo expresamente a quienes corresponda que den un signo de esperanza “a las familias que no pueden hacer frente al pago de sus viviendas y son desahuciadas. Es urgente encontrar soluciones que permitan a esas familias – igual que se ha hecho con otras instituciones sociales – hacer frente a sus deudas sin tener que verse en la calle. No es justo que, en una situación como la presente, resulte tan gravemente comprometido el ejercicio del derecho básico de una familia a disponer de una vivienda. Sería un signo de esperanza para las personas afectadas. Y sería también un signo de que las políticas de protección a la familia empiezan por fin a enderezarse. Sin la familia, sin la protección del matrimonio y de la natalidad, no habrá salida duradera de la crisis. Así lo pone de manifiesto el ejemplo admirable de solidaridad de tantas familias en las que abuelos, hijos y nietos se ayudan a salir adelante como solo es posible hacerlo en el seno de una familia estable y sana”.

Vocaciones sacerdotales para el siglo XXI

La Comisión Permanente ha revisado y ha autorizado la publicación del documento *Vocaciones sacerdotales para el siglo XXI*. El texto es de la Asamblea Plenaria que, en su última reunión, encargó a la Permanente que estudiara la introducción de las enmiendas propuestas y que, en su caso, aprobara la publicación. Se dará a conocer próximamente, cuando esté lista su edición.

Catecismo “Testigos del Señor”

La Subcomisión Episcopal de Catequesis ha presentado para su estudio el primer borrador del *Segundo Catecismo de Infancia “Testigos del Señor”*. Se trata de un Catecismo para la iniciación cristiana, destinado a niños y adolescentes entre los 10 y 14 años. La Comisión Permanente ha dado su visto bueno para que el texto pase a la próxima Plenaria.

La redacción y divulgación de este Catecismo es una de las acciones recogidas en el vigente Plan Pastoral de la CEE (2011-2015). En él se puede leer que “la propuesta de la nueva evangelización afecta profundamente a la catequesis, dilatando su concepto mismo y extendiéndolo al de la transmisión

de la fe". Acogiendo la invitación del Papa a que el Año de la Fe exprese un compromiso unánime para redescubrir y estudiar los contenidos fundamentales de la fe, sintetizados sistemática y orgánicamente en el Catecismo de la Iglesia Católica, la Conferencia Episcopal Española quiere poner especial empeño en "ayudar a redescubrir la íntima conexión existente entre las dos dimensiones del acto de fe que han de ser cultivadas equilibradamente en la acción catequética, si esta quiere contribuir con éxito a la transmisión de la fe: por un lado la dimensión volitiva, del amor que se adhiere a la persona de Cristo y, por otro, la dimensión intelectual, del conocimiento que comprende la verdad del Señor".

Este Catecismo será continuación de "*Jesús es el Señor*", para niños de 6 a 10 años, aprobado por la CEE en 2008. Desde entonces, ha logrado una gran difusión, con 700.000 ejemplares vendidos, y se ha convertido en la orientación fundamental y en el instrumento privilegiado para la catequesis de infancia.

Iglesia Particular y Vida Consagrada

Los obispos han estudiado el documento *Iglesia Particular y Vida Consagrada. Cauces operativos para facilitar las relaciones mutuas entre los obispos y la Vida Consagrada en España*. El texto pasa a la próxima Plenaria.

Otros temas

La Comisión Permanente ha conocido una Ponencia con motivo del V Centenario del Nacimiento de Santa Teresa de Jesús y otra sobre la distribución del clero y la colaboración apostólica entre las diócesis españolas. Ambos asuntos están recogidos en el Plan Pastoral vigente (2011-2015), al igual que la próxima beatificación de mártires del siglo XX en España, que tendrá lugar en octubre de 2013, y sobre la que ha informado el Secretario General de la CEE.

Los obispos han aprobado el orden del día de la C Asamblea Plenaria, que se celebrará del 19 al 23 de noviembre de 2012. Además, han conocido la propuesta de constitución y distribución del Fondo Común Interdiocesano y de los Presupuestos de la CEE y de los organismos que de ella dependen para el año 2013. Pasarán para su estudio y aprobación a la mencionada Asamblea Plenaria.

Las Comisiones Episcopales han informado sobre el cumplimiento del Plan Pastoral y se han revisado distintos asuntos de seguimiento.

Nombramientos

Rvdo. D. **Sergio Buiza Alcorta**, sacerdote de la diócesis de Bilbao, como Director del *Departamento de la Pastoral del Sordo de la Conferencia Episcopal Española*.

Rvdo. D. **Juan Carlos García de Vicente**, sacerdote secular incardinado en la Prelatura del Opus Dei, como Asesor Espiritual de la *Asociación Española de Farmacéuticos Católicos*.

D. **Ernesto Morales Contreras**, laico de la diócesis de Ciudad Real, como Presidente General de *Juventud Obrera Cristina (JOC)*.

D^a. **Rosa María Cenalmor Expósito**, laica de la diócesis de Ávila, como Presidenta Nacional de *Asociación de Caridad de San Vicente de Paul (AIC)*.

Rvdo. D. **Juan Robles Diosdado**, sacerdote de la diócesis de Salamanca, como Presidente de la *Asociación de Sacerdotes de la OCSHA*.

D. **Juan Ramiro Faulí Navarro**, laico de la diócesis de Valencia, como Presidente de la *Asociación Obra de Cooperación Apostólica Seglar Hispanoamericana (OCASHA)*.

ANTE LA CRISIS, SOLIDARIDAD

Declaración de la CCXXV Comisión Permanente de la Conferencia Episcopal Española

1.

Desde que la crisis económica comenzó a sentirse, hace ya más de seis años, los obispos, junto con toda la comunidad eclesial, han acompañado con honda preocupación y múltiples iniciativas a los que más sufren sus consecuencias: las familias - en especial, las numerosas - los jóvenes, los pequeños y medianos empresarios, los agricultores y ganaderos, las gentes del mar, los trabajadores y los inmigrantes, entre otros. No son pocas las cartas pastorales de los obispos, los programas especiales de *Cáritas* y de otras instituciones de la Iglesia, así como diversos gestos concretos que en todas las diócesis han intentado salir al paso de la difícil situación que tantos sufren. Reunidos en regiones o provincias eclesiásticas, los obispos han dado resonancia a su preocupación y a su llamada a la solidaridad cristiana.

2.

Tampoco la Conferencia Episcopal ha dejado de expresar de modo colegiado el sentir de la Iglesia en España sobre la situación, ni de prestar su voz a la exhortación y la clarificación. En 2008 la Asamblea Plenaria decidió entregar a cada *Cáritas* diocesana una ayuda económica especial, un gesto que quiere servir también de estímulo a la caridad de todos y que se viene repitiendo anualmente en cantidad creciente. En 2009 la Asamblea Plenaria de otoño hizo pública una *Declaración ante la crisis moral y económica* que apuntaba a las causas y a las víctimas de la crisis, y animaba a ir hasta el fondo

de sus raíces espirituales y morales, exhortando al mismo tiempo a la solidaridad de todos y al compromiso de la Iglesia. El Plan Pastoral aprobado este mismo año nos emplaza a continuar la reflexión y a agradecer y estimular la caridad efectiva, la que pasa de las palabras a los hechos.

3.

Tememos que la crisis o, al menos, sus efectos no hayan tocado fondo todavía. Incluso países más fuertes económicamente que el nuestro han de tomar medidas preventivas y correctoras. En nuestro país, los gobiernos - tanto los de España como los de las autonomías - se han visto obligados a adoptar decisiones que exigen sacrificios a la mayoría de los ciudadanos, cuando muchos se encuentran ya en situaciones difíciles por falta de trabajo, por dificultades financieras y por la prolongación en el tiempo de esas condiciones. Todo ello crea muchas situaciones personales y familiares concretas de gran sufrimiento, que la inmensa mayoría sobrelleva con serenidad y espíritu de sacrificio. Los trabajadores se han mostrado dispuestos en no pocos casos a asumir restricciones laborales y salariales en aras de la supervivencia de sus empresas y del bien de todos. Hay que reconocer y agradecer el civismo y la solidaridad, ahora especialmente necesarios. Por su parte, las autoridades han de velar por que los costes de la crisis no recaigan sobre los más débiles, con especial atención a los inmigrantes, arbitrando más bien las medidas necesarias para que reciban las ayudas sociales oportunas.

4.

Tampoco se le oculta a nadie que la tensión social crece y que determinadas propuestas políticas han venido a añadir elementos de preocupación en momentos ya de por sí difíciles. Ante esta situación, creemos que es nuestro deber dirigir en especial a los católicos, pero también a todos los que deseen escucharnos, unas palabras que quieren aportar luz y aliento en el esfuerzo que resulta hoy especialmente necesario para la consecución del bien común.

5.

Ante todo, invitamos a la fe: a los creyentes, para que la renueven y se llenen de la alegría que ella produce; pero también, a los vacilantes, a los que piensan haber perdido la fe y a los que no la tienen. Invitamos a todos a acoger el don de la fe, porque en el origen de la crisis hay una crisis de fe. El Papa ha convocado a la Iglesia a un Año de la fe, que comenzará el próximo día 11. Desea que el camino de la fe, que nos lleva a Dios, se abra de nuevo para todos. "Dios es el garante del verdadero desarrollo del hombre" ¿Dónde, sino en el Amor verdaderamente infinito podrá encontrar su fuente y su alimento el "anhelo constitutivo de ser más" que mueve la vida humana? (*Caritas in veritate*, 29).

6.

Cuando se cierra al horizonte de la fe, al verdadero conocimiento y amor de Dios, el corazón del hombre se empequeñece. Entonces, las personas acaban por convertirse a sí mismas en centros del mundo, sin otro referente que los propios intereses, y se esfuman las bases para una comprensión de la existencia libre del egoísmo. La censura de la dimensión trascendente del ser humano, tan a menudo impuesta por la cultura dominante, conduce a verdaderos dramas personales, especialmente entre los jóvenes. La fe, por el contrario, libera el juicio de la razón y de la conciencia para distinguir rectamente el bien del mal y para arrostrar el sacrificio que comporta el compromiso con el bien y la justicia y, por eso mismo, otorga a la vida el aliento y la fortaleza necesarios para superar los momentos difíciles y para contribuir desinteresadamente al bien común.

7.

Al invitar a la fe, invitamos a descubrir la verdad sobre el hombre y al coraje para acogerla y afrontarla; invitamos, en definitiva a la conversión, es decir, a apartarse de los ídolos de la ambición egoísta y de la codicia que corrompen la vida de las personas y de los pueblos, y a acercarse a la libertad espiritual que permite querer el bien y la justicia, aun a costa de su aparente inutilidad material inmediata. No será posible salir bien y duraderamente de la crisis sin hombres rectos, si no nos convertimos de corazón a Dios.

8.

Invitamos también a la caridad. “La fe sin la caridad no da fruto y la caridad sin la fe sería un sentimiento constantemente a merced de la duda” (*Porta fidei*, 14). En efecto, la caridad no se reduce a un mero sentimiento voluble; es más bien una voluntad que, iluminada por la fe, se adhiere al amor a Dios y al prójimo de modo constante, razonable y desprendido hasta la entrega de la propia vida, si fuera necesario. La caridad se expresa de muchos modos respecto del prójimo, porque abarca todas las dimensiones de la vida: la personal, la familiar, la social, la económica y la política.

9.

En el orden de las relaciones sociales, la Iglesia, viviendo toda ella en la caridad, da también cauce a la caridad de los fieles de muchos modos que permiten el intercambio de dones. *Cáritas* es la forma institucional oficial de la Iglesia, por medio de la cual las iglesias diocesanas y las parroquias socorren a quienes lo necesitan. Existen también otras muchas beneméritas instituciones de ayuda promovidas por institutos de vida consagrada, asociaciones de fieles, hermandades y cofradías, etc. Hemos de agradecer en nombre del Señor a

todos los voluntarios y donantes que colaboran con sus bienes y con su tiempo en estas obras: “Lo que hicisteis con uno de estos, mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis - dice el Señor” (Mt 25, 40). Gracias a todos.

10.

También hay una caridad que afecta directamente a las relaciones políticas. La situación de crisis genera en muchas personas sentimientos de malestar y de desencanto, de irritación y de rechazo ante unas instituciones sociales y políticas que, aun disponiendo de tantos medios económicos y técnicos, no han sido capaces de ordenar la vida en común de un modo verdaderamente justo y humano. Los jóvenes sufren de un modo muy intenso los efectos de la crisis y se ven afectados por la falta de trabajo en porcentajes difíciles de soportar. Es éste uno de los aspectos más dolorosos y preocupantes de la actual situación. Por eso, es también comprensible que entre ellos se extiendan, acaso especialmente, los sentimientos de desafección y de rechazo a los que nos referimos.

11.

Sin embargo, el malestar social y político debería ser para todos un reclamo a la búsqueda sincera del bien común y al trabajo por construirlo entre todos. Este malestar no debería ser alimentado como excusa para la promoción de ningún interés político o económico particular, a costa del interés general, tratando de aprovechar en beneficio propio el descontento o el sufrimiento de muchos. Nadie se debería sentir ajeno al peligro de caer en este grave abuso: ni las personas, ni los grupos sociales, económicos o políticos.

12.

Entre las formas de “caridad social para el fortalecimiento de la moral de la vida pública”, nuestra Asamblea Plenaria se refería en 2006, en la Instrucción pastoral *Orientaciones morales ante la situación actual de España*, a la que toca las relaciones entre los pueblos de España. Reconociendo, en principio, la legitimidad de las posturas nacionalistas verdaderamente cuidadosas del bien común, se hacía allí una llamada a la responsabilidad respecto del bien común de toda España que hoy es necesario recordar. Ninguno de los pueblos o regiones que forman parte del Estado español podría entenderse, tal y como es hoy, si no hubiera formado parte de la larga historia de unidad cultural y política de esa antigua nación que es España. Propuestas políticas encaminadas a la desintegración unilateral de esta unidad nos causan una gran inquietud. Por el contrario, exhortamos encarecidamente al diálogo entre todos los interlocutores políticos y sociales. Se debe preservar el bien de la unidad, al mismo tiempo que el de la rica diversidad de los pueblos de España.

Adjuntamos a esta declaración los párrafos de la mencionada Instrucción pastoral en los que se explican estas exigencias morales, que hoy, en la delicada situación de crisis que nos afecta a todos, se presentan con particular urgencia.

13.

Terminamos invitando a la esperanza. Es comprensible que, ante la acumulación de sacrificios y problemas, algunos se sientan tentados de abandonar el espíritu de superación y de sucumbir al pesimismo. Pensamos que, gracias a Dios, son muchos los que resisten a la tentación de culpar sólo a los otros o de la protesta fácil. La conversión nos ayuda a mirar hacia lo que podemos y debemos cambiar en nuestra propia vida. La crisis puede ser también una ocasión para la tarea apasionante de mejorar nuestras costumbres y de ir adoptando un estilo de vida más responsable del bien de la familia, de los vecinos y de la comunidad política. La virtud teologal de la esperanza alimenta las esperanzas humanas de mejorar, de no ceder al desaliento. Quien espera la vida eterna, porque ya goza de ella por adelantado en la fe y los sacramentos, nunca se cansa de volver a empezar en los caminos de la propia historia.

14.

La comunidad cristiana quiere y debe ser un signo de esperanza. Todos hemos de dar en nuestra vida signos de esperanza para los demás, por pequeños que sean. Hoy deseamos pedir a quien corresponda que se dé un signo de esperanza a las familias que no pueden hacer frente al pago de sus viviendas y son desahuciadas. Es urgente encontrar soluciones que permitan a esas familias - igual que se ha hecho con otras instituciones sociales - hacer frente a sus deudas sin tener que verse en la calle. No es justo que, en una situación como la presente, resulte tan gravemente comprometido el ejercicio del derecho básico de una familia a disponer de una vivienda. Sería un signo de esperanza para las personas afectadas. Y sería también un signo de que las políticas de protección a la familia empiezan por fin a enderezarse. Sin la familia, sin la protección del matrimonio y de la natalidad, no habrá salida duradera de la crisis. Así lo pone de manifiesto el ejemplo admirable de solidaridad de tantas familias en las que abuelos, hijos y nietos se ayudan a salir adelante como solo es posible hacerlo en el seno de una familia estable y sana.

15.

Animamos a todos a acoger nuestra invitación a la fe, a la caridad y a la esperanza. Oramos por los gobernantes, para que acierten en sus difíciles decisiones. Oramos, en especial, por los que más sufren los efectos de la crisis y les aseguramos nuestra solidaridad. Pedimos a los católicos y a las comunidades eclesiales que oren por ellos y por España. Ponemos en manos de la Santísima Virgen el presente y el futuro de España; que ella nos guíe por caminos de unidad y de solidaridad, de libertad, de justicia y de paz.

Madrid, 3 de octubre de 2012

Anexo

Sobre los nacionalismos y sus exigencias morales

De: LXXXVIII Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española, Instrucción Pastoral Orientaciones morales ante la situación actual de España (23 de noviembre de 2006), números 70 - 76

70.

Creemos necesario decir una palabra sosegada y serena que, en primer lugar, ayude a los católicos a orientarse en la valoración moral de los nacionalismos en la situación concreta de España. Pensamos que estas orientaciones podrán ayudar también a otras personas a formarse una opinión razonable en una cuestión que afecta profundamente a la organización de la sociedad y a la convivencia entre los españoles. No todos los nacionalismos son iguales. Unos son independentistas y otros no lo son. Unos incorporan doctrinas más o menos liberales y otros se inspiran en filosofías más o menos marxistas.

71.

Para emitir un juicio moral justo sobre este fenómeno es necesario partir de la consideración ponderada la realidad histórica de la nación española en su conjunto. Los diversos pueblos que hoy constituyen el Estado español iniciaron ya un proceso cultural común, y comenzaron a encontrarse en una cierta comunidad de intereses e incluso de administración como consecuencia de la romanización de nuestro territorio. Favorecido por aquella situación, el anuncio de la fe cristiana alcanzó muy pronto a toda la Península, llegando a constituirse, sin demasiada dilación, en otro elemento fundamental de

acercamiento y cohesión. Esta unidad cultural básica de los pueblos de España, a pesar de las vicisitudes sufridas a lo largo de la historia, ha buscado también, de distintas maneras, su configuración política. Ninguna de las regiones actualmente existentes, más o menos diferentes, hubiera sido posible tal como es ahora, sin esta antigua unidad espiritual y cultural de todos los pueblos de España.

72.

La unidad histórica y cultural de España puede ser manifestada y administrada de muy diferentes maneras. La Iglesia no tiene nada que decir acerca de las diversas fórmulas políticas posibles. Son los dirigentes políticos y, en último término, los ciudadanos, mediante el ejercicio del voto, previa información completa, transparente y veraz, quienes tienen que elegir la forma concreta del ordenamiento jurídico político más conveniente. Ninguna fórmula política tiene carácter absoluto; ningún cambio podrá tampoco resolver automáticamente los problemas que puedan existir. En esta cuestión, la voz de la Iglesia se limita a recomendar a todos que piensen y actúen con la máxima responsabilidad y rectitud, respetando la verdad de los hechos y de la historia, considerando los bienes de la unidad y de la convivencia de siglos y guiándose por criterios de solidaridad y de respeto hacia el bien de los demás. En todo caso, habrá de ser respetada siempre la voluntad de todos los ciudadanos afectados, de manera que las minorías no tengan que sufrir imposiciones o recortes de sus derechos, ni las diferencias puedan degenerar nunca en el desconocimiento de los derechos de nadie ni en el menosprecio de los muchos bienes comunes que a todos nos enriquecen.

73.

La Iglesia reconoce, en principio, la legitimidad de las posiciones nacionalistas que, sin recurrir a la violencia, por métodos democráticos, pretendan modificar la unidad política de España. Pero enseña también que, en este caso, como en cualquier otro, las propuestas nacionalistas deben ser justificadas con referencia al bien común de toda la población directa o indirectamente afectada. Todos tenemos que hacernos las siguientes preguntas. Si la coexistencia cultural y política, largamente prolongada, ha producido un entramado de múltiples relaciones familiares, profesionales, intelectuales, económicas, religiosas y políticas de todo género, ¿qué razones actuales hay que justifiquen la ruptura de estos vínculos? Es un bien importante poder ser simultáneamente ciudadano, en igualdad de derechos, en cualquier territorio o en cualquier ciudad del actual Estado español. ¿Sería justo reducir o suprimir estos bienes y derechos sin que pudiéramos opinar y expresarnos todos los afectados?[37]

74.

Si la situación actual requiriese algunas modificaciones del ordenamiento político, los Obispos nos sentimos obligados a exhortar a los católicos a proceder responsablemente, de acuerdo con los criterios mencionados en los párrafos anteriores, sin dejarse llevar por impulsos egoístas ni por reivindicaciones ideológicas. Al mismo tiempo, nos sentimos autorizados a rogar a todos nuestros conciudadanos que tengan en cuenta todos los aspectos de la cuestión, procurando un reforzamiento de las motivaciones éticas, inspiradas en la solidaridad más que en los propios intereses. Nos sirven de ayuda las palabras del Papa Juan Pablo II a los Obispos italianos: “Es preciso superar decididamente las tendencias corporativas y los peligros de separatismo con una actitud honrada de amor al bien de la propia nación y con comportamientos de solidaridad renovada”[38] por parte de todos. Hay que evitar los riesgos evidentes de manipulación de la verdad histórica y de la opinión pública en favor de pretensiones particularistas o reivindicaciones ideológicas.

75.

La misión de la Iglesia en relación con estas cuestiones de orden político, que afectan tan profundamente al bienestar y a la prosperidad de todos los pueblos de España, consiste nada más y nada menos que en “exhortar a la renovación moral y a una profunda solidaridad de todos los ciudadanos, de manera que se aseguren las condiciones para la reconciliación y la superación de las injusticias, las divisiones y los enfrentamientos”[39].

76.

Con verdadero encarecimiento nos dirigimos a todos los miembros de la Iglesia, invitándoles a elevar oraciones a Dios en favor de la convivencia pacífica y la mayor solidaridad entre los pueblos de España, por caminos de un diálogo honesto y generoso, salvaguardando los bienes comunes y reconociendo los derechos propios de los diferentes pueblos integrados en la unidad histórica y cultural que llamamos España. Animamos a los católicos españoles a ejercer sus derechos políticos participando activamente en estas cuestiones, teniendo en cuenta los criterios y sugerencias de la moral social católica, garantía de libertad, justicia y solidaridad para todos

[37] “Poner en peligro la convivencia de los españoles, negando unilateralmente la soberanía de España, sin valorar las graves consecuencias que esta negación podría acarrear no sería prudente ni moralmente aceptable. Pretender unilateralmente alterar este ordenamiento jurídico en función de una determinada voluntad de poder local o de cualquier otro tipo, es

inadmisible. Es necesario respetar y tutelar el bien común de una sociedad pluricentenario": LXXIX Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española, Instrucción pastoral *Valoración moral del terrorismo en España, de sus causas y de sus consecuencias*, BOCEE 16 (31. XII. 2002) 91-101, número 35.

[38] Juan Pablo II, *Mensaje a los Obispos italianos sobre las responsabilidades de los católicos ante los desafíos del momento histórico actual*, 6 de enero de 1994.

[39] Juan Pablo II, *Mensaje a los Obispos italianos sobre las responsabilidades de los católicos ante los desafíos del momento histórico actual*, 6 de enero de 1994.

Iglesia Universal

BENEDICTO XVI

SANTA MISA PARA LA APERTURA DEL AÑO DE LA FE

HOMILÍA DEL SANTO PADRE BENEDICTO XVI

Plaza de San Pedro

Jueves 11 de octubre de 2012

Venerables hermanos, queridos hermanos y hermanas

Hoy, con gran alegría, a los 50 años de la apertura del Concilio Ecu­mérico Vaticano II, damos inicio al *Año de la fe*. Me complace saludar a todos, en particular a Su Santidad Bartolomé I, Patriarca de Constantinopla, y a Su Gracia Rowan Williams, Arzobispo de Canterbury. Un saludo especial a los Patriarcas y a los Arzobispos Mayores de las Iglesias Católicas Orientales, y a los Presidentes de las Conferencias Episcopales. Para rememorar el Concilio, en el que algunos de los aquí presentes – a los que saludo con particular afecto – hemos tenido la gracia de vivir en primera persona, esta celebración se ha enriquecido con algunos signos específicos: la procesión de entrada, que ha querido recordar la que de modo memorable hicieron los Padres conciliares cuando ingresaron solemnemente en esta Basílica; la entronización del Evangelionario, copia del que se utilizó durante el Concilio; y la entrega de los siete mensajes finales del Concilio y del *Catecismo de la Iglesia Católica*, que haré al final, antes de la bendición. Estos signos no son meros recordatorios, sino que nos ofrecen también la perspectiva para ir más allá de la conmemoración. Nos invitan a entrar más profundamente en el movimiento espiritual que ha caracterizado el Vaticano II, para hacerlo nuestro y realizarlo en su verdadero sentido. Y este sentido ha sido y sigue siendo la fe en Cristo, la fe apostólica, animada por el impulso interior de comunicar a Cristo a todos y a cada uno de los hombres durante la peregrinación de la Iglesia por los caminos de la historia.

El *Año de la fe* que hoy inauguramos está vinculado coherentemente con todo el camino de la Iglesia en los últimos 50 años: desde el Concilio, mediante el magisterio del siervo de Dios Pablo VI, que convocó un «Año de la fe» en 1967, hasta el Gran Jubileo del 2000, con el que el beato Juan Pablo II propuso de nuevo a toda la humanidad a Jesucristo como único Salvador, ayer, hoy y siempre. Estos dos Pontífices, Pablo VI y Juan Pablo II, convergieron profunda

y plenamente en poner a Cristo como centro del cosmos y de la historia, y en el anhelo apostólico de anunciarlo al mundo. Jesús es el centro de la fe cristiana. El cristiano cree en Dios por medio de Jesucristo, que ha revelado su rostro. Él es el cumplimiento de las Escrituras y su intérprete definitivo. Jesucristo no es solamente el objeto de la fe, sino, como dice la *carta a los Hebreos*, «el que inició y completa nuestra fe» (12,2).

El evangelio de hoy nos dice que Jesucristo, consagrado por el Padre en el Espíritu Santo, es el verdadero y perenne protagonista de la evangelización: «El Espíritu del Señor está sobre mí, porque él me ha ungido. Me ha enviado a evangelizar a los pobres» (*Lc 4,18*). Esta misión de Cristo, este dinamismo suyo continúa en el espacio y en el tiempo, atraviesa los siglos y los continentes. Es un movimiento que parte del Padre y, con la fuerza del Espíritu, lleva la buena noticia a los pobres en sentido material y espiritual. La Iglesia es el instrumento principal y necesario de esta obra de Cristo, porque está unida a Él como el cuerpo a la cabeza. «Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo» (*Jn 20,21*). Así dice el Resucitado a los discípulos, y soplando sobre ellos, añade: «Recibid el Espíritu Santo» (v. 22). Dios por medio de Jesucristo es el principal artífice de la evangelización del mundo; pero Cristo mismo ha querido transmitir a la Iglesia su misión, y lo ha hecho y lo sigue haciendo hasta el final de los tiempos infundiendo el Espíritu Santo en los discípulos, aquel mismo Espíritu que se posó sobre él y permaneció en él durante toda su vida terrena, dándole la fuerza de «proclamar a los cautivos la libertad, y a los ciegos la vista»; de «poner en libertad a los oprimidos» y de «proclamar el año de gracia del Señor» (*Lc 4,18-19*).

El Concilio Vaticano II no ha querido incluir el tema de la fe en un documento específico. Y, sin embargo, estuvo completamente animado por la conciencia y el deseo, por así decir, de adentrarse nuevamente en el misterio cristiano, para proponerlo de nuevo eficazmente al hombre contemporáneo. A este respecto se expresaba así, dos años después de la conclusión de la asamblea conciliar, el siervo de Dios Pablo VI: «Queremos hacer notar que, si el Concilio no habla expresamente de la fe, habla de ella en cada página, al reconocer su carácter vital y sobrenatural, la supone íntegra y con fuerza, y construye sobre ella sus enseñanzas. Bastaría recordar [algunas] afirmaciones conciliares... para darse cuenta de la importancia esencial que el Concilio, en sintonía con la tradición doctrinal de la Iglesia, atribuye a la fe, a la verdadera fe, a aquella que tiene como fuente a Cristo y por canal el magisterio de la Iglesia» (*Audiencia general*, 8 marzo 1967). Así decía Pablo VI, en 1967.

Pero debemos ahora remontarnos a aquel que convocó el Concilio Vaticano II y lo inauguró: el beato Juan XXIII. En el discurso de apertura, presentó el fin principal del Concilio en estos términos: «El supremo interés del Concilio

Ecuménico es que el sagrado depósito de la doctrina cristiana sea custodiado y enseñado de forma cada vez más eficaz... La tarea principal de este Concilio no es, por lo tanto, la discusión de este o aquel tema de la doctrina... Para eso no era necesario un Concilio... Es preciso que esta doctrina verdadera e inmutable, que ha de ser fielmente respetada, se profundice y presente según las exigencias de nuestro tiempo» (AAS 54 [1962], 790. 791-792). Así decía el Papa Juan en la inauguración del Concilio.

A la luz de estas palabras, se comprende lo que yo mismo tuve entonces ocasión de experimentar: durante el Concilio había una emocionante tensión con relación a la tarea común de hacer resplandecer la verdad y la belleza de la fe en nuestro tiempo, sin sacrificarla a las exigencias del presente ni encadenarla al pasado: en la fe resuena el presente eterno de Dios que trasciende el tiempo y que, sin embargo, solamente puede ser acogido por nosotros en el hoy irrepetible. Por esto mismo considero que lo más importante, especialmente en una efeméride tan significativa como la actual, es que se reavive en toda la Iglesia aquella tensión positiva, aquel anhelo de volver a anunciar a Cristo al hombre contemporáneo. Pero, con el fin de que este impulso interior a la nueva evangelización no se quede solamente en un ideal, ni caiga en la confusión, es necesario que ella se apoye en una base concreta y precisa, que son los documentos del Concilio Vaticano II, en los cuales ha encontrado su expresión. Por esto, he insistido repetidamente en la necesidad de regresar, por así decirlo, a la «letra» del Concilio, es decir a sus textos, para encontrar también en ellos su auténtico espíritu, y he repetido que la verdadera herencia del Vaticano II se encuentra en ellos. La referencia a los documentos evita caer en los extremos de nostalgias anacrónicas o de huidas hacia adelante, y permite acoger la novedad en la continuidad. El Concilio no ha propuesto nada nuevo en materia de fe, ni ha querido sustituir lo que era antiguo. Más bien, se ha preocupado para que dicha fe siga viviéndose hoy, para que continúe siendo una fe viva en un mundo en transformación.

Si sintonizamos con el planteamiento auténtico que el beato Juan XXIII quiso dar al Vaticano II, podremos actualizarlo durante este *Año de la fe*, dentro del único camino de la Iglesia que desea continuamente profundizar en el depósito de la fe que Cristo le ha confiado. Los Padres conciliares querían volver a presentar la fe de modo eficaz; y sí se abrieron con confianza al diálogo con el mundo moderno era porque estaban seguros de su fe, de la roca firme sobre la que se apoyaban. En cambio, en los años sucesivos, muchos aceptaron sin discernimiento la mentalidad dominante, poniendo en discusión las bases mismas del *depositum fidei*, que desgraciadamente ya no sentían como propias en su verdad.

Si hoy la Iglesia propone un nuevo *Año de la fe* y la nueva evangelización, no es para conmemorar una efeméride, sino porque hay necesidad, todavía más que hace 50 años. Y la respuesta que hay que dar a esta necesidad es la misma que quisieron dar los Papas y los Padres del Concilio, y que está contenida en sus documentos. También la iniciativa de crear un Consejo Pontificio destinado a la promoción de la nueva evangelización, al que agradezco su especial dedicación con vistas al *Año de la fe*, se inserta en esta perspectiva. En estos decenios ha aumentado la «desertificación» espiritual. Si ya en tiempos del Concilio se podía saber, por algunas trágicas páginas de la historia, lo que podía significar una vida, un mundo sin Dios, ahora lamentablemente lo vemos cada día a nuestro alrededor. Se ha difundido el vacío. Pero precisamente a partir de la experiencia de este desierto, de este vacío, es como podemos descubrir nuevamente la alegría de creer, su importancia vital para nosotros, hombres y mujeres. En el desierto se vuelve a descubrir el valor de lo que es esencial para vivir; así, en el mundo contemporáneo, son muchos los signos de la sed de Dios, del sentido último de la vida, a menudo manifestados de forma implícita o negativa. Y en el desierto se necesitan sobre todo personas de fe que, con su propia vida, indiquen el camino hacia la Tierra prometida y de esta forma mantengan viva la esperanza. La fe vivida abre el corazón a la Gracia de Dios que libera del pesimismo. Hoy más que nunca evangelizar quiere decir dar testimonio de una vida nueva, transformada por Dios, y así indicar el camino. La primera lectura nos ha hablado de la sabiduría del viajero (cf. *Sir* 34,9-13): el viaje es metáfora de la vida, y el viajero sabio es aquel que ha aprendido el arte de vivir y lo comparte con los hermanos, como sucede con los peregrinos a lo largo del Camino de Santiago, o en otros caminos, que no por casualidad se han multiplicado en estos años. ¿Por qué tantas personas sienten hoy la necesidad de hacer estos caminos? ¿No es quizás porque en ellos encuentran, o al menos intuyen, el sentido de nuestro estar en el mundo? Así podemos representar este *Año de la fe*: como una peregrinación en los desiertos del mundo contemporáneo, llevando consigo solamente lo que es esencial: ni bastón, ni alforja, ni pan, ni dinero, ni dos túnicas, como dice el Señor a los apóstoles al enviarlos a la misión (cf. *Lc* 9,3), sino el evangelio y la fe de la Iglesia, de los que el Concilio Ecuménico Vaticano II son una luminosa expresión, como lo es también el *Catecismo de la Iglesia Católica*, publicado hace 20 años.

Venerados y queridos hermanos, el 11 de octubre de 1962 se celebraba la fiesta de María Santísima, Madre de Dios. Le confiamos a ella el *Año de la fe*, como lo hice hace una semana, peregrinando a Loreto. La Virgen María brille siempre como estrella en el camino de la nueva evangelización. Que ella nos ayude a poner en práctica la exhortación del apóstol Pablo: «La palabra de Cristo habite entre vosotros en toda su riqueza; enseñaos unos a otros con toda

sabiduría; corregíos mutuamente... Todo lo que de palabra o de obra realicéis, sea todo en nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de él» (Col 3,16-17). Amén

SANTA MISA PARA LA APERTURA DEL SÍNODO DE LOS
OBISPOS
Y PROCLAMACIÓN COMO DOCTORES DE LA IGLESIA
DE SAN JUAN DE ÁVILA Y DE SANTA HILDEGARDA DE
BINGEN

HOMILÍA DEL SANTO PADRE BENEDICTO XVI

Plaza de San Pedro

Domingo 7 de octubre de 2012

Venerables hermanos,

queridos hermanos y hermanas

Con esta solemne concelebración inauguramos la XIII Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos, que tiene como tema: *La nueva evangelización para la transmisión de la fe cristiana*. Esta temática responde a una orientación programática para la vida de la Iglesia, la de todos sus miembros, las familias, las comunidades, la de sus instituciones. Dicha perspectiva se refuerza por la coincidencia con el comienzo del *Año de la fe*, que tendrá lugar el próximo jueves 11 de octubre, en el 50 aniversario de la apertura del Concilio Ecuménico Vaticano II. Doy mi cordial bienvenida, llena de reconocimiento, a los que habéis venido a formar parte de esta Asamblea sinodal, en particular al Secretario general del Sínodo de los Obispos y a sus colaboradores. Hago extensivo mi saludo a los delegados fraternos de otras Iglesias y Comunidades Eclesiales, y a todos los presentes, invitándolos a acompañar con la oración cotidiana los trabajos que desarrollaremos en las próximas tres semanas.

Las lecturas bíblicas de la Liturgia de la Palabra de este domingo nos ofrecen dos puntos principales de reflexión: el primero sobre el matrimonio, que retomaré más adelante; el segundo sobre Jesucristo, que abordo a continuación. No tenemos el tiempo para comentar el pasaje de la *carta a los Hebreos*, pero debemos, al comienzo de esta Asamblea sinodal, acoger la invitación a fijar los ojos en el Señor Jesús, «coronado de gloria y honor por su pasión y muerte» (Hb 2,9). La Palabra de Dios nos pone ante el crucificado glorioso, de modo que toda nuestra vida, y en concreto la tarea de esta asamblea sinodal, se lleve a cabo en su presencia y a la luz de su misterio. La

evangelización, en todo tiempo y lugar, tiene siempre como punto central y último a Jesús, el Cristo, el Hijo de Dios (cf. *Mc* 1,1); y el crucifijo es por excelencia el signo distintivo de quien anuncia el Evangelio: signo de amor y de paz, llamada a la conversión y a la reconciliación. Que nosotros venerados hermanos seamos los primeros en tener la mirada del corazón puesta en él, dejándonos purificar por su gracia.

Quisiera ahora reflexionar brevemente sobre la «nueva evangelización», relacionándola con la evangelización ordinaria y con la misión *ad gentes*. La Iglesia existe para evangelizar. Fieles al mandato del Señor Jesucristo, sus discípulos fueron por el mundo entero para anunciar la Buena Noticia, fundando por todas partes las comunidades cristianas. Con el tiempo, estas han llegado a ser Iglesias bien organizadas con numerosos fieles. En determinados periodos históricos, la divina Providencia ha suscitado un renovado dinamismo de la actividad evangelizadora de la Iglesia. Basta pensar en la evangelización de los pueblos anglosajones y eslavos, o en la transmisión del Evangelio en el continente americano, y más tarde los distintos periodos misioneros en los pueblos de África, Asia y Oceanía. Sobre este trasfondo dinámico, me agrada mirar también a las dos figuras luminosas que acabo de proclamar Doctores de la Iglesia: san Juan de Ávila y santa Hildegarda de Bingen. También en nuestro tiempo el Espíritu Santo ha suscitado en la Iglesia un nuevo impulso para anunciar la Buena Noticia, un dinamismo espiritual y pastoral que ha encontrado su expresión más universal y su impulso más autorizado en el Concilio Ecuménico Vaticano II. Este renovado dinamismo de evangelización produce un influjo beneficioso sobre las dos «ramas» específicas que se desarrollan a partir de ella, es decir, por una parte, la *missio ad gentes*, esto es el anuncio del Evangelio a aquellos que aun no conocen a Jesucristo y su mensaje de salvación; y, por otra parte, *la nueva evangelización*, orientada principalmente a las personas que, aun estando bautizadas, se han alejado de la Iglesia, y viven sin tener en cuenta la praxis cristiana. La Asamblea sinodal que hoy se abre esta dedicada a esta nueva evangelización, para favorecer en estas personas un nuevo encuentro con el Señor, el único que llena de significado profundo y de paz nuestra existencia; para favorecer el redescubrimiento de la fe, fuente de gracia que trae alegría y esperanza a la vida personal, familiar y social. Obviamente, esa orientación particular no debe disminuir el impulso misionero, en sentido propio, ni la actividad ordinaria de evangelización en nuestras comunidades cristianas. En efecto, los tres aspectos de la única realidad de evangelización se completan y fecundan mutuamente.

El tema del matrimonio, que nos propone el Evangelio y la primera lectura, merece en este sentido una atención especial. El mensaje de la Palabra de Dios

se puede resumir en la expresión que se encuentra en el libro del Génesis y que el mismo Jesús retoma: «Por eso abandonará el varón a su padre y a su madre, se unirá a su mujer y serán una sola carne» (*Gn 1,24, Mc 10,7-8*). ¿Qué nos dice hoy esta palabra? Pienso que nos invita a ser más conscientes de una realidad ya conocida pero tal vez no del todo valorizada: que el matrimonio constituye en sí mismo un evangelio, una Buena Noticia para el mundo actual, en particular para el mundo secularizado. La unión del hombre y la mujer, su ser «una sola carne» en la caridad, en el amor fecundo e indisoluble, es un signo que habla de Dios con fuerza, con una elocuencia que en nuestros días llega a ser mayor, porque, lamentablemente y por varias causas, el matrimonio, precisamente en las regiones de antigua evangelización, atraviesa una profunda crisis. Y no es casual. El matrimonio está unido a la fe, no en un sentido genérico. El matrimonio, como unión de amor fiel e indisoluble, se funda en la gracia que viene de Dios Uno y Trino, que en Cristo nos ha amado con un amor fiel hasta la cruz. Hoy podemos percibir toda la verdad de esta afirmación, contrastándola con la dolorosa realidad de tantos matrimonios que desgraciadamente terminan mal. Hay una evidente correspondencia entre la crisis de la fe y la crisis del matrimonio. Y, como la Iglesia afirma y testimonia desde hace tiempo, el matrimonio está llamado a ser no sólo objeto, sino sujeto de la nueva evangelización. Esto se realiza ya en muchas experiencias, vinculadas a comunidades y movimientos, pero se está realizando cada vez más también en el tejido de las diócesis y de las parroquias, como ha demostrado el reciente Encuentro Mundial de las Familias.

Una de las ideas clave del renovado impulso que el Concilio Vaticano II ha dado a la evangelización es la de la llamada universal a la santidad, que como tal concierne a todos los cristianos (cf. *Const. Lumen gentium*, 39-42). Los santos son los verdaderos protagonistas de la evangelización en todas sus expresiones. Ellos son, también de forma particular, los pioneros y los que impulsan la nueva evangelización: con su intercesión y el ejemplo de sus vidas, abierta a la fantasía del Espíritu Santo, muestran la belleza del Evangelio y de la comunión con Cristo a las personas indiferentes o incluso hostiles, e invitan a los creyentes tibios, por decirlo así, a que con alegría vivan de fe, esperanza y caridad, a que descubran el «gusto» por la Palabra de Dios y los sacramentos, en particular por el pan de vida, la eucaristía. Santos y santas florecen entre los generosos misioneros que anuncian la buena noticia a los no cristianos, tradicionalmente en los países de misión y actualmente en todos los lugares donde viven personas no cristianas. La santidad no conoce barreras culturales, sociales, políticas, religiosas. Su lenguaje – el del amor y la verdad – es comprensible a todos los hombres de buena voluntad y los acerca a Jesucristo, fuente inagotable de vida nueva.

A este respecto, nos paramos un momento para admirar a los dos santos que hoy han sido agregados al grupo escogido de los doctores de la Iglesia. San Juan de Ávila vivió en el siglo XVI. Profundo conocedor de las Sagradas Escrituras, estaba dotado de un ardiente espíritu misionero. Supo penetrar con singular profundidad en los misterios de la redención obrada por Cristo para la humanidad. Hombre de Dios, unía la oración constante con la acción apostólica. Se dedicó a la predicación y al incremento de la práctica de los sacramentos, concentrando sus esfuerzos en mejorar la formación de los candidatos al sacerdocio, de los religiosos y los laicos, con vistas a una fecunda reforma de la Iglesia.

Santa Hildegarda de Bienen, importante figura femenina del siglo XII, ofreció una preciosa contribución al crecimiento de la Iglesia de su tiempo, valorizando los dones recibidos de Dios y mostrándose una mujer de viva inteligencia, profunda sensibilidad y reconocida autoridad espiritual. El Señor la dotó de espíritu profético y de intensa capacidad para discernir los signos de los tiempos. Hildegarda alimentaba un gran amor por la creación, cultivó la medicina, la poesía y la música. Sobre todo conservó siempre un amor grande y fiel por Cristo y su Iglesia.

La mirada sobre el ideal de la vida cristiana, expresado en la llamada a la santidad, nos impulsa a mirar con humildad la fragilidad de tantos cristianos, más aun, su pecado, personal y comunitario, que representa un gran obstáculo para la evangelización, y a reconocer la fuerza de Dios que, en la fe, viene al encuentro de la debilidad humana. Por tanto, no se puede hablar de la nueva evangelización sin una disposición sincera de conversión. Dejarse reconciliar con Dios y con el prójimo (cf. 2 Cor 5,20) es la vía maestra de la nueva evangelización. Únicamente purificados, los cristianos podrán encontrar el legítimo orgullo de su dignidad de hijos de Dios, creados a su imagen y redimidos con la sangre preciosa de Jesucristo, y experimentar su alegría para compartirla con todos, con los de cerca y los de lejos.

Queridos hermanos y hermanas, encomendemos a Dios los trabajos de la Asamblea sinodal con el sentimiento vivo de la comunión de los santos, invocando la particular intercesión de los grandes evangelizadores, entre los cuales queremos contar con gran afecto al beato Papa Juan Pablo II, cuyo largo pontificado ha sido también ejemplo de nueva evangelización. Nos ponemos bajo la protección de la bienaventurada Virgen María, Estrella de la nueva evangelización. Con ella invocamos una especial efusión del Espíritu Santo, que ilumine desde lo alto la Asamblea sinodal y la haga fructífera para el camino de la Iglesia hoy, en nuestro tiempo. Amen.

SANTA MISA PARA LA CLAUSURA DEL SÍNODO DE LOS
OBISPOS

HOMILÍA DEL SANTO PADRE BENEDICTO XVI

Basílica Vaticana

Domingo 28 de octubre de 2012

*Venerables hermanos,
ilustres señores y señoras,
queridos hermanos y hermanas*

El milagro de la curación del ciego Bartimeo ocupa un lugar relevante en la estructura del Evangelio de Marcos. En efecto, está colocado al final de la sección llamada «viaje a Jerusalén», es decir, la última peregrinación de Jesús a la Ciudad Santa para la Pascua, en donde él sabe que lo espera la pasión, la muerte y la resurrección. Para subir a Jerusalén, desde el valle del Jordán, Jesús pasó por Jericó, y el encuentro con Bartimeo tuvo lugar a las afueras de la ciudad, mientras Jesús, como anota el evangelista, salía «de Jericó con sus discípulos y bastante gente» (10, 46); gente que, poco después, aclamará a Jesús como Mesías en su entrada a Jerusalén. Bartimeo, cuyo nombre, como dice el mismo evangelista, significa «hijo de Timeo», estaba precisamente sentado al borde del camino pidiendo limosna. Todo el Evangelio de Marcos es un itinerario de fe, que se desarrolla gradualmente en el seguimiento de Jesús. Los discípulos son los primeros protagonistas de este paulatino descubrimiento, pero hay también otros personajes que desempeñan un papel importante, y Bartimeo es uno de éstos. La suya es la última curación prodigiosa que Jesús realiza antes de su pasión, y no es casual que sea la de un ciego, es decir una persona que ha perdido la luz de sus ojos. Sabemos también por otros textos que en los evangelios la ceguera tiene un importante significado. Representa al hombre que tiene necesidad de la luz de Dios, la luz de la fe, para conocer verdaderamente la realidad y recorrer el camino de la vida. Es esencial reconocerse ciegos, necesitados de esta luz, de lo contrario se es ciego para siempre (cf. *Jn* 9,39-41).

Bartimeo, pues, en este punto estratégico del relato de Marcos, está puesto como modelo. Él no es ciego de nacimiento, sino que ha perdido la vista: es el hombre que ha perdido la luz y es consciente de ello, pero no ha perdido la esperanza, sabe percibir la posibilidad de un encuentro con Jesús y confía en él para ser curado. En efecto, cuando siente que el Maestro pasa por el camino,

grita: «Hijo de David, Jesús, ten compasión de mí» (*Mc 10,47*), y lo repite con fuerza (v. 48). Y cuando Jesús lo llama y le pregunta qué quiere de él, responde: «Maestro, que pueda ver» (v. 51). Bartimeo representa al hombre que reconoce el propio mal y grita al Señor, con la confianza de ser curado. Su invocación, simple y sincera, es ejemplar, y de hecho –al igual que la del publicano en el templo: «Oh Dios, ten compasión de este pecador» (*Lc 18,13*)– ha entrado en la tradición de la oración cristiana. En el encuentro con Cristo, realizado con fe, Bartimeo recupera la luz que había perdido, y con ella la plenitud de la propia dignidad: se pone de pie y retoma el camino, que desde aquel momento tiene un guía, Jesús, y una ruta, la misma que Jesús recorre. El evangelista no nos dice nada más de Bartimeo, pero en él nos muestra quién es el discípulo: aquel que, con la luz de la fe, sigue a Jesús «por el camino» (v. 52).

San Agustín, en uno de sus escritos, hace una observación muy particular sobre la figura de Bartimeo, que puede resultar también interesante y significativa para nosotros. El Santo Obispo de Hipona reflexiona sobre el hecho de que Marcos, en este caso, indica el nombre no sólo de la persona que ha sido curada, sino también del padre, y concluye que «Bartimeo, hijo de Timeo, era un personaje que de una gran prosperidad cayó en la miseria, y que ésta condición suya de miseria debía ser conocida por todos y de dominio público, puesto que no era solamente un ciego, sino un mendigo sentado al borde del camino. Por esta razón Marcos lo recuerda solamente a él, porque la recuperación de su vista hizo que ese milagro tuviera una resonancia tan grande como la fama de la desventura que le sucedió» (*Concordancia de los evangelios*, 2, 65, 125: PL 34, 1138). Hasta aquí san Agustín.

Esta interpretación, que ve a Bartimeo como una persona caída en la miseria desde una condición de «gran prosperidad», nos hace pensar; nos invita a reflexionar sobre el hecho de que hay riquezas preciosas para nuestra vida, y que no son materiales, que podemos perder. En esta perspectiva, Bartimeo podría ser la representación de cuantos viven en regiones de antigua evangelización, donde la luz de la fe se ha debilitado, y se han alejado de Dios, ya no lo consideran importante para la vida: personas que por eso han perdido una gran riqueza, han «caído en la miseria» desde una alta dignidad –no económica o de poder terreno, sino cristiana –, han perdido la orientación segura y sólida de la vida y se han convertido, con frecuencia inconscientemente, en mendigos del sentido de la existencia. Son las numerosas personas que tienen necesidad de una nueva evangelización, es decir de un nuevo encuentro con Jesús, el Cristo, el Hijo de Dios (cf. *Mc 1,1*), que puede abrir nuevamente sus ojos y mostrarles el camino. Es significativo que, mientras concluimos la Asamblea sinodal sobre la nueva evangelización, la liturgia nos proponga el Evangelio de Bartimeo. Esta Palabra de Dios tiene

algo que decirnos de modo particular a nosotros, que en estos días hemos reflexionado sobre la urgencia de anunciar nuevamente a Cristo allá donde la luz de la fe se ha debilitado, allá donde el fuego de Dios es como un rescoldo, que pide ser reavivado, para que sea llama viva que da luz y calor a toda la casa.

La nueva evangelización concierne toda la vida de la Iglesia. Ella se refiere, en primer lugar, a la pastoral ordinaria que debe estar más animada por el fuego del Espíritu, para encender los corazones de los fieles que regularmente frecuentan la comunidad y que se reúnen en el día del Señor para nutrirse de su Palabra y del Pan de vida eterna. Deseo subrayar tres líneas pastorales que han surgido del Sínodo. La primera corresponde a los *sacramentos de la iniciación cristiana*. Se ha reafirmado la necesidad de acompañar con una catequesis adecuada la preparación al bautismo, a la confirmación y a la Eucaristía. También se ha reiterado la importancia de la penitencia, sacramento de la misericordia de Dios. La llamada del Señor a la santidad, dirigida a todos los cristianos, pasa a través de este itinerario sacramental. En efecto, se ha repetido muchas veces que los verdaderos protagonistas de la nueva evangelización son los santos: ellos hablan un lenguaje comprensible para todos, con el ejemplo de la vida y con las obras de caridad.

En segundo lugar, la nueva evangelización está esencialmente conectada con la *misión ad gentes*. La Iglesia tiene la tarea de evangelizar, de anunciar el Mensaje de salvación a los hombres que aún no conocen a Jesucristo. En el transcurso de las reflexiones sinodales, se ha subrayado también que existen muchos lugares en África, Asia y Oceanía en donde los habitantes, muchas veces sin ser plenamente conscientes, esperan con gran expectativa el primer anuncio del Evangelio. Por tanto es necesario rezar al Espíritu Santo para que suscite en la Iglesia un renovado dinamismo misionero, cuyos protagonistas sean de modo especial los agentes pastorales y los fieles laicos. La globalización ha causado un notable desplazamiento de poblaciones; por tanto el primer anuncio se impone también en los países de antigua evangelización. Todos los hombres tienen el derecho de conocer a Jesucristo y su Evangelio; y a esto corresponde el deber de los cristianos, de todos los cristianos –sacerdotes, religiosos y laicos–, de anunciar la Buena Noticia.

Un tercer aspecto tiene que ver con las personas *bautizadas pero que no viven las exigencias del bautismo*. Durante los trabajos sinodales se ha puesto de manifiesto que estas personas se encuentran en todos los continentes, especialmente en los países más secularizados. La Iglesia les dedica una atención particular, para que encuentren nuevamente a Jesucristo, vuelvan a descubrir el gozo de la fe y regresen a las prácticas religiosas en la comunidad de los fieles. Además de los métodos pastorales tradicionales, siempre válidos,

la Iglesia intenta utilizar también métodos nuevos, usando asimismo nuevos lenguajes, apropiados a las diferentes culturas del mundo, proponiendo la verdad de Cristo con una actitud de diálogo y de amistad que tiene como fundamento a Dios que es Amor. En varias partes del mundo, la Iglesia ya ha emprendido dicho camino de creatividad pastoral, para acercarse a las personas alejadas y en busca del sentido de la vida, de la felicidad y, en definitiva, de Dios. Recordamos algunas importantes misiones ciudadanas, el «Atrio de los gentiles», la Misión Continental, etcétera. Sin duda el Señor, Buen Pastor, bendecirá abundantemente dichos esfuerzos que provienen del cielo por su Persona y su Evangelio.

Queridos hermanos y hermanas, Bartimeo, una vez recuperada la vista gracias a Jesús, se unió al grupo de los discípulos, entre los cuales seguramente había otros que, como él, habían sido curados por el Maestro. Así son los nuevos evangelizadores: personas que han tenido la experiencia de ser curados por Dios, mediante Jesucristo. Y su característica es una alegría de corazón, que dice con el salmista: «El Señor ha estado grande con nosotros, y estamos alegres» (*Sal* 125,3). También nosotros hoy, nos dirigimos al Señor, *Redemptor hominis* y *Lumen gentium*, con gozoso agradecimiento, haciendo nuestra una oración de san Clemente de Alejandría: «Hasta ahora me he equivocado en la esperanza de encontrar a Dios, pero puesto que tú me iluminas, oh Señor, encuentro a Dios por medio de ti, y recibo al Padre de ti, me hago tu coheredero, porque no te has avergonzado de tenerme por hermano. Cancelemos, pues, cancelemos el olvido de la verdad, la ignorancia; y removiendo las tinieblas que nos impiden la vista como niebla en los ojos, contemplemos al verdadero Dios...; ya que una luz del cielo brilló sobre nosotros sepultados en las tinieblas y prisioneros de la sombra de muerte, [una luz] más pura que el sol, más dulce que la vida de aquí abajo» (*Protrettico*, 113, 2- 114,1). Amén

SINODO DE LOS OBISPOS

MENSAJE AL PUEBLO DE DIOS DE LA XII ASAMBLEA GENERAL ORDINARIA DEL SÍNODO DE LOS OBISPOS

A los hermanos y hermanas

“paz ... y caridad con fe de parte de Dios Padre y del Señor Jesucristo. La gracia sea con todos los que aman a nuestro Señor Jesucristo en la vida

incorruptible". Con este saludo tan intenso y apasionado san Pablo concluía su Epístola a los cristianos de Éfeso (6, 23-24). Con estas mismas palabras nosotros, los Padres sinodales, reunidos en Roma para la XII Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos bajo la guía del Santo Padre Benedicto XVI, comenzamos nuestro mensaje dirigido al inmenso horizonte de todos aquellos que en las diferentes regiones del mundo siguen a Cristo como discípulos y continúan amándolo con amor incorruptible.

A ellos les propondremos de nuevo la voz y la luz de la Palabra de Dios, repitiendo la antigua llamada: "La palabra está muy cerca de ti, en tu boca y en tu corazón, para que la pongas en práctica" (Dt 30,14). Y Dios mismo le dirá a cada uno: "Hijo de hombre, todas las palabras que yo te dirija, guárdalas en tu corazón y escúchalas atentamente" (Ez 3,10). Ahora les propondremos a todos un viaje espiritual que se desarrollará en cuatro etapas y desde lo eterno y lo infinito de Dios nos conducirá hasta nuestras casas y por las calles de nuestras ciudades.

I.

LA VOZ DE LA PALABRA: LA REVELACIÓN

1. "El Señor les habló desde fuego, y ustedes escuchaban el sonido de sus palabras, pero no percibían ninguna figura: sólo se oía la voz" (Dt 4,12). Es Moisés quien habla, evocando la experiencia vivida por Israel en la dura soledad del desierto del Sinaí. El Señor se había presentado, no como una imagen o una efigie o una estatua similar al becerro de oro, sino con "rumor de palabras". Es una voz que había entrado en escena en el preciso momento del comienzo de la creación, cuando había rasgado el silencio de la nada: "En el principio... dijo Dios: "Haya luz", y hubo luz... En el principio existía la Palabra... y la Palabra era Dios ... Todo se hizo por ella y sin ella no se hizo nada" (Gn 1, 1.3; Jn 1, 1-3).

Lo creado no nace de una lucha intradivina, como enseñaba la antigua mitología mesopotámica, sino de una palabra que vence la nada y crea el ser. Canta el Salmista: "Por la Palabra del Señor fueron hechos los cielos, por el aliento de su boca todos sus ejércitos ... pues él habló y así fue, él lo mandó y se hizo" (Sal 33, 6.9). Y san Pablo repetirá "Dios que da la vida a los muertos y llama a las cosas que no son para que sean" (Rm 4, 17). Tenemos de esta forma una primera revelación "cósmica" que hace que lo creado se asemeje a una especie de inmensa página abierta delante de toda la humanidad, en la que se

puede leer un mensaje del Creador: “Los cielos cuentan la gloria de Dios, el firmamento anuncia la obra de sus manos; el día al día comunica el mensaje, la noche a la noche le pasa la noticia. Sin hablar y sin palabras, y sin voz que pueda oírse, por toda la tierra resuena su proclama, por los confines del orbe” (Sal 19, 2-5).

2. Pero la Palabra divina también se encuentra en la raíz de la historia humana. El hombre y la mujer, que son “imagen y semejanza de Dios” (Gn 1, 27) y que por tanto llevan en sí la huella divina, pueden entrar en diálogo con su Creador o pueden alejarse de él y rechazarlo por medio del pecado. Así pues, la Palabra de Dios salva y juzga, penetra en la trama de la historia con su tejido de situaciones y acontecimientos: “He visto la aflicción de mi pueblo en Egipto, he escuchado el clamor ... conozco sus sufrimientos. He bajado para librarlo de la mano de los egipcios y para sacarlo de esta tierra a una tierra buena y espaciosa ...” (Ex 3, 7-8). Hay, por tanto, una presencia divina en las situaciones humanas que, mediante la acción del Señor de la historia, se insertan en un plan más elevado de salvación, para que “todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento pleno de la verdad” (1 Tm 2,4).

3. La Palabra divina eficaz, creadora y salvadora, está por tanto en el principio del ser y de la historia, de la creación y la redención. El Señor sale al encuentro de la humanidad proclamando: “Lo digo y lo hago” (Ez 37,14). Sin embargo, hay una etapa posterior que la voz divina recorre: es la de la Palabra escrita, la *Graphé* o las *Graphai*, las Escrituras sagradas, como se dice en el Nuevo Testamento. Ya Moisés había descendido de la cima del Sinaí llevando “las dos tablas del Testimonio en su mano, tablas escritas por ambos lados; por una y otra cara estaban escritas. Las tablas eran obra de Dios, y la escritura era escritura de Dios” (Ex 32,15-16). Y el propio Moisés prescribirá a Israel que conserve y reescriba estas “tablas del Testimonio”: “Y escribirás en esas piedras todas las palabras de esta Ley. Grábalas bien” (Dt 27, 8).

Las Sagradas Escrituras son el “testimonio” en forma escrita de la Palabra divina, son el memorial canónico, histórico y literario que atestigua el evento de la Revelación creadora y salvadora. Por tanto, la Palabra de Dios precede y excede la Biblia, si bien está “inspirada por Dios” y contiene la Palabra divina eficaz (cf. 2 Tm 3, 16). Por este motivo nuestra fe no tiene en el centro sólo un libro, sino una historia de salvación y, como veremos, una persona, Jesucristo, Palabra de Dios hecha carne, hombre, historia. Precisamente porque el horizonte de la Palabra divina abraza y se extiende más allá de la Escritura, es necesaria la constante presencia del Espíritu Santo que “guía hasta la verdad completa” (Jn 16, 13) a quien lee la Biblia. Es ésta la gran Tradición, presencia eficaz del “Espíritu de verdad” en la Iglesia, guardián de las Sagradas Escrituras, auténticamente interpretadas por el Magisterio eclesial. Con la

Tradicón se llega a la comprensi3n, la interpretaci3n, la comunicaci3n y el testimonio de la Palabra de Dios. El propio san Pablo, cuando proclam3 el primer Credo cristiano, reconocer3 que “transmiti3” lo que 3l “a su vez recib3” de la Tradici3n (1 Cor 15, 3-5).

II.

EL ROSTRO DE LA PALABRA: JESUCRISTO

4. En el original griego son s3lo tres las palabras fundamentales: *L3gos*, *sarx*, *egh3neto*, “el Verbo/Palabra se hizo carne”. Sin embargo, 3ste no es s3lo el 3pice de esa joya po3tica y teol3gica que es el pr3logo del Evangelio de san Juan (1, 14), sino el coraz3n mismo de la fe cristiana. La Palabra eterna y divina entra en el espacio y en el tiempo y asume un rostro y una identidad humana, tan es as3 que es posible acercarse a ella directamente pidiendo, como hizo aquel grupo de griegos presentes en Jerusal3n: “Queremos ver a Jes3s” (Jn 12, 20-21). Las palabras sin un rostro no son perfectas, porque no cumplen plenamente el encuentro, como recordaba Job, cuando lleg3 al final de su dram3tico itinerario de b3squeda: “S3lo de o3das te conoc3a, pero ahora te han visto mis ojos” (42, 5).

Cristo es “la Palabra que est3 junto a Dios y es Dios”, es “imagen de Dios invisible, primog3nito de toda la creaci3n” (Col 1, 15); pero tambi3n es Jes3s de Nazaret, que camina por las calles de una provincia marginal del imperio romano, que habla una lengua local, que presenta los rasgos de un pueblo, el jud3o, y de su cultura. El Jesucristo real es, por tanto, carne fr3gil y mortal, es historia y humanidad, pero tambi3n es gloria, divinidad, misterio: Aquel que nos ha revelado el Dios que nadie ha visto jams3 (cf. Jn 1, 18). El Hijo de Dios sigue siendo el mismo a3n en ese cad3ver depositado en el sepulcro y la resurrecci3n es su testimonio vivo y eficaz.

5. As3 pues, la tradici3n cristiana ha puesto a menudo en paralelo la Palabra divina que se hace carne con la misma Palabra que se hace libro. Es lo que ya aparece en el Credo cuando se profesa que el Hijo de Dios “por obra del Esp3ritu Santo se encarn3 de Mar3a, la Virgen”, pero tambi3n se confiesa la fe en el mismo “Esp3ritu Santo que habl3 por los profetas”. El Concilio Vaticano II recoge esta antigua tradici3n seg3n la cual “el cuerpo del Hijo es la Escritura que nos fue transmitida” - como afirma san Ambrosio (*In Lucam* VI, 33) - y declara l3mpidamente: “Las palabras de Dios expresadas con lenguas humanas se han hecho semejantes al habla humana, como en otro tiempo el Verbo del Padre Eterno, tomada la carne de la debilidad humana, se hizo semejante a los hombres” (DV 13).

En efecto, la Biblia es también “carne”, “letra”, se expresa en lenguas particulares, en formas literarias e históricas, en concepciones ligadas a una cultura antigua, guarda la memoria de hechos a menudo trágicos, sus páginas están surcadas no pocas veces de sangre y violencia, en su interior resuena la risa de la humanidad y fluyen las lágrimas, así como se eleva la súplica de los infelices y la alegría de los enamorados. Debido a esta dimensión “carnal”, exige un análisis histórico y literario, que se lleva a cabo a través de distintos métodos y enfoques ofrecidos por la exégesis bíblica. Cada lector de las Sagradas Escrituras, incluso el más sencillo, debe tener un conocimiento proporcionado del texto sagrado recordando que la Palabra está revestida de palabras concretas a las que se pliega y adapta para ser audible y comprensible a la humanidad.

Éste es un compromiso necesario: si se lo excluye, se podría caer en el fundamentalismo que prácticamente niega la encarnación de la Palabra divina en la historia, no reconoce que esa palabra se expresa en la Biblia según un lenguaje humano, que tiene que ser descifrado, estudiado y comprendido, e ignora que la inspiración divina no ha borrado la identidad histórica y la personalidad propia de los autores humanos. Sin embargo, la Biblia también es Verbo eterno y divino y por este motivo exige otra comprensión, dada por el Espíritu Santo que devela la dimensión trascendente de la Palabra divina, presente en las palabras humanas.

6. He aquí, por tanto, la necesidad de la “viva Tradición de toda la Iglesia” (DV 12) y de la fe para comprender de modo unitario y pleno las Sagradas Escrituras. Si nos detenemos sólo en la “letra”, la Biblia entonces se reduce a un solemne documento del pasado, un noble testimonio ético y cultural. Pero si se excluye la encarnación, se puede caer en el equívoco fundamentalista o en un vago espiritualismo o psicologismo. El conocimiento exegético tiene, por tanto, que entrelazarse indisolublemente con la tradición espiritual y teológica para que no se quiebre la unidad divina y humana de Jesucristo, y de las Escrituras.

En esta armonía reencontrada, el rostro de Cristo brillará en su plenitud y nos ayudará a descubrir otra unidad, la unidad profunda e íntima de las Sagradas Escrituras, el hecho de ser, en realidad 73 libros, que sin embargo se incluyen en un único “Canon”, en un único diálogo entre Dios y la humanidad, en un único designio de salvación. “Muchas veces y de muchas maneras habló Dios en el pasado a nuestros Padres por medio de los Profetas. En estos últimos tiempos nos ha hablado por medio del Hijo” (Hb 1, 1-2). Cristo proyecta de esta forma retrospectivamente su luz sobre la entera trama de la historia de la salvación y revela su coherencia, su significado, su dirección. Él es el sello, “el Alfa y la Omega” (Ap 1, 8) de un diálogo entre Dios y sus

criaturas repartido en el tiempo y atestiguado en la Biblia. Es a la luz de este sello final cómo adquieren su “pleno sentido” las palabras de Moisés y de los profetas, como había indicado el mismo Jesús aquella tarde de primavera, mientras él iba de Jerusalén hacia el pueblo de Emaús, dialogando con Cleofás y su amigo, cuando “les explicó lo que había sobre él en todas las Escrituras” (Lc 24, 27).

Precisamente porque en el centro de la Revelación está la Palabra divina transformada en rostro, el fin último del conocimiento de la Biblia no está “en una decisión ética o una gran idea, sino en el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva” (*Deus caritas est*, 1).

III.

LA CASA DE LA PALABRA: LA IGLESIA

Como la sabiduría divina en el Antiguo Testamento, había edificado su casa en la ciudad de los hombres y de las mujeres, sosteniéndola sobre sus siete columnas (cf. Pr 9, 1), también la Palabra de Dios tiene una casa en el Nuevo Testamento: es la Iglesia que posee su modelo en la comunidad-madre de Jerusalén, la Iglesia, fundada sobre Pedro y los apóstoles y que hoy, a través de los obispos en comunión con el sucesor de Pedro, sigue siendo garante, animadora e intérprete de la Palabra (cf. LG 13). Lucas, en los Hechos de los Apóstoles (2, 42), esboza la arquitectura basada sobre cuatro columnas ideales: “Todos se reunían asiduamente para escuchar la enseñanza de los apóstoles y participar en la vida común, en la fracción del pan, y en las oraciones”.

7. En primer lugar, esto es la *didaché* apostólica, es decir, la predicación de la Palabra de Dios. El apóstol Pablo, en efecto, nos advierte que “la fe por lo tanto, nace de la predicación y la predicación se realiza en virtud de la Palabra de Cristo” (Rm 10, 17). Desde la Iglesia sale la voz del mensajero que propone a todos el kerygma, o sea el anuncio primario y fundamental que el mismo Jesús había proclamado al comienzo de su ministerio público: “el tiempo se ha cumplido, el reino de Dios está cerca. Arrepentíos! Y creed en el Evangelio” (Mc 1, 15). Los apóstoles anuncian la inauguración del Reino de Dios y, por lo tanto, de la decisiva intervención divina en la historia humana, proclamando la muerte y la resurrección de Cristo: “En ningún otro hay salvación, ni existe bajo el cielo otro Nombre dado a los hombres, por el cual podamos salvarnos” (Hch 4, 12). El cristiano da testimonio de su esperanza: “háganlo con delicadeza y respeto, y con tranquilidad de conciencia”, preparado sin embargo a ser también envuelto y tal vez arrollado por el torbellino del rechazo y de la persecución, consciente de que “es mejor sufrir por hacer el bien, si ésta es la voluntad de Dios, que por hacer el mal” (1 Pe 3, 16-17).

En la Iglesia resuena, después, la catequesis que está destinada a profundizar en el cristiano “el misterio de Cristo a la luz de la Palabra para que todo el hombre sea irradiado por ella” (Juan Pablo II, *Catechesi tradendae*, 20). Pero el apogeo de la predicación está en la homilía que aún hoy, para muchos cristianos, es el momento culminante del encuentro con la Palabra de Dios. En este acto, el ministro debería transformarse también en profeta. En efecto, Él debe con un lenguaje nítido, incisivo y sustancial y no sólo con autoridad “anunciar las maravillosas obras de Dios en la historia de la salvación” (SC 35) - ofrecidas anteriormente, a través de una clara y viva lectura del texto bíblico propuesto por la liturgia - pero que también debe actualizarse según los tiempos y momentos vividos por los oyentes, haciendo germinar en sus corazones la pregunta para la conversión y para el compromiso vital: “¿qué tenemos que hacer?” (He 2, 37).

El anuncio, la catequesis y la homilía suponen, por lo tanto, la capacidad de leer y de comprender, de explicar e interpretar, implicando la mente y el corazón. En la predicación se cumple, de este modo, un doble movimiento. Con el primero se remonta a los orígenes de los textos sagrados, de los eventos, de las palabras generadoras de la historia de la salvación para comprenderlas en su significado y en su mensaje. Con el segundo movimiento se vuelve al presente, a la actualidad vivida por quien escucha y lee siempre a la luz del Cristo que es el hilo luminoso destinado a unir las Escrituras. Es lo que el mismo Jesús había hecho - como ya dijimos - en el itinerario de Jerusalén a Emaús, en compañía de sus dos discípulos. Esto es lo que hará el diácono Felipe en el camino de Jerusalén a Gaza, cuando junto al funcionario etíope instituirá ese diálogo emblemático: “¿Entiendes lo que estás leyendo? [...] ¿Cómo lo voy a entender si no tengo quien me lo explique?” (Hch 8, 30-31). Y la meta será el encuentro íntegro con Cristo en el sacramento. De esta manera se presenta la segunda columna que sostiene la Iglesia, casa de la Palabra divina.

8. Es la fracción del pan. La escena de Emaús (cf. Lc 24, 13-35) una vez más es ejemplar y reproduce cuanto sucede cada día en nuestras iglesias: después de la homilía de Jesús sobre Moisés y los profetas aparece, en la mesa, la fracción del pan eucarístico. Éste es el momento del diálogo íntimo de Dios con su pueblo, es el acto de la nueva alianza sellada con la sangre de Cristo (cf. Lc 22, 20), es la obra suprema del Verbo que se ofrece como alimento en su cuerpo inmolado, es la fuente y la cumbre de la vida y de la misión de la Iglesia. La narración evangélica de la última cena, memorial del sacrificio de Cristo, cuando se proclama en la celebración eucarística, en la invocación del Espíritu Santo, se convierte en evento y sacramento. Por esta razón es que el Concilio Vaticano II, en un pasaje de gran intensidad, declaraba: “La Iglesia

ha venerado siempre las Sagradas Escrituras al igual que el mismo Cuerpo del Señor, no dejando de tomar de la mesa y de distribuir a los fieles el pan de vida, tanto de la Palabra de Dios como del Cuerpo de Cristo" (DV 21). Por esto, se deberá volver a poner en el centro de la vida cristiana "la Liturgia de la Palabra y la Eucarística que están tan íntimamente unidas de tal manera que constituyen un solo acto de culto" (SC 56).

9. La tercera columna del edificio espiritual de la Iglesia, la casa de la Palabra, está constituida por las oraciones, entrelazadas - como recordaba san Pablo - por "salmos, himnos, alabanzas espontáneas" (Col 3, 16). Un lugar privilegiado lo ocupa naturalmente la Liturgia de las horas, la oración de la Iglesia por excelencia, destinada a marcar el paso de los días y de los tiempos del año cristiano que ofrece, sobre todo con el Salterio, el alimento espiritual cotidiano del fiel. Junto a ésta y a las celebraciones comunitarias de la Palabra, la tradición ha introducido la práctica de la *Lectio* divina, lectura orante en el Espíritu Santo, capaz de abrir al fiel no sólo el tesoro de la Palabra de Dios sino también de crear el encuentro con Cristo, Palabra divina y viviente.

Ésta se abre con la lectura (*lectio*) del texto que conduce a preguntarnos sobre el conocimiento auténtico de su contenido práctico: ¿qué dice el texto bíblico en sí? Sigue la meditación (*meditatio*) en la cual la pregunta es: ¿qué nos dice el texto bíblico? De esta manera se llega a la oración (*oratio*) que supone otra pregunta: ¿qué le decimos al Señor como respuesta a su Palabra? Se concluye con la contemplación (*contemplatio*) durante la cual asumimos como don de Dios la misma mirada para juzgar la realidad y nos preguntamos: ¿qué conversión de la mente, del corazón y de la vida nos pide el Señor?

Frente al lector orante de la Palabra de Dios se levanta idealmente el perfil de María, la madre del Señor, que "conservaba estas cosas y las meditaba en su corazón" (Lc 2, 19; cf. 2, 51), - como dice el texto original griego - encontrando el vínculo profundo que une eventos, actos y cosas, aparentemente desunidas, con el plan divino. También se puede presentar a los ojos del fiel que lee la Biblia, la actitud de María, hermana de Marta, que se sienta a los pies del Señor a la escucha de su Palabra, no dejando que las agitaciones exteriores le absorban enteramente su alma, y ocupando también el espacio libre de "la parte mejor" que no nos debe ser quitada (cf. Lc 10, 38-42).

10. Aquí estamos, finalmente, frente a la última columna que sostiene la Iglesia, casa de la Palabra: la *koinonía*, la comunión fraterna, otro de los nombres del ágape, es decir, del amor cristiano. Como recordaba Jesús, para convertirse en sus hermanos o hermanas se necesita ser "los hermanos que oyen la Palabra de Dios y la cumplen" (Lc 8, 21). La escucha auténtica es

obedecer y actuar, es hacer florecer en la vida la justicia y el amor, es ofrecer tanto en la existencia como en la sociedad un testimonio en la línea del llamado de los profetas que constantemente unía la Palabra de Dios y la vida, la fe y la rectitud, el culto y el compromiso social. Esto es lo que repetía continuamente Jesús, a partir de la célebre admonición en el Sermón de la montaña: “No todo el que me dice: ¡Señor, Señor! entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos” (Mt 7, 21). En esta frase parece resonar la Palabra divina propuesta por Isaías: “Este pueblo se me acerca con su boca, y con sus labios me honra, pero su corazón está lejos de mí” (29, 13). Estas advertencias son también para las iglesias cuando no son fieles a la escucha obediente de la Palabra de Dios.

Por ello, ésta debe ser visible y legible ya en el rostro mismo y en las manos del creyente, como lo sugirió san Gregorio Magno que veía en san Benito, y en los otros grandes hombres de Dios, los testimonios de la comunión con Dios y sus hermanos, con la Palabra de Dios hecha vida. El hombre justo y fiel no sólo “explica” las Escrituras, sino que las “despliega” frente a todos como realidad viva y practicada. Por eso es que la viva lectio, vita bonorum o la vida de los buenos, es una lectura/lección viviente de la Palabra divina. Ya san Juan Crisóstomo había observado que los apóstoles descendieron del monte de Galilea, donde habían encontrado al Resucitado, sin ninguna tabla de piedra escrita como sucedió con Moisés, ya que desde aquel momento, sus mismas vidas se transformaron en Evangelio viviente.

En la casa de la Palabra Divina encontramos también a los hermanos y las hermanas de las otras Iglesias y comunidades eclesiales que, a pesar de la separación que todavía hoy existe, se reencuentran con nosotros en la veneración y en el amor por la Palabra de Dios, principio y fuente de una primera y verdadera unidad, aunque, incompleta. Este vínculo siempre debe reforzarse por medio de las traducciones bíblicas comunes, la difusión del texto sagrado, la oración bíblica ecuménica, el diálogo exegético, el estudio y la comparación entre las diferentes interpretaciones de las Sagradas Escrituras, el intercambio de los valores propios de las diversas tradiciones espirituales, el anuncio y el testimonio común de la Palabra de Dios en un mundo secularizado.

IV.

LOS CAMINOS DE LA PALABRA: LA MISIÓN

“Porque de Sión saldrá la Ley y de Jerusalén la palabra del Señor” (Is 2,3). La Palabra de Dios personificada “sale” de su casa, del templo, y se encamina a lo largo de los caminos del mundo para encontrar el gran peregrinación que

los pueblos de la tierra han emprendido en la búsqueda de la verdad, de la justicia y de la paz. Existe, en efecto, también en la moderna ciudad secularizada, en sus plazas, y en sus calles - donde parecen reinar la incredulidad y la indiferencia, donde el mal parece prevalecer sobre el bien, creando la impresión de la victoria de Babilonia sobre Jerusalén - un deseo escondido, una esperanza germinal, una conmoción de esperanza. Como se lee en el libro del profeta Amos, “vienen días - dice Dios, el Señor - en los cuales enviaré hambre a la tierra. No de pan, ni sed de agua, sino de oír la Palabra de Dios” (8, 11). A este hambre quiere responder la misión evangelizadora de la Iglesia.

Asimismo Cristo resucitado lanza el llamado a los apóstoles, titubeantes para salir de las fronteras de su horizonte protegido: “Por tanto, id a todas las naciones, haced discípulos [...] y enseñadles a obedecer todo lo que os he mandado” (Mt 28, 19-20). La Biblia está llena de llamadas a “no callar”, a “gritar con fuerza”, a “anunciar la Palabra en el momento oportuno e importuno” a ser guardianes que rompen el silencio de la indiferencia. Los caminos que se abren frente a nosotros, hoy, no son únicamente los que recorrió san Pablo o los primeros evangelizadores y, detrás de ellos, todos los misioneros fueron al encuentro de la gente en tierras lejanas.

11. La comunicación extiende ahora una red que envuelve todo el mundo y el llamado de Cristo adquiere un nuevo significado: “Lo que yo les digo en la oscuridad, repítanlo en pleno día, y lo que escuchen al oído, proclámenlo desde lo alto de las casas” (Mt 10, 27). Ciertamente, la Palabra sagrada debe tener una primera transparencia y difusión por medio del texto impreso, con traducciones que respondan a la variedad de idiomas de nuestro planeta. Pero la voz de la Palabra divina debe resonar también a través de la radio, las autopistas de la información de Internet, los canales de difusión virtual on line, los CD, los DVD, los podcast (MP3) y otros; debe aparecer en las pantallas televisivas y cinematográficas, en la prensa, en los eventos culturales y sociales.

Esta nueva comunicación, comparándola con la tradicional, ha asumido una gramática expresiva específica y es necesario, por lo tanto, estar preparados no sólo en el plano técnico, sino también cultural para dicha empresa. En un tiempo dominado por la imagen, propuesta especialmente desde el medio hegemónico de la comunicación que es la televisión, es todavía significativo y sugestivo el modelo privilegiado por Cristo. Él recurría al símbolo, a la narración, al ejemplo, a la experiencia diaria, a la parábola: “Todo esto lo decía Jesús a la muchedumbre por medio de parábolas [...] y no les hablaba sin parábolas” (Mt 13, 3.34). Jesús en su anuncio del reino de Dios, nunca se dirigía a sus interlocutores con un lenguaje vago, abstracto y etéreo, sino que les conquistaba partiendo justamente de la tierra, donde apoyaban

sus pies para conducirlos de lo cotidiano, a la revelación del reino de los cielos. Se vuelve entonces significativa la escena evocada por Juan: “Algunos quisieron prenderlo, pero ninguno le echó mano. Los guardias volvieron a los principales sacerdotes y a los fariseos. Y ellos les preguntaron: ¿Por qué no lo trajiste? Los guardias respondieron: “Jamás hombre alguno habló como este hombre” (7, 44-46).

12. Cristo camina por las calles de nuestras ciudades y se detiene ante el umbral de nuestras casas: “Mira que estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y me abre la puerta, entraré en su casa, cenaré con él y él conmigo” (Ap 3, 20). La familia, encerrada en su hogar, con sus alegrías y sus dramas, es un espacio fundamental en el que debe entrar la Palabra de Dios. La Biblia está llena de pequeñas y grandes historias familiares y el Salmista imagina con vivacidad el cuadro sereno de un padre sentado a la mesa, rodeado de su esposa, como una vid fecunda, y de sus hijos, como “brotes de olivo” (Sal 128). Los primeros cristianos celebraban la liturgia en lo cotidiano de una casa, así como Israel confiaba a la familia la celebración de la Pascua (cf. Ex 12, 21-27). La Palabra de Dios se transmite de una generación a otra, por lo que los padres se convierten en “los primeros predicadores de la fe” (LG 11). El Salmista también recordaba que “lo que hemos oído y aprendido, lo que nuestros padres nos contaron, no queremos ocultarlo a nuestros hijos, lo narraremos a la próxima generación: son las glorias del Señor y su poder, las maravillas que Él realizó; ... y podrán contarlas a sus propios hijos” (Sal 78, 3-4.6).

Cada casa deberá, pues, tener su Biblia y custodiarla de modo concreto y digno, leerla y rezar con ella, mientras que la familia deberá proponer formas y modelos de educación orante, catequística y didáctica sobre el uso de las Escrituras, para que “jóvenes y doncellas también, los viejos junto con los niños” (Sal 148, 12) escuchen, comprendan, alaben y vivan la Palabra de Dios. En especial, las nuevas generaciones, los niños, los jóvenes, tendrán que ser los destinatarios de una pedagogía apropiada y específica, que los conduzca a experimentar el atractivo de la figura de Cristo, abriendo la puerta de su inteligencia y su corazón, a través del encuentro y el testimonio auténtico del adulto, la influencia positiva de los amigos y la gran familia de la comunidad eclesial.

13. Jesús, en la parábola del sembrador, nos recuerda que existen terrenos áridos, pedregosos y sofocados por los abrojos (cf. Mt 13, 3-7). Quien entra en las calles del mundo descubre también los bajos fondos donde anidan sufrimientos y pobreza, humillaciones y opresiones, marginación y miserias, enfermedades físicas, psíquicas y soledades. A menudo, las piedras de las calles están ensangrentadas por guerras y violencias, en los centros de poder la corrupción se reúne con la injusticia. Se alza el grito de los perseguidos por

la fidelidad a su conciencia y su fe. Algunos se ven arrollados por la crisis existencial o su alma se ve privada de un significado que dé sentido y valor a la vida misma. Como es “mera sombra el humano que pasa, sólo un soplo las riquezas que amontona” (Sal 39,7), muchos sienten cernirse sobre ellos también el silencio de Dios, su aparente ausencia e indiferencia: “¿Hasta cuándo, Señor? ¿Me olvidarás para siempre? ¿Hasta cuándo me ocultarás tu rostro?” (Sal 13, 2). Y al final, se yergue ante todos el misterio de la muerte.

La Biblia, que propone precisamente una fe histórica y encarnada, representa incesantemente este inmenso grito de dolor que sube de la tierra hacia el cielo. Bastaría sólo con pensar en las páginas marcadas por la violencia y la opresión, en el grito áspero y continuado de Job, en las vehementes súplicas de los salmos, en la sutil crisis interior que recorre el alma del Eclesiastés, en las vigorosas denuncias proféticas contra las injusticias sociales. Además, se presenta sin atenuantes la condena del pecado radical, que aparece en todo su poder devastador desde los exordios de la humanidad en un texto fundamental del Génesis (c. 3). En efecto, el “misterio del pecado” está presente y actúa en la historia, pero es revelado por la Palabra de Dios que asegura en Cristo la victoria del bien sobre el mal.

Pero, sobre todo, en las Escrituras domina principalmente la figura de Cristo, que comienza su ministerio público precisamente con un anuncio de esperanza para los últimos de la tierra: “El Espíritu del Señor está sobre mí; porque me ha unguido para anunciar a los pobres la Buena Nueva, me ha enviado a proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, para dar libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor” (Lc 4, 18-19). Sus manos tocan repetidamente cuerpos enfermos o infectados, sus palabras proclaman la justicia, infunden valor a los infelices, conceden el perdón a los pecadores. Al final, él mismo se acerca al nivel más bajo, “despojándose a sí mismo” de su gloria, “tomando la condición de esclavo, asumiendo la semejanza humana y apareciendo en su porte como hombre ... se rebajó a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte y una muerte de cruz” (Flp 2, 7-8).

Así, siente miedo de morir (“Padre, si es posible, ¡aparta de mí este cáliz!”), experimenta la soledad con el abandono y la traición de los amigos, penetra en la oscuridad del dolor físico más cruel con la crucifixión e incluso en las tinieblas del silencio del Padre (“Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”) y llega al precipicio último de cada hombre, el de la muerte (“dando un fuerte grito, expiró”). Verdaderamente, a él se puede aplicar la definición que Isaías reserva al Siervo del Señor: “varón de dolores y que conoce el sufrimiento” (cf. 53, 3).

Y aún así, también en ese momento extremo, no deja de ser el Hijo de Dios: en su solidaridad de amor y con el sacrificio de sí mismo siembra en el límite y en el mal de la humanidad una semilla de divinidad, o sea, un principio de liberación y de salvación; con su entrega a nosotros circunda de redención el dolor y la muerte, que él asumió y vivió, y abre también para nosotros la aurora de la resurrección. El cristiano tiene, pues, la misión de anunciar esta Palabra divina de esperanza, compartiéndola con los pobres y los que sufren, mediante el testimonio de su fe en el Reino de verdad y vida, de santidad y gracia, de justicia, de amor y paz, mediante la cercanía amorosa que no juzga ni condena, sino que sostiene, ilumina, conforta y perdona, siguiendo las palabras de Cristo: “Vengan a mí, todos los que están fatigados y agobiados, y yo les daré descanso” (Mt 11, 28).

14. Por los caminos del mundo la Palabra divina genera para nosotros, los cristianos, un encuentro intenso con el pueblo judío, al que estamos íntimamente unidos a través del reconocimiento común y el amor por las Escrituras del Antiguo Testamento, y porque de Israel “procede Cristo según la carne” (Rm 9, 5). Todas las sagradas páginas judías iluminan el misterio de Dios y del hombre, revelan tesoros de reflexión y de moral, trazan el largo itinerario de la historia de la salvación hasta su pleno cumplimiento, ilustran con vigor la encarnación de la Palabra divina en las vicisitudes humanas. Nos permiten comprender plenamente la figura de Cristo, quien había declarado “No penséis que he venido a abolir la Ley y los Profetas. No he venido a abolir, sino a dar cumplimiento” (Mt 5, 17), son camino de diálogo con el pueblo elegido que ha recibido de Dios “la adopción filial, la gloria, las alianzas, la legislación, el culto, las promesas” (Rm 9, 4), y nos permiten enriquecer nuestra interpretación de las Sagradas Escrituras con los recursos fecundos de la tradición exegética judaica.

“Bendito sea mi pueblo Egipto, la obra de mis manos Asiria, y mi heredad Israel” (Is 19, 25). El Señor extiende, por lo tanto, el manto de protección de su bendición sobre todos los pueblos de la tierra, deseoso de que “todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento pleno de la verdad” (1Tm 2, 4). También nosotros, los cristianos, por los caminos del mundo, estamos invitados - sin caer en el sincretismo que confunde y humilla la propia identidad espiritual - a entrar con respeto en diálogo con los hombres y mujeres de otras religiones, que escuchan y practican fielmente las indicaciones de sus libros sagrados, comenzando por el islamismo, que en su tradición acoge innumerables figuras, símbolos y temas bíblicos y nos ofrece el testimonio de una fe sincera en el Dios único, compasivo y misericordioso, Creador de todo el ser y Juez de la humanidad.

El cristiano encuentra, además, sintonías comunes con las grandes tradiciones religiosas de Oriente que nos enseñan en sus textos sagrados el respeto a la vida, la contemplación, el silencio, la sencillez, la renuncia, como sucede en el budismo. O bien, como en el hinduismo, exaltan el sentido de lo sagrado, el sacrificio, la peregrinación, el ayuno, los símbolos sagrados. O, también, como en el confucionismo, enseñan la sabiduría y los valores familiares y sociales. También queremos prestar nuestra cordial atención a las religiones tradicionales, con sus valores espirituales expresados en los ritos y las culturas orales, y entablar con ellas un respetuoso diálogo; y con cuantos no creen en Dios, pero se esfuerzan por “respetar el derecho, amar la lealtad, y proceder humildemente” (Mi 6, 8), tenemos que trabajar por un mundo más justo y en paz, y ofrecer en diálogo nuestro genuino testimonio de la Palabra de Dios, que puede revelarles nuevos y más altos horizontes de verdad y de amor.

15. En su *Carta a los artistas* (1999), Juan Pablo II recordaba que “la Sagrada Escritura se ha convertido en una especie de inmenso vocabulario” (P. Claudel) y de “Atlas iconográfico” (M. Chagall) del que se han nutrido la cultura y el arte cristianos” (n. 5). Goethe estaba convencido de que el Evangelio fuera la “lengua materna de Europa”. La Biblia, como se suele decir, es “el gran código” de la cultura universal: los artistas, idealmente, han impregnado sus pinceles en ese alfabeto teñido de historias, símbolos, figuras que son las páginas bíblicas; los músicos han tejido sus armonías alrededor de los textos sagrados, especialmente los salmos; los escritores durante siglos han retomado esas antiguas narraciones que se convertían en parábolas existenciales; los poetas se han planteado preguntas sobre los misterios del espíritu, el infinito, el mal, el amor, la muerte y la vida, recogiendo con frecuencia el clamor poético que animaba las páginas bíblicas; los pensadores, los hombres de ciencia y la misma sociedad a menudo tenían como punto de referencia, aunque fuera por contraste, los conceptos espirituales y éticos (pensemos en el Decálogo) de la Palabra de Dios. Aun cuando la figura o la idea presente en las Escrituras se deformaba, se reconocía que era imprescindible y constitutiva de nuestra civilización.

Por esto, la Biblia - que también enseña la *via pulchritudinis*, es decir, el camino de la belleza para comprender y llegar a Dios (“¡tocad para Dios con destreza!”), nos invita el Sal 47, 8) - no sólo es necesaria para el creyente, sino para todos, para descubrir nuevamente los significados auténticos de las varias expresiones culturales y, sobre todo, para encontrar nuevamente nuestra identidad histórica, civil, humana y espiritual. En ella se encuentra la raíz de nuestra grandeza y mediante ella podemos presentarnos con un noble patrimonio a las demás civilizaciones y culturas, sin ningún complejo de

inferioridad. Por lo tanto, todos deberían conocer y estudiar la Biblia, bajo este extraordinario perfil de belleza y fecundidad humana y cultural.

No obstante, la Palabra de Dios - para usar una significativa imagen paulina - "no está encadenada" (2Tm 2, 9) a una cultura; es más, aspira a atravesar las fronteras y, precisamente el Apóstol fue un artífice excepcional de inculturación del mensaje bíblico dentro de nuevas coordenadas culturales. Es lo que la Iglesia está llamada a hacer también hoy, mediante un proceso delicado pero necesario, que ha recibido un fuerte impulso del magisterio del Papa Benedicto XVI. Tiene que hacer que la Palabra de Dios penetre en la multiplicidad de las culturas y expresarla según sus lenguajes, sus concepciones, sus símbolos y sus tradiciones religiosas. Sin embargo, debe ser capaz de custodiar la sustancia de sus contenidos, vigilando y evitando el riesgo de degeneración.

La Iglesia tiene que hacer brillar los valores que la Palabra de Dios ofrece a otras culturas, de manera que puedan llegar a ser purificadas y fecundadas por ella. Como dijo Juan Pablo II al episcopado de Kenya durante su viaje a África en 1980, "la inculturación será realmente un reflejo de la encarnación del Verbo, cuando una cultura, transformada y regenerada por el Evangelio, produce en su propia tradición expresiones originales de vida, de celebración y de pensamiento cristiano".

CONCLUSIÓN

"La voz de cielo que yo había oído me habló otra vez y me dijo: "Toma el librito que está abierto en la mano del ángel ...". Y el ángel me dijo: "Toma, devóralo; te amargarán las entrañas, pero en tu boca será dulce como la miel". Tomé el librito de la mano del ángel y lo devoré; y fue en mi boca dulce como la miel; pero, cuando lo comí, se me amargarón las entrañas" (Ap 10, 8-11).

Hermanos y hermanas de todo el mundo, acojamos también nosotros esta invitación; acerquémonos a la mesa de la Palabra de Dios, para alimentarnos y vivir "no sólo de pan, sino de toda palabra que sale de la boca del Señor" (Dt 8, 3; Mt 4, 4). La Sagrada Escritura - como afirmaba una gran figura de la cultura cristiana - "tiene pasajes adecuados para consolar todas las condiciones humanas y pasajes adecuados para atemorizar en todas las condiciones" (B. Pascal, *Pensieri*, n. 532 ed. Brunschvicg).

La Palabra de Dios, en efecto, es "más dulce que la miel, más que el jugo de panales" (Sal 19, 11), es "antorcha para mis pasos, luz para mi sendero" (Sal 119, 105), pero también "como el fuego y como un martillo que golpea la peña" (Jr 23, 29). Es como una lluvia que empapa la tierra, la fecunda y la hace germinar, haciendo florecer de este modo también la aridez de nuestros desiertos espirituales (cf. Is 55, 10-11). Pero también es "viva, eficaz y más

cortante que una espada de dos filos. Penetra hasta la división entre alma y espíritu, articulaciones y médulas; y discierne sentimientos y pensamientos del corazón” (Hb 4, 12).

Nuestra mirada se dirige con afecto a todos los estudiosos, a los catequistas y otros servidores de la Palabra de Dios para expresarles nuestra gratitud más intensa y cordial por su precioso e importante ministerio. Nos dirigimos también a nuestros hermanos y hermanas perseguidos o asesinados a causa de la Palabra de Dios y el testimonio que dan al Señor Jesús (cf. Ap 6, 9): como testigos y mártires nos cuentan “la fuerza de la palabra” (Rm 1, 16), origen de su fe, su esperanza y su amor por Dios y por los hombres.

Hagamos ahora silencio para escuchar con eficacia la Palabra del Señor y mantengamos el silencio luego de la escucha porque seguirá habitando, viviendo en nosotros y hablándonos. Hagámosla resonar al principio de nuestro día, para que Dios tenga la primera palabra y dejémosla que resuene dentro de nosotros por la noche, para que la última palabra sea de Dios.

Queridos hermanos y hermanas, “Te saludan todos los que están conmigo. Saluda a los que nos aman en la fe. ¡La gracia con todos vosotros!” (Tt 3, 15)

MENSAJE FINAL DEL SÍNODO PARA LA NUEVA EVANGELIZACIÓN

Hermanos y hermanas:

«Gracia a vosotros de parte de Dios, nuestro Padre y del Señor Jesucristo» (Rm 1, 7). Obispos de todo el mundo, invitados por el Obispo de Roma, el Papa Benedicto XVI, nos hemos reunido para reflexionar juntos sobre «la nueva evangelización para la transmisión de la fe cristiana» y, antes de volver a nuestras Iglesias particulares, queremos dirigirnos a todos vosotros, para animar y orientar el servicio al Evangelio en los diversos contextos en los que estamos llamados a dar hoy testimonio.

1. Como la samaritana en el pozo.

Nos dejamos iluminar por una página del Evangelio: el encuentro de Jesús con la mujer samaritana (cf. Jn 4, 5-42). No hay hombre o mujer que en su vida, como la mujer de Samaría, no se encuentre junto a un pozo con una vasija vacía, con la esperanza de saciar el deseo más profundo del corazón, aquel que sólo puede dar significado pleno a la existencia. Hoy son muchos los pozos que se ofrecen a la sed del hombre, pero conviene hacer discernimiento para evitar aguas contaminadas. Es urgente orientar bien la búsqueda, para no caer en desilusiones que pueden ser ruinosas.

Como Jesús, en el pozo de Sicar, también la Iglesia siente el deber de sentarse junto a los hombres y mujeres de nuestro tiempo, para hacer presente al Señor en sus vidas, de modo que puedan encontrarlo, porque sólo él es el agua que da la vida verdadera y eterna. Sólo Jesús es capaz de leer hasta lo más profundo del corazón y desvelarnos nuestra verdad: «Me ha dicho todo lo que he hecho», cuenta la mujer a sus vecinos. Esta palabra de anuncio - a la que se une la pregunta que abre a la fe: «¿Será Él el Cristo?» - muestra que quien ha recibido la vida nueva del encuentro con Jesús, a su vez no puede hacer menos que convertirse en anunciador de verdad y esperanza para con los demás. La pecadora convertida se convierte en mensajera de salvación y conduce a toda la ciudad hacia Jesús. De la acogida del testimonio la gente pasará después a la experiencia directa del encuentro: «Ya no creemos por lo que tú has dicho; nosotros mismos lo hemos oído y sabemos que él es verdaderamente el Salvador del mundo».

2. Una nueva evangelización.

Conducir a los hombres y las mujeres de nuestro tiempo hacia Jesús, al encuentro con Él, es una urgencia que aparece en todas las regiones, tanto las de antigua como las de reciente evangelización. En todos los lugares se siente la necesidad de reavivar una fe que corre el riesgo de apagarse en contextos culturales que obstaculizan su enraizamiento personal, su presencia social, la claridad de sus contenidos y sus frutos coherentes.

No se trata de comenzar todo de nuevo, sino - con el ánimo apostólico de Pablo, el cual afirma: «¡Ay de mí si non anuncio el Evangelio!» (1 Cor 9,16) - de insertarse en el largo camino de proclamación del Evangelio que, desde los primeros siglos de la era cristiana hasta el presente, ha recorrido la historia y ha edificado comunidades de creyentes por toda la tierra. Por pequeñas o grandes que sean, éstas con el fruto de la entrega de tantos misioneros y de no pocos mártires, de generaciones de testigos de Jesús, de los cuales guardamos una memoria agradecida.

Los cambios sociales y culturales nos llaman, sin embargo, a algo nuevo: a vivir de un modo renovado nuestra experiencia comunitaria de fe y el anuncio, mediante una evangelización «nueva en su ardor, en sus métodos, en sus expresiones» (Juan Pablo II, Discurso ala XIX Asamblea del CELAM, Port-au-Prince 9 marzo 1983, n. 3) como dijo Juan Pablo II. Una evangelización dirigida, como nos ha recordado Benedicto XVI, «principalmente a las personas que, habiendo recibido el bautismo, se han alejado de la Iglesia y viven sin referencia alguna a la vida cristiana [...], para favorecer en estas personas un nuevo encuentro con el Señor, el único que llena de significado profundo y de paz nuestra existencia; para favorecer el redescubrimiento de la fe, fuente de

gracia que lleva consigo alegría y esperanza para la vida personal, familiar y social» (Benedicto XVI, Homilía en la celebración eucarística para la solemne inauguración de la XIII Asamblea general ordinaria del Sínodo de los Obispos, Roma 7 octubre 2012).

3. El encuentro personal con Jesucristo en la Iglesia.

Antes de entrar en la cuestión sobre la forma que debe adoptar esta nueva evangelización, sentimos la exigencia de decirlo, con profunda convicción, que la fe se decide, sobre todo, en la relación que establecemos con la persona de Jesús, que sale a nuestro encuentro. La obra de la nueva evangelización consiste en proponer de nuevo al corazón y a la mente, no pocas veces distraídos y confusos, de los hombres y mujeres de nuestro tiempo y, sobre todo a nosotros mismos, la belleza y la novedad perenne del encuentro con Cristo. Os invitamos a todos a contemplar el rostro del Señor Jesucristo, a entrar en el misterio de su existencia, entregada por nosotros hasta la cruz, derramada como don del Padre por su resurrección de entre los muertos y comunicada a nosotros mediante el Espíritu. En la persona de Jesús se revela el misterio de amor de Dios Padre por la entera familia humana. Él no ha querido dejarla a la deriva de su imposible autonomía, sino que la ha unido a sí mismo por medio de una renovada alianza de amor.

La Iglesia es el espacio ofrecido por Cristo en la historia para poderlo encontrar, porque Él le ha entregado su Palabra, el bautismo que nos hace hijos de Dios, su Cuerpo y su Sangre, la gracia del perdón del pecado, sobre todo en el sacramento de la Reconciliación, la experiencia de una comunión que es reflejo mismo del misterio de la Santísima Trinidad y la fuerza del Espíritu que nos mueve a la caridad hacia los demás.

Hemos de constituir comunidades acogedoras, en las cuales todos los marginados se encuentren como en su casa, con experiencias concretas de comunión que, con la fuerza ardiente del amor, -«Mirad como se aman» (Tertulliano, Apologetico, 39, 7) - atraigan la mirada desencantada de la humanidad contemporánea. La belleza de la fe debe resplandecer, en particular, en la sagrada liturgia, sobre todo en la Eucaristía dominical. Justo en las celebraciones litúrgicas la Iglesia muestra su rostro de obra de Dios y hace visible, en las palabras y en los gestos, el significado del Evangelio.

Es nuestra tarea hoy el hacer accesible esta experiencia de Iglesia y multiplicar, por tanto, los pozos a los cuales invitar a los hombres y mujeres sedientos y posibilitar su encuentro con Jesús, ofrecer oasis en los desiertos de la vida. De esto son responsables las comunidades cristianas y, en ellas, cada discípulo del Señor. Cada uno debe dar un testimonio insustituible para que el Evangelio pueda cruzarse con la existencia de tantas personas. Por eso, se nos exige la santidad de vida.

4. Las ocasiones del encuentro con Jesús y la escucha de la Escritura

Algunos preguntarán cómo llevar a cabo todo esto. No se trata de inventar nuevas estrategias, casi como si el Evangelio fuera un producto a poner en el mercado de las religiones sino descubrir los modos mediante los cuales, ante el encuentro con Jesús, las personas se han acercado a Él y por Él se han sentido llamadas y adaptarlos a las condiciones de nuestro tiempo.

Recordamos, por ejemplo, cómo Pedro, Andrés, Santiago y Juan han sido llamados por Jesús en el contexto de su trabajo, cómo Zaqueo ha podido pasar de la simple curiosidad al calor de la mesa compartida con el Maestro, cómo el centurión pide la intervención del Señor ante la enfermedad de una persona cercana, como el ciego de nacimiento lo ha invocado como liberador de su propia marginación, como Marta y María han visto recompensada su hospitalidad con su propia presencia. Podemos continuar aún recorriendo las páginas de los Evangelios y encontrando tantos y tantos modos en los que la vida de las personas se ha abierto, desde diversas condiciones, a la presencia de Cristo. Y lo mismo podemos hacer con todo lo que la Escritura nos dice de la experiencia misionera de los apóstoles en la Iglesia naciente.

La lectura frecuente de la Sagrada Escritura, iluminada por la Tradición de la Iglesia que nos la entrega y la interpreta auténticamente, no sólo es un paso obligado para conocer el contenido mismo del Evangelio, esto es, la persona de Jesús en el contexto de la historia de la salvación, sino que, además, nos ayuda a hallar espacios nuevos de encuentro con Él, nuevas formas de acción verdaderamente evangélicas, enraizadas en las dimensiones fundamentales de la vida humana: la familia, el trabajo, la amistad, la pobreza y las pruebas de la vida, etc.

5. Evangelizarnos a nosotros mismos y disponernos a la conversión

Queremos resaltar que la nueva evangelización se refiere, en primer lugar, a nosotros mismos. En estos días, muchos obispos nos han recordado que, para poder evangelizar el mundo, la Iglesia debe, ante todo, ponerse a la escucha de la Palabra. La invitación a evangelizar se traduce en una llamada a la conversión.

Sentimos sinceramente el deber de convertirnos a la potencia de Cristo, que es capaz de hacer todas las cosas nuevas, sobre todo nuestras pobres personas. Hemos de reconocer con humildad que la miseria, las debilidades de los discípulos de Jesús, especialmente de sus ministros, hacen mella en la credibilidad de la misión. Somos plenamente conscientes, nosotros los Obispos los primeros, de no poder estar nunca a la altura de la llamada del Señor y del Evangelio que nos ha entregado para su anuncio a las gentes. Sabemos que

hemos reconocer humildemente nuestra debilidad ante las heridas de la historia y no dejamos de reconocer nuestros pecados personales. Estamos, además, convencidos de que la fuerza del Espíritu del Señor puede renovar su Iglesia y hacerla de nuevo esplendorosa si nos dejamos transformar por Él. Lo muestra la vida de los santos, cuya memoria y el relato de sus vidas son instrumentos privilegiados de la nueva evangelización.

Si esta renovación fuese confiada a nuestras fuerzas, habría serios motivos de duda, pero en la Iglesia la conversión y la evangelización no tienen como primeros actores a nosotros, pobres hombres, sino al mismo Espíritu del Señor. Aquí está nuestra fuerza y nuestra certeza, que el mal no tendrá jamás la última palabra, ni en la Iglesia ni en la historia: «No se turbe vuestro corazón y no tengáis miedo» (Jn 14, 27), ha dicho Jesús a sus discípulos.

La tarea de la nueva evangelización descansa sobre esta serena certeza. Nosotros confiamos en la inspiración y en la fuerza del Espíritu, que nos enseñará lo que debemos decir y lo que debemos hacer, aún en las circunstancias más difíciles. Es nuestro deber, por eso, vencer el miedo con la fe, el cansancio con la esperanza, la indiferencia con el amor.

6. Reconocer en el mundo de hoy nuevas oportunidades de evangelización

Este sereno coraje sostiene también nuestra mirada sobre el mundo contemporáneo. No nos sentimos atemorizados por las condiciones del tiempo en que vivimos. Nuestro mundo está lleno de contradicciones y de desafíos, pero sigue siendo creación de Dios, y aunque herido por el mal, siempre es objeto de su amor y terreno suyo, en el que puede ser sembrada la semilla de la Palabra para que vuelva a dar fruto.

No hay lugar para el pesimismo en las mentes y en los corazones de aquellos que saben que su Señor ha vencido a la muerte y que su Espíritu actúa con fuerza en la historia. Con humildad, pero también con decisión - aquella que viene de la certeza de que la verdad siempre vence - nos acercamos a este mundo y queremos ver en él una invitación de Dios a ser testigos de su nombre. Nuestra Iglesia está viva y afronta los desafíos de la historia con la fortaleza de la fe y del testimonio de tantos hijos suyos.

Sabemos que en el mundo debemos afrontar una dura lucha contra «los Principados y las Potencias» y «los espíritus del mal» (Ef 6,12). No ocultamos los problemas que tales desafíos suponen, pero no nos atemorizan. Esto lo señalamos especialmente ante los fenómenos de globalización, que deben ser para nosotros oportunidad para extender la presencia del Evangelio. También las migraciones - aún con el peso del sufrimiento que conllevan, y con las que queremos estar sinceramente cercanos, con la acogida propia de los hermanos

- son ocasiones, como ha sucedido en el pasado, de difusión de la fe y de comunión en todas sus formas. La secularización y la crisis del primado de la política y del Estado piden a la Iglesia repensar su propia presencia en la sociedad, sin renunciar a ella. Las muchas y siempre nuevas formas de pobreza abren espacios inéditos al servicio de la caridad: la proclamación del Evangelio compromete a la Iglesia a estar al lado de los pobres y compartir con ellos sus sufrimientos, como lo hacía Jesús. También en las formas más ásperas de ateísmo y agnosticismo podemos reconocer, aún en modos contradictorios, no un vacío, sino una nostalgia, una espera que requiere una respuesta adecuada.

Frente a los interrogantes que las culturas dominantes plantean a la fe y a la Iglesia, renovamos nuestra fe en el Señor, ciertos de que también en estos contextos el Evangelio es portador de luz y capaz de sanar la debilidad del hombre. No somos nosotros quienes para conducir la obra de la evangelización, sino Dios. Como nos ha recordado el Papa: «La primera palabra, la iniciativa verdadera, la actividad verdadera viene de Dios y sólo introduciéndonos en esta iniciativa divina, sólo implorando esta iniciativa divina, podemos nosotros también llegar a ser -con él y en él- evangelizadores» (Benedicto XVI, Meditación de la primera congregación general de la XIII Asamblea general ordinaria del Sínodo de los Obispos, Roma 8 octubre 2012).

7. Evangelización, familia y vida consagrada

Desde la primera evangelización la transmisión de la fe, en el transcurso de las generaciones, ha encontrado un lugar natural en la familia. En ella - con un rol muy significativo desarrollado por las mujeres, sin que con esto queramos disminuir la figura paterna y su responsabilidad - los signos de la fe, la comunicación de las primeras verdades, la educación en la oración, el testimonio de los frutos del amor, han sido infundidos en la vida de los niños y adolescentes en el contexto del cuidado que toda familia reserva al crecimiento de sus pequeños. A pesar de la diversidad de las situaciones geográficas, culturales y sociales, todos los obispos del Sínodo han confirmado este papel esencial de la familia en la transmisión de la fe. No se puede pensar en una nueva evangelización sin sentirnos responsables del anuncio del Evangelio a las familias y sin ayudarles en la tarea educativa.

No escondemos el hecho de que hoy la familia, que se constituye con el matrimonio de un hombre y una mujer que los hace “una sola carne” (Mt 19,6) abierta a la vida, está atravesada por todas partes por factores de crisis, rodeada de modelos de vida que la penalizan, olvidada de las políticas de la sociedad, de la cual es célula fundamental, no siempre respetada en sus ritmos ni sostenida en sus esfuerzos por las propias comunidades eclesiales. Precisamente por esto, nos vemos impulsados a afirmar que tenemos que

desarrollar un especial cuidado por la familia y por su misión en la sociedad y en la Iglesia, creando itinerarios específicos de acompañamiento antes y después del matrimonio. Queremos expresar nuestra gratitud a tantos esposos y familias cristianas que con su testimonio continúan mostrando al mundo una experiencia de comunión y de servicio que es semilla de una sociedad más fraterna y pacífica.

Nuestra reflexión se ha dirigido también a las situaciones familiares y de convivencia en las que no se muestra la imagen de unidad y de amor para toda la vida que el Señor nos ha enseñado. Hay parejas que conviven sin el vínculo sacramental del matrimonio; se extienden situaciones familiares irregulares construidas sobre el fracaso de matrimonios anteriores: acontecimientos dolorosos que repercuten incluso sobre la educación en la fe de los hijos. A todos ellos les queremos decir que el amor de Dios no abandona a nadie, que la Iglesia los ama y es una casa acogedora con todos, que siguen siendo miembros de la Iglesia, aunque no pueden recibir la absolución sacramental ni la Eucaristía. Que las comunidades católicas estén abiertas a acompañar a cuantos viven estas situaciones y favorezcan caminos de conversión y de reconciliación.

La vida familiar es el primer lugar en el cual el Evangelio se encuentra con la vida ordinaria y muestra su capacidad de transformar las condiciones fundamentales de la existencia en el horizonte del amor. Pero no menos importante es, para el testimonio de la Iglesia, mostrar como esta vida en el tiempo se abre a una plenitud que va más allá de la historia de los hombres y que conduce a la comunión eterna con Dios. Jesús no se presenta a la mujer samaritana simplemente como aquel que da la vida sino como el que da la «vida eterna» (Jn 4, 14). El don de Dios que la fe hace presente, no es simplemente la promesa de unas mejores condiciones de vida en este mundo, sino el anuncio de que el sentido último de nuestra vida va más allá de este mundo y se encuentra en aquella comunión plena con Dios que esperamos en el final de los tiempos.

De este sentido de la vida humana más allá de lo terrenal son particulares testigos en la Iglesia y en el mundo cuantos el Señor ha llamado a la vida consagrada, una vida que, precisamente porque está dedicada totalmente a él, en el ejercicio de la pobreza, la castidad y la obediencia, es el signo de un mundo futuro que relativiza cualquier bien de este mundo. Que de la Asamblea del Sínodo de los Obispos llegue a estos hermanos y hermanas nuestros la gratitud por su fidelidad a la llamada del Señor y por la contribución que han hecho y hacen a la misión de la Iglesia, la exhortación a la esperanza en situaciones nada fáciles para ellos en estos tiempos de cambio y la invitación a reafirmarse como testigos y promotores de nueva

evangelización en los varios ámbitos de la vida en que los carismas de cada instituto los sitúa.

8. La comunidad eclesial y los diversos agentes de la evangelización

La obra de la evangelización no es labor exclusiva de alguien en la Iglesia sino del conjunto de las comunidades eclesiales, donde se tiene acceso a la plenitud de los instrumentos del encuentro con Jesús: la Palabra, los sacramentos, la comunión fraterna, el servicio de la caridad, la misión.

En esta perspectiva emerge sobre todo el papel de la parroquia como presencia de la Iglesia en el territorio en el que viven los hombres, «fuente de la villa», como le gustaba llamarla a Juan XXIII, en la que todos pueden beber encontrando la frescura del Evangelio. Su función permanece imprescindible, aunque las condiciones particulares pueden requerir una articulación en pequeñas comunidades o vínculos de colaboración en contextos más amplios. Sentimos, ahora, el deber de exhortar a nuestras parroquias a unir a la tradicional cura pastoral del Pueblo de Dios las nuevas formas de misión que requiere la nueva evangelización. Éstas, deben alcanzar también a las variadas formas de piedad popular.

En la parroquia continúa siendo decisivo el ministerio del sacerdote, padre y pastor de su pueblo. A todos los presbíteros, los obispos de esta Asamblea sinodal expresan gratitud y cercanía fraterna por su no fácil tarea y les invitamos a unirse cada vez más al presbiterio diocesano, a una vida espiritual cada vez más intensa y a una formación permanente que los haga capaces de afrontar los cambios sociales.

Junto a los sacerdotes reconocemos la presencia de los diáconos así como la acción pastoral de los catequistas y de tantas figuras ministeriales y de animación en el campo del anuncio y de la catequesis, de la vida litúrgica, del servicio caritativo, así como las diversas formas de participación y de corresponsabilidad de parte de los fieles, hombres y mujeres, cuya dedicación en los diversos servicios de nuestras comunidades no será nunca suficientemente reconocida. También a todos ellos les pedimos que orienten su presencia y su servicio en la Iglesia en la óptica de la nueva evangelización, cuidando su propia formación humana y cristiana, el conocimiento de la fe y la sensibilidad a los fenómenos culturales actuales.

Mirando a los laicos, una palabra específica se dirige a las varias formas de asociación, antiguas y nuevas, junto con los movimientos eclesiales y las nuevas comunidades. Todas ellas son expresiones de la riqueza de los dones que el Espíritu entrega a la Iglesia. También a estas formas de vida y compromiso en la Iglesia expresamos nuestra gratitud, exhortándoles a la

fidelidad al propio carisma y a la plena comunión eclesial, de modo especial en el ámbito de las Iglesias particulares.

Dar testimonio del Evangelio nos es privilegio exclusivo de nadie. Reconocemos con gozo la presencia de tantos hombres y mujeres que con su vida son signos del Evangelio en medio del mundo. Lo reconocemos también en tantos de nuestros hermanos y hermanas cristianos con los cuales la unidad no es todavía perfecta, aunque han sido marcados con el bautismo del Señor y son sus anunciadores. En estos días nos ha conmovido la experiencia de escuchar las voces de tantos responsables de Iglesias y Comunidades eclesiales que nos han dado testimonio de su sed de Cristo y de su dedicación al anuncio del Evangelio, convencidos también ellos de que el mundo tiene necesidad de una nueva evangelización. Estamos agradecidos al Señor por esta unidad en la exigencia de la misión.

9. Para que los jóvenes puedan encontrarse con Cristo. Nos sentimos cercanos a los jóvenes de un modo muy especial, porque son parte relevante del presente y del futuro de la humanidad y de la Iglesia. La mirada de los obispos hacia ellos es todo menos pesimista. Preocupada, sí, pero no pesimista. Preocupada porque justo sobre ellos vienen a confluir los embates más agresivos de estos tiempos; no pesimista, sin embargo, sobre todo porque, lo resaltamos, el amor de Cristo es quien mueve lo profundo de la historia y además, porque descubrimos en nuestros jóvenes aspiraciones profundas de autenticidad, de verdad, de libertad, de generosidad, de las cuales estamos convencidos que sólo Cristo puede ser respuesta capaz de saciarlos.

Queremos ayudarles en su búsqueda e invitamos a nuestras comunidades a que, sin reservas, entren en una dinámica de escucha, de diálogo y de propuestas valientes ante la difícil condición juvenil. Para aprovechar y no apagar, la potencia de su entusiasmo. Y para sostener en su favor la justa batalla contra los lugares comunes y las especulaciones interesadas de las fuerzas de este mundo, esforzadas en disipar sus energías y a agotarlas en su propio interés, suprimiendo en ellos cualquier memoria agradecida por el pasado y cualquier planteamiento serio por el futuro.

La nueva evangelización tiene un campo particularmente arduo pero al mismo tiempo apasionante en el mundo de los jóvenes, como muestran no pocas experiencias, desde las más multitudinarias como las Jornadas Mundiales de la Juventud, a aquellas más escondidas pero no menos importantes, como las numerosas y diversas experiencias de espiritualidad, servicio y misión. A los jóvenes les reconocemos un rol activo en la obra de la evangelización, sobre todo en sus ambientes.

10. El Evangelio en diálogo con la cultura y la experiencia humana y con las religiones.

La nueva evangelización tiene su centro en Cristo y en la atención a la persona humana, para hacer posible el encuentro con él. Pero su horizonte es más ancho en cuanto al mundo y no se cierra a ninguna experiencia del hombre. Eso significa que ella cultiva, con particular atención, el diálogo con las culturas, con la confianza de poder encontrar en todas ellas las «semillas del Verbo» de las que hablaban los Santos Padres. En particular, la nueva evangelización tiene necesidad de una renovada alianza entre fe y razón, con la convicción de que la fe tiene recursos suficientes para acoger los frutos de una sana razón abierta a la trascendencia y tiene, al mismo tiempo, la fuerza de sanar los límites y las contradicciones en las que la razón puede tropezar. La fe no deja de contemplar los lacerantes interrogantes que supone la presencia del mal en la vida y la historia de los hombres, encontrando la luz de su esperanza en la Pascua de Cristo.

El encuentro entre fe y razón nutre el esfuerzo de la comunidad cristiana en el mundo de la educación y la cultura. Un lugar especial en este campo lo ocupan las instituciones educativas y de investigación: escuelas y universidades. Donde se desarrolla el conocimiento sobre el hombre y se da una acción educativa, la Iglesia se ve impulsada a testimoniar su propia experiencia y a contribuir a una formación integral de la persona. En este ámbito merecen una atención especial las escuelas y universidades católicas, en las que la apertura a la trascendencia, propia de todo itinerario cultural sincero y educativo, debe completarse con caminos de encuentro con la persona de Jesucristo y de su Iglesia. Vaya la gratitud de los obispos a todos los que, en condiciones muchas veces difíciles, desempeñan esta tarea.

La evangelización exige que se preste gran atención al mundo de las comunicaciones sociales, que son un camino, especialmente en el caso de los nuevos medios, en el que se cruzan tantas vidas, tantos interrogantes y tantas expectativas. Son el lugar donde en muchas ocasiones se forman las conciencias y se muestran los hechos de la propia vida y deben ser una oportunidad nueva para llegar al corazón de los hombres.

Un particular ámbito de encuentro entre fe y razón se da hoy en el diálogo con el conocimiento científico. Éste, por otro lado, no se encuentra lejos de la fe, siendo manifestación de aquel principio espiritual que Dios ha puesto en sus criaturas y que les permite comprender las estructuras racionales que se encuentran en la base de la creación. Cuando la ciencia y la técnica no presumen de encerrar la concepción del hombre y del mundo en un árido materialismo se convierten, entonces, en un precioso aliado para el desarrollo

de la humanización de la vida. También a los responsables de esta delicada tarea se dirige nuestro agradecimiento.

Queremos, además, agradecer su esfuerzo a los hombres y mujeres que se dedican a otra expresión del genio humano: el arte en sus varias formas, desde las más antiguas a las más recientes. En sus obras, en cuanto tienden a dar forma a la tensión del hombre hacia la belleza, reconocemos un modo particularmente significativo de expresión de la espiritualidad. Estamos especialmente agradecidos cuando sus bellas creaciones nos ayudan a hacer evidente la belleza del rostro de Dios y de sus criaturas. La vía de la belleza es un camino particularmente eficaz de la nueva evangelización.

Más allá del arte, toda obra del hombre es un espacio en el que, mediante el trabajo, él se hace cooperador de la creación divina. Al mundo de la economía y del trabajo queremos recordar como de la luz del Evangelio surgen algunas llamadas urgentes: liberar el trabajo de aquellas condiciones que no pocas veces lo transforman en un peso insostenible con una perspectiva incierta, amenazada por el desempleo, especialmente entre los jóvenes, poner a la persona humana en el centro del desarrollo económico y pensar este mismo desarrollo como una ocasión de crecimiento de la humanidad en justicia y unidad. El hombre, a través del trabajo con el que transforma el mundo, está llamado a salvaguardar el rostro que Dios ha querido dar a su creación, también por responsabilidad hacia las generaciones venideras.

El Evangelio ilumina también las situaciones de sufrimiento en la enfermedad. En ellas, los cristianos están llamados a mostrar la cercanía de la Iglesia para con los enfermos y discapacitados y con los que con profesionalidad y humanidad trabajan por su salud.

Un ámbito en el que la luz de Evangelio puede y debe iluminar los pasos de la humanidad es el de la vida política, a la cual se le pide un compromiso de cuidado desinteresado y transparente por el bien común, desde el respeto total a la dignidad de la persona humana desde su concepción hasta su fin natural, de la familia fundada sobre el matrimonio de un hombre y una mujer, de la libertad educativa, en la promoción de la libertad religiosa, en la eliminación de las injusticias, las desigualdades, las discriminaciones, la violencia, el racismo, el hambre y la guerra. A los políticos cristianos que viven el precepto de la caridad se les pide un testimonio claro y transparente en el ejercicio de sus responsabilidades.

El diálogo de la Iglesia tiene su natural destinatario, también, en las otras religiones. Si evangelizamos es porque estamos convencidos de la verdad de Cristo, y no porque estemos contra nadie. El Evangelio de Jesús es paz y alegría y sus discípulos se alegran de reconocer cuanto de bueno y verdadero el

espíritu religioso humano ha sabido descubrir en el mundo creado por Dios y ha expresado en las diferentes religiones.

El diálogo entre las religiones quiere ser una contribución a la paz, rechaza todo fundamentalismo y denuncia cualquier violencia que se produce contra los creyentes y las graves violaciones de los derechos humanos. Las Iglesias de todo el mundo son cercanas desde la oración y la fraternidad a los hermanos que sufren y piden a quienes tienen en sus manos los destinos de los pueblos que salvaguarden el derecho de todos a la libre elección, confesión y testimonio de la propia fe.

11. En el año de la fe, la memoria del Concilio Vaticano II y la referencia al Catecismo de la Iglesia Católica. En el camino abierto por la nueva evangelización podremos sentirnos a veces como en un desierto, en medio de peligros y privados de referencias. El Santo Padre Benedicto XVI, en la homilía de la Misa de apertura del Año de la fe, ha hablado de una «desertificación» espiritual» que ha avanzado en estos últimos decenios, pero él mismo nos ha dado fuerza afirmando que «a partir de esta experiencia de desierto, de este vacío, podemos nuevamente descubrir la alegría del creer, su importancia vital para nosotros, hombres y mujeres. En el desierto se descubre el valor de aquello que es esencial para vivir» (Benedicto XVI, Homilía en la celebración eucarística para la apertura del Año de la fe, Roma 11 octubre 2012). En el desierto, como la mujer la samaritana, se va en busca de agua y de un pozo del que sacarla: ¡dichoso el que en él encuentra a Cristo!

Agradecemos al Santo Padre por el don del Año de la fe, preciosa entrada en el itinerario de la nueva evangelización. Le damos las gracias también por haber unido este Año a la memoria gozosa por los cincuenta años de la apertura del Concilio Vaticano II, cuyo magisterio fundamental para nuestro tiempo se refleja en el Catecismo de la Iglesia Católica, repropuesto, a los veinte años de su publicación, como referencia segura de la fe. Son aniversarios importantes que nos permiten resaltar nuestra plena adhesión a las enseñanzas del Concilio y nuestro convencido esfuerzo en continuar su puesta en marcha.

12. Contemplando el misterio y cercanos a los pobres

En esta óptica queremos indicar a todos los fieles dos expresiones de la vida de la fe que nos parecen de especial relevancia para incluirlas en la nueva evangelización.

El primero está constituido por el don y la experiencia de la contemplación. Sólo desde una mirada adorante al misterio de Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, sólo desde la profundidad de un silencio que se pone como seno que acoge la única Palabra que salva, puede desarrollarse un testimonio creíble

para el mundo. Sólo este silencio orante puede impedir que la palabra de la salvación se confunda en el mundo con los ruidos que lo invaden.

Vuelve de nuevo a nuestros labios la palabra de agradecimiento, ahora dirigida a cuantos, hombres y mujeres, dedican su vida, en los monasterios y conventos, a la oración contemplativa. Necesitamos que momentos de contemplación se entrecrucen con la vida ordinaria de la gente. Lugares del espíritu y del territorio que son una llamada hacia Dios; santuarios interiores y templos de piedra que son cruce obligado por el flujo de experiencias que en ellos se suceden y en los cuales todos podemos sentirnos acogidos, incluso aquellos que no saben todavía lo que buscan.

El otro símbolo de autenticidad de la nueva evangelización tiene el rostro del pobre. Estar cercano a quien está al borde del camino de la vida no es sólo ejercicio de solidaridad, sino ante todo un hecho espiritual. Porque en el rostro del pobre resplandece el mismo rostro de Cristo: «Todo aquello que habéis hecho por uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis» (Mt 25, 40).

A los pobres les reconocemos un lugar privilegiado en nuestras comunidades, un puesto que no excluye a nadie, pero que quiere ser un reflejo de como Jesús se ha unido a ellos. La presencia de los pobres en nuestras comunidades es misteriosamente potente: cambia a las personas más que un discurso, enseña fidelidad, hace entender la fragilidad de la vida, exige oración; en definitiva, conduce a Cristo.

El gesto de la caridad, al mismo tiempo, debe ser acompañado por el compromiso con la justicia, con una llamada que se realiza a todos, ricos y pobres. Por eso es necesaria la introducción de la doctrina social de la Iglesia en los itinerarios de la nueva evangelización y cuidar la formación de los cristianos que trabajan al servicio de la convivencia humana desde la vida social y política.

13. Una palabra a las Iglesias de las diversas regiones del mundo. La mirada de los obispos reunidos en Asamblea sinodal abraza a todas las comunidades eclesiales presentes en todo el mundo. Una mirada de unidad, porque única es la llamada al encuentro con Cristo, pero sin olvidar la diversidad.

Una consideración particular, llena de afecto y gratitud, reservamos los obispos reunidos en el Sínodo a vosotros, cristianos de las Iglesias Orientales Católicas, herederos de la primera difusión del Evangelio, experiencia custodiada por vosotros con amor y fidelidad y a vosotros, cristianos presentes en el Este de Europa. Hoy el Evangelio se os repropone como nueva evangelización a través de la vida litúrgica, la catequesis, la oración familiar

diaria, el ayuno, la solidaridad entre las familias, la participación de los laicos en la vida de la comunidad y al diálogo con la sociedad. En no pocos lugares vuestras Iglesias son sometidas a prueba y tribulaciones que dan testimonio de vuestra participación en la cruz de Cristo; algunos fieles están obligados a emigrar y, manteniendo viva la pertenencia a sus propias comunidades de origen, pueden contribuir a la tarea pastoral y a la obra de la evangelización en los países de acogida. El Señor continúe a bendecir vuestra fidelidad y que sobre vuestro futuro brillen horizontes de firme confesión y práctica de la fe en condiciones de paz y de libertad religiosa.

Nos dirigimos a vosotros, hombres y mujeres, que vivís en los países de África y resaltamos nuestra gratitud por el testimonio que ofrecéis del Evangelio muchas veces en situaciones humanas muy difíciles. Os exhortamos a relanzar la evangelización recibida en tiempos aún recientes, a edificaros como Iglesia «familia de Dios», a reforzar la identidad de la familia y a sostener la labor de los sacerdotes y catequistas, especialmente en las pequeñas comunidades cristianas. Afirmamos, por otra parte, la exigencia de desarrollar el encuentro del Evangelio con las antiguas y nuevas culturas. Dirigimos una llamada de atención al mundo de la política y a los gobiernos de los diversos países africanos para que, con la colaboración de todos los hombres de buena voluntad, se promuevan los derechos humanos fundamentales y el continente sea liberado de la violencia y los conflictos que lo atormentan.

Los obispos de la Asamblea sinodal os invitan a los cristianos de Norteamérica a responder con gozo a la llamada de la nueva evangelización, mientras admiramos como en vuestra joven historia vuestras comunidades cristianas han dado frutos generosos de fe, caridad y misión. También conviene reconocer que muchas de las expresiones de la cultura de vuestra sociedad están lejos del Evangelio. Se hace, pues, necesario una invitación a la conversión, de la que nace un compromiso que no os coloca fuera de vuestra cultura, sino que os llama a ofrecer a todos la luz de la fe y la fuerza de la vida. Mientras acogéis en vuestras generosas tierras a nueva población de inmigrantes y refugiados, estad dispuestos a abrir las puertas de vuestras casas a la fe. Fieles a los compromisos adquiridos en la Asamblea sinodal para América, sed solidarios con la América Latina en la permanente tarea de evangelización de vuestro continente.

El mismo sentimiento de gratitud dirige la Asamblea del Sínodo a las Iglesias de América Latina y el Caribe. Nos llama la atención en particular cómo se han desarrollado a través de los siglos en vuestro países formas de piedad popular fuertemente enraizadas en los corazones de tantos de vosotros, formas de servicio en la caridad y de diálogo con las culturas. Ahora, frente a los

desafíos del presente, sobre todo la pobreza y la violencia, la Iglesia en Latinoamérica y en el Caribe os exhortamos a vivir en un estado permanente de misión, anunciando el Evangelio con esperanza y alegría, formando comunidades de verdaderos discípulos misioneros de Jesucristo, mostrando con vuestro testimonio como el Evangelio es fuente de una sociedad justa y fraterna. También el pluralismo religioso interroga a vuestras Iglesias y les exige un renovado anuncio del Evangelio.

También a vosotros, cristianos de Asia sentimos la necesidad de dirigirlos una palabra de fortalecimiento y exhortación. Vuestra presencia, a pesar de ser una pequeña minoría en el continente en el que viven casi dos tercios de la población mundial, es una semilla profunda, confiada a la fuerza del Espíritu, que crece en el diálogo con las diversas culturas, con las antiguas religiones y con tantos pobres. Aunque a veces está situada al margen de la vida social y en diversos lugares incluso perseguida, la Iglesia de Asia, con su fe fuerte, es una presencia preciosa del Evangelio de Cristo que anuncia justicia, vida y armonía. Cristianos de Asia, sentid la cercanía fraterna de los cristianos de los demás países del mundo, los cuales no pueden olvidar que en vuestro continente, en la Tierra Santa, nació, vivió, murió y resucitó el mismo Jesús.

Una palabra de reconocimiento y de esperanza queremos dirigir los obispos a las Iglesias del continente europeo, hoy en parte marcado por una fuerte secularización, a veces agresiva, y todavía hoy herido por los largos decenios de gobiernos marcados por ideologías enemigas de Dios y del hombre. Reconocemos vuestro pasado y también vuestro presente, en el cual el Evangelio ha creado en Europa certezas y experiencias de fe concretas y decisivas para la evangelización del mundo entero, muchas veces rebosantes de santidad: riqueza del pensamiento teológico, variedad de expresiones carismáticas, formas variadas al servicio de la caridad con los pobres, profundidad experiencias contemplativas, creación de una cultura humanística que ha contribuido a dar rostro a la dignidad de la persona y a la construcción del bien común. Las dificultades del presente no os pueden dejar abatidos, queridos cristianos europeos: éstas os deben desafiar a un anuncio más gozoso y vivo de Cristo y de su Evangelio de vida.

Los obispos de la Asamblea sinodal saludan, finalmente, a los pueblos de Oceanía, que viven bajo la protección de la Cruz del Sur, y les damos gracias por el testimonio del Evangelio de Jesús. Nuestra plegaria por vosotros es para que, como la mujer samaritana en el pozo, también vosotros sintáis viva la sed de una vida nueva y podáis escuchar la Palabra de Jesús que dice: «¡Si conocieras el don de Dios!» (Jn 4, 10). Comprometeos a predicar el Evangelio y a dar a conocer a Jesús en el mundo de hoy. Os exhortamos a encontrarlo en

vuestra vida cotidiana, a escucharle y a descubrir, mediante la oración y la meditación, la gracia de poder decir: «Sabemos que este es verdaderamente el salvador del mundo» (Jn 4, 42).

14. La estrella de María ilumina el desierto

A punto de finalizar esta experiencia de comunión entre los obispos de todo el mundo y de colaboración con el ministerio del Sucesor de Pedro, sentimos resonar en nosotros el mandato de Jesús a sus discípulos: «Id y haced discípulos de todos los pueblo [...]. Sabed que yo estoy con vosotros, todos los días, hasta el fin del mundo» (Mt 28, 19-20). La misión esta vez no se dirige a un territorio en concreto, sino que sale al encuentro de la llagas más oscuras del corazón de nuestros contemporáneos, para llevarlos al encuentro con Jesús, el Viviente que se hace presente en nuestras comunidades.

Esta presencia llena de gozo nuestros corazones. Agradecidos por el don recibido de él en estos días le dirigimos nuestro canto de alabanza: «Proclama mi alma la grandeza del Señor [...] Ha hecho obras grandes por mí» (Lc 1, 46.49). Las palabras de María son también las nuestras: el Señor ha hecho realmente grandes cosas a través de los siglos por su Iglesia en los diversos rincones del mundo y nosotros lo alabamos, con la certeza de que no dejará de mirar nuestra pobreza para desplegar la potencia de su brazo incluso en nuestros días y sostenernos en el camino de la nueva evangelización.

La figura de María nos orienta en el camino. Este camino, como nos ha dicho Benedicto XVI, podrá parecer una ruta en el desierto; sabemos que tenemos que recorrerlo llevando con nosotros lo esencial: la cercanía de Jesús, la verdad de su Palabra, el pan eucarístico que nos alimenta, la fraternidad de la comunión eclesial y el impulso de la caridad. Es el agua del pozo la que hace florecer el desierto y como en la noche en el desierto las estrellas se hacen más brillantes, así en el cielo de nuestro camino resplandece con vigor la luz de María, estrella de la nueva evangelización a quien, confiados, nos encomendamos.

SECRETARIA DE ESTADO

Vaticano, 20 de agosto de 2012

N. 189.615

Señor Obispo:

A través de los buenos oficios de la Nunciatura Apostólica en España, y en nombre de la Diócesis de Santander, ha querido contribuir a las necesidades de la Santa Sede enviando un donativo de 6.500,00 euros, según la norma del can. 1271 del C.I.C. Dicha suma se introducirá en el balance del año 2012.

En razón del vínculo de caridad, el Santo Padre Benedicto XVI manifiesta a Vuestra Excelencia y a sus diocesanos su testimonio de afecto y, al tiempo que le anima a continuar la tarea de apacentar esa porción del Pueblo de Dios, le imparte complacido la Bendición Apostólica, que de corazón hace extensiva a cuantos están confiados a su solicitud pastoral.

Aprovecho la oportunidad para manifestarle, Señor Obispo, mi consideración y cordial estima en Cristo.

Cardenal Tarcisio Bertone
Secretario de Estado de Su Santidad